3 1761 07802983 2

¡SALDO DE ALMAS!

DEL MISMO AUTOR

La Suegra de Tarquino. (*Novela de malas costumbres romanas.*)

¿Quién disparó...? (*Novela policíaca sensacional.*)

EN PREPARACIÓN

La Farándula.

Memorias de un suicida.

B4217s

JOAQUÍN BELDA

¡SALDO DE ALMAS!

(NOVELA PSICOLÓGICA)

181354
13.6.23

MADRID
IMPRENTA DE JAIME RATÉS MARTÍN
Plaza de San Javier, núm. 6.
1910

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Si queréis conocer el interior de un alma, visitad su dormitorio.

San Juan de la Cruz.

APERITIVO

Por una sola vez ¡lector amado! perdona que te hable de mi compleja personalidad. Es cosa que me repugna, pero también me repugna el aceite de ricino y, sin embargo, en los días de catástrofe intestinal no tengo más remedio que apechugar con él.

Yo, lector, no soy un psicólogo; soy más bien un sentimental; esto lo saben todas las personas que tienen el gusto de tratarme y todas aquellas que me han convidado á almorzar con alguna frecuencia. ¿Que cómo no siendo un psicólogo me atrevo á escribir una novela psicológica? ¡Velay!... ¡Arcanos de la vida!

Á primera vista parece algo así como el colmo de la desfachatez el estampar al

frente de una novela psicológica la declaración de que el que la escribe no es un psicólogo, pero bien mirado esto no tiene nada de particular. ¿Era un militar Viriato? No señor. ¿Era un creyente Santo Tomás de Aquino? Sus íntimos aseguran que fué un guasón muy grande. ¿Era un pensador el rey Leopoldo?... ¡Como no lo fuese!... Y sin embargo, Viriato fué el creador de la táctica militar, el de Aquino fué el fundador de un nuevo sistema de creencias, y Leopoldo era uno de los hombres que más han dado que pensar.

Así yo: desde la puerta de la *Maison Dorée* he visto pasar la vida por la calle de Alcalá, en un atardecer de primavera; la vida pasaba en jirones... y estos jirones, unos iban en coche, otros en tranvía, los más á pie, algunos en brazos de sus niñeras. Todos ellos, unidos por mí en una trama real y soñadora, me han dado hecha esta novela, que Dios no quiera tomarme en cuenta el día del saldo de mi existencia.

En esa tarde memorable decidí, tras una

ración de patatas *souflées*, hacerme psicólogo durante mes y medio; y como querer es poder, me retiré de la puerta del citado café convertido en un Marcelo Prevost para andar por casa, mientras silboteaba por lo bajo el aria de tenor del *Método Gorritz*.

Porque es inútil resistirse al imperio de las circunstancias: en esta época y en este ambiente, todo escritor que no sea un suicida tiene que ser un analizador de almas. La costumbre de asomarse analítico á los secretos interiores de los personajes que pintamos es algo que se nos impone á los novelistas con toda la fuerza de lo ineluctable. Antes era otra cosa: con presentar al público senado los conflictos monetarios de nuestros héroes ó sus ridículas aventuras conyugales, salíamos del paso los noveleros de profesión; pero ahora... ahora es distinto.

Una sed insaciable y malsana se ha apoderado de la mayor parte del público, que exige á todo el que empuña la pluma la narración espiritual y detallada de lo que

siente el protagonista de la obra al encender un cigarro de cuarenta y cinco, ó de las fibras anímicas que se le conmueven á la heroína del cuento al enterarse de que su esposo se la pega con la planchadora. ¡Extrañas exigencias! Pero ¿qué hacer?

Vayamos, pues, con la corriente y engolfémonos á cuatro manos en el piélago insondable de la psicología; desnudemos el alma humana, para lo cual será muy conveniente que comencemos por hacer al lector dos leales advertencias:

Primera: Este libro es un libro de amargura. Concebido de cara á la vida y de espaldas al convencionalismo social, es triste como un veterinario y desolador como un aguacero: los que busquen la alegría del vivir, que no lo lean: entre sus páginas se pasea en desnudez todo el apabullante horror de un pacto de retro.

Segunda: Que nadie se dé por aludido ni por representado en ninguno de los personajes de esta verídica narración: sería ridículo y además pretencioso. Por muy malos que mis héroes sean y por muy

mal que yo los haya retratado, siempre serán mucho mejores que los que en la realidad de la vida madrileña pudieran haberles servido de modelos. En cuanto á los nombres, diré lo mismo: ése es un nimio detalle; no he encontrado otros más sonoros.

Y basta de aperitivo.

—El señor (ó sea el público, dueño y señor de todos) está servido.

El Autor.

PERSONAJES

La condesa de Nestosa
Alicia Gros
Carmen
La marquesa de Guirlache
Fernando
Manolo Lazaga
Monte-Virgen
El marqués de Valderrobles
El conde de Casa-Plasencia
Carlos Bastarreche
Julio Gereda

Harán de comparsas dos ó tres docenas de duquesas, marquesas y condesas más ó menos legítimas; otros tantos pollos volubles é indiscretos, algún presbítero, tal cual político, maridos de ambos sexos y, en general, toda esa fauna complicada é hirviente que sirve de marco á los cotillones patricios y que juega al polo en el extrarradio y asiste á los tes del Ideal.

La acción en Madrid.

Época actual.

Derecha é izquierda las del lector ó de cualquiera de sus parientes.

¡Saldo de almas!

I

La Condesa dió un salto en la cama, bostezó tres veces, y abriendo los ojos con cautela dió un suspiro romántico: había despertado. Después saltó del lecho, y con aquella elegancia que era en ella crónica, se calzó ambas medias hasta más arriba de las ingles.

Un minuto después su cuerpo excelso de matrona se dibujaba lánguido ante la luna de un espejo. ¡Bien se había divertido la noche anterior en el baile de la Fregenales! Unas profundas ojeras y unos manchones verdes que orlaban su cintura eran algo así como la fe de presencia dejada en su cuerpo por la fiesta mundana: las ojeras procedían de ha-

berse acostado á las cuatro de la mañana y haber dormido cinco horas escasas, y los manchones de la cintura eran debidos á los múltiples achuchones que por encima del corsé había recibido la noble dama cada vez que un vals aumentaba su galop ó una mazurka acentuaba su violencia saltarina.

Con una de sus manos de nácar oprimió el botón eléctrico que alteraba la planicie del muro á la izquierda de la bañera de porcelana; arqueando un poco las caderas y estirando los brazos con retorcimientos inarmónicos, se entregó á un plebeyo desperezo impropio de su alcurnia y de su estirpe. Sobre las rancias exigencias de sus pergaminos triunfaban los fueros de la carne, y la condesa de Nestosa, fatigada de cuerpo y de alma, se desperezaba al saltar del lecho como cualquier churrera de la calle de Cabestreros.

Nuestra amiga tenía cuarenta años y no se había desayunado: ¿qué tiene, pues, de particular que se encontrase débil en estas primeras horas de la mañana y que, encontrándose débil, se dejase caer en un silloncito colocado á los pies del lecho? Allí, restregándose con

voluptad contra las sedas del mueblecillo, esperó la respuesta á su llamada eléctrica.

No tuvo que esperar mucho tiempo: un «¿da permiso la señora?», modulado con acento servil tras la cortina del gabinete contiguo, arrancó de ella esta respuesta:

—Pasa, Menandra.

Una doncella de toda confianza, con traje negro y delantal y cofia blancos, penetró tímida en la estancia, dejando ver su rostro, que más que de doncella parecía de senador vitalicio. Conocía su deber la tal Menandra, pues sin que su dueña le hiciese la menor indicación se dirigió á la bañera, separó á ambos lados las cortinas que casi la cubrían y, dando libertad á las llaves del termo-sifón, dejó correr un doble chorro de agua, del cual se desprendió bien pronto un vapor gris y melancólico. Cuando el recipiente estuvo lleno, la Condesa, despojada otra vez de las medias por las hábiles manos de su sirviente, zambullóse en él como en un refugio amoroso y confortante. Mientras la Menandra le frota los aristocráticos costillares con una esponja y mientras su cuerpo, terso á medias, se

recrea con la caricia del agua, bueno será que, penetrando nosotros en su alma, hagamos historia y analicemos lo que de esta historia resulte.

Josefina Fuenclares y Tomaseti había sido, y aún era, la hija única de un matrimonio de Valladolid, muy distinguido, pero sin una peseta; la primera juventud de Josefina transcurrió como transcurren todas las primeras juventudes de todas las chicas distinguidas de España y sus colonias: entre el encaje de bolillo y el ansia eterna de un novio con sus bolillos correspondientes. Su alma era un erial gracias á la ñoñez educativa con que la adornaron las monjas bernardas que le enseñaron á leer; pero en ese erial se iniciaba ya el brote de ciertas florecillas perversas y lascivas, allí sembradas inconscientemente por el continuo roce con dos ó tres compañeras de colegio en las ardientes horas de la siesta; Josefinita, como Descartes, vivía en plena duda respecto á los más graves problemas que agitan á la humanidad y que tan de plano se resuelven en el salón de actos del Ateneo las noches de discusión filosófica: ¿Qué era el

hombre?¿Para qué servía? Y, suponiendo que sirviera para algo, ¿cómo y con qué medios realizaba su misión? Todas estas preguntas se formulaba á sí misma la linda doncella apenas cumplió los catorce años, y, como el medio infalible de que una pregunta quede sin contestación es formulársela uno á sí mismo, resultó que la pobre chica no supo nada de nada hasta que llegó la época de unas elecciones senatoriales.

El conde de Nestosa (en cuya presentación no nos esmeraremos mucho, por ser figura muy de tercer orden en este relato novelesco y real), joven de treinta y seis años y heredero de la colosal fortuna de los Nestosas de Albarracín, se había empeñado en tomar asiento en la Alta Cámara, y aprovechando la convocatoria de elecciones generales hecha por el flamante gobierno de Posada Herrera, presentó su candidatura para uno de los puestos de la provincia de Valladolid. Tuvo la suerte de no encontrar adversario, y sólo por fórmula hizo un viaje desde Madrid á la capital castellana, viaje que fué de fatales y eternas consecuencias para el joven prócer.

Sucedió que á la salida de una comida con que le obsequiaron en el Casino sus muñidores, se le ocurrió á uno de ellos ir á dar una vuelta por el Campo Grande: era de noche y corría el mes de Septiembre, y por ambos motivos el ático paseo bullía de personal, porque hay que advertir que ya en tiempos de Posada Herrera paseaba la gente por la noche para influir en la combustión de la cena. Lo más selecto y lo más distinguido en damas y galanes balanceaba sus *polissones* y sus levitines á la poética luz de unos reverberos de gas, mientras las capotas con cintas de las elegantes flameaban en las auras nocturnas al son de unos compases de *La Diva* ó del pasodoble de *Pan y Toros.* Claro es que encontrándose en el paseo lo más distinguido y selecto de la población, tenía que hallarse allí Josefinita Fuenclares, en la casta compañía de su madre (el padre había muerto hacía tres años) y de varias amigas tan cartesianas como ella.

¿Qué pasó entre la hija única de los Fuenclares y el primogénito de los Nestosa, aquella noche poética de los comienzos de otoño?... No dice una palabra la historia; pero lo

que sí dice, con gran riqueza de detalles por cierto, es que ocho meses más tarde, en una de las parroquias más fértiles de Valladolid, contrajeron el indisoluble la gentil Josefina y el triunfador aristócrata, marchando aquella misma noche en viaje de novios á dar una vuelta por la provincia de Salamanca, donde el flamante senador poseía vastos terrenos de pan llevar y una fábrica de ladrillos rellenos. Y también agrega, aunque en voz baja, que apenas el tren que conducía á la feliz pareja se puso en marcha, la novia, en el departamento reservado que les servía de tálamo nupcial, salió plenamente de dudas respecto á todos aquellos graves problemas que antaño tanto la preocupaban y conoció á maravilla cuál era el fin del hombre sobre la tierra y el medio de que se valía para realizarlo.

Pero lo peor del caso fué que la nueva condesa de Nestosa (née Josefina Fuenclares), apenas instalada en la corte de modo definitivo y poco después de que el Conde la introdujese por derecho propio en el seno de la alta sociedad madrileña, comenzó á sentir tales ímpetus por variar el compás de sus diva-

gaciones amatorias, que el Conde creyó llegado el momento de ponerse en guardia contra los posibles desvaríos de su mujer. ¿Posibles?... Bien pronto trocóse esta posibilidad en la realidad más absoluta, y con el tiempo, aumentados hasta el infinito los tropezones de la Condesa en la senda de la fidelidad conyugal, y disminuídos en progresión inversa los cuidados del Conde, hasta esfumarse en una discreta tolerancia, el nombre de Josefina llegó á convertirse en una especie de estandarte de la liviandad de buen tono y las más picantes é inverosímiles historietas fueron corriendo por los bajos fondos sociales como aureola cínica de un nombre simbólico.

La cosa llegó á tal extremo, que el hacerse acompañar de la Nestosa en un coche ó en el palco de un teatro era peligroso para la honradez de la dama que aceptase tal compañía, y así, en los círculos mundanos (es decir, en los museos del chisme) era muy frecuente escuchar unidas esta pregunta y esta respuesta:

—Y de la mujer de Atilano Palomares ¿no se dice nada?...

—Todavía no, pero va mucho con la Nestosa.

¡Triste prestigio de ciertos nombres de la heráldica que vienen á ser como anuncios de la derrota de un *menage!*

Nuestra amiga tuvo arte para conservar sus relaciones, á pesar de todo, aun aquellas que habían de mantenerse con esa docena escasa de altas damas que todos conocemos y que cuando salen á la calle parece que van exhibiendo el extracto de la honradez y la apoteosis de la virtud conyugal; estas ilustres Lucrecias, casi todas más feas que una traición, trataban á la veleidosa Josefina con esa conmiseración con que las almas grandes miran á las pobres ovejas que se descarrían, conmiseración en cuyo fondo (apuntemos este detalle á fuer de psicólogos) hay un caudal de envidia hacia la libertina. Hasta en el alcázar del poder mayestático tenía entrada nuestra ardorosa amiga, si bien es cierto que era sólo en esos días (fiestas onomásticas, bailes de corte, etc.) en que la bondad de nuestros monarcas hace manga ancha para que lleguen hasta ellos todos esos átomos del basurero li-

najudo que pretende ser el más firme sostén de su trono, y en que la mayordomía encarga expresamente al jefe del *buffet* la más amplia tolerancia para la sustracción de las argenteas cucharillas y de los embutidos de frambuesa.

. . . . . .

Mientras esculpimos estas geniales consideraciones, la Condesa ha terminado de bañarse: envuelta en un amplio peinador de batista y sentada ante la mesita-tocador, se hace arreglar los cabellos por Menandra; en la mano derecha tiene una carta que acaba de recibir y que va leyendo con algo de inquietud en el entrecejo. Dice así la carta:

«Estimada prima: Hoy mismo llegará á Madrid y se presentará en tu casa mi hijo Fernando, á quien ya conoces por retrato. Va á estudiar á esa Universidad, y como la vida en Madrid está *erizada de peligros* para los muchachos, os lo recomiendo para que lo vigiléis y le apartéis de las malas compañías. En el fondo, él es un ángel y se muere por los filetes empanados; como en la modesta casa de huéspedes á donde va consignado no creo que

hagan un derroche del susodicho condimento, te lo digo para que tú procures suplir esa deficiencia dolorosa sentándolo, de vez en cuando, á tu mesa. Recuerdos de Sancho y te abraza tu parienta,

FLORA,
marquesa de Abanilla.

Nota. Fernando irá á tu casa hoy de tres á cuatro de la tarde.»

Al leer esta nota, la Condesa no pudo reprimir la cólera:

—¡Corpiño! *De tres á cuatro...* ¿Qué va á decir Bastarreche?...

II

Fernando Colmenares había llegado aquella mañana á Madrid por primera vez en su vida; al tomar un coche en la estación del Mediodía, abrió los ojos, algo embotados por la vigilia y el carboncillo, y abrazó con una mirada dominadora todo el albo espacio limitado por el paseo de Trajineros y el túnel frondoso del Botánico.

Aquél era el Madrid de sus ensueños de estudiante provinciano, el Madrid de sus lecturas y de sus insaciables ilusiones, que al despertar ahora en esta brumosa mañana de Febrero se le ofrecía á la vista con un extraño nimbo de cueva de traperos. Un cuarto de hora más tarde, al apearse decidido en el estrecho portalucho de una casa de huéspedes de la plaza del Ángel, el corazón le dió un

vaivén emocionante y la gorrilla de viaje le bailó en las sienes.

Una modesta habitación con balcón á la calle y cuyo mobiliario lo formaban tres sillas, una mesa coja de dos pies, un lavabo sin cabeza y una modesta cama de hierro colado iba á ser desde entonces la morada de aquel hidalgo de Murcia, y el castillo roquero de donde saldría el bisoño luchador para ir á engolfarse en el ancho mar de las aventuras madrileñas.

Conviene mucho que el protagonista de una novela psicológica sea un hidalgo y no un plebeyo vulgar; sí, porque de esta suerte, al llegar el momento fatal de la disección anímica del personaje, nos evitamos la moletia de tropezar, en los recovecos de su psiquis, con todas esas pasiones hediondas que, digan lo que quieran los demócratas, forman siempre el extracto anímico de los individuos del cuarto estado. Para evitar esto hemos hecho á nuestro héroe hidalgo de la más alta estirpe, huyendo de la tentación de ungirlo guarda de consumos ó maestro de obras.

Quedamos, pues, en que Fernandito Colme-

nares, imberbe de diez y nueve años de edad, era el hijo único y primogénito de los nobles marqueses de Abanilla, rancia y frondosa rama del árbol copudo de la aristocracia murciana. Allí, en la poética ciudad del Segura y de La Cierva, y en un amplio y vetusto caserón de la calle de la Frenería, habitaban los ilustres padres de nuestro héroe, cargados de pergaminos y armaduras de aluminio, pero sin una peseta ni cosa que de lejos se le asemejase.

En el Instituto de la hermosa ciudad levantina había cursado el bachillerato nuestro joven Colmenares, y es fama que su expediente académico ofrecía una profusión tal de calabazas justicieras, que visto de lejos se le hubiera podido confundir muy bien con un bancal de los que en la vecina huerta dormían al sol la lujuria de sus pepinos y la redondez de sus cucurbitáceas.

Terminada su fructífera labor, que duró seis años, llegó para Fernandito la edad de *hacerse hombre*. Y ya se sabe lo que esta frase quiere decir en el rutinario lenguaje de los padres españoles; los aplaudidos autores de nuestros días (padres, como el vulgo los lla-

ma) no creen que su hijo se ha hecho hombre hasta que no ha pasado unos años en Madrid, ha visitado varias veces las casas de empeño y ha recibido el bautismo de sangre corrompida en la clínica operatoria del Dr. Bombín, viniendo á recoger el muchacho como fruto de tamañas molestias un pomposo título académico, que en la mayor parte de los casos sólo viene á servirle para tapar un agujero de la pared de su despacho ó para hacerse con él un gorro de dormir poético y lubrificante.

Así es la vida y así comenzó á ser para Fernandito Colmenares, lanzado á las encrucijadas de la Universidad madrileña para que buscase y capturase un título de licenciado en Derecho.

Nuestro joven era un tipo alto, delgado, de facciones patricias y soñador continente, y de tan atrayente simpatía en todo su ser hidalgo y varonil, que sin que pueda decirse de él que fuese la estatua de la voluptuosidad, tampoco sería justo compararlo con la fachada del ministerio de Marina, que en punto á fealdades es de lo más encarnizado que se conoce.

Desde muy niño había sido el primogénito de los Abanillas una especie de imán para las mujeres, y tan es así, que la primera de sus conquistas fué su propia ama de cría, quien comenzó por darle el pecho y acabó dándole todo lo demás cuando al llegar el chico á los ocho años estuvo en disposición de enterarse de ciertos audaces manejos de su ex nodriza. Era ésta á la sazón ama de llaves del palacio de los papás de Fernando, y por serlo tenía á su disposición la llave del dormitorio del chico, y por tenerla colóse en él cierta noche en el momento en que el infante... pero corramos un velo, ya que nos hemos propuesto no manchar la nitidez de esta novela, toda espíritu, con relatos más ó menos apocalípticos.

A la aventura de la sirviente siguieron otras varias que no hemos de narrar aquí para evitar que al lector se le ponga larga la dentadura; nos bastará con dejar consignado que al llegar á Madrid el joven prócer traía su cuerpo sobradamente iniciado en todos los lances del amor. En cuanto al alma, ¡ah, el alma!... Esa complicada articulación de la moral humana era en el futuro marqués de Abanilla

una flor impóluta de romanticismo é idealidad: parte por influencias del medio (Murcia es estupendamente romántica) y debido en parte á sedimentos de educación y de lectura, la porción espiritual del adolescente Colmenares era algo así como el bazar de todos los ensueños y la enciclopedia de todas las elucubraciones místico-amorosas.

Desde que aprendió á leer, fueron su pasto espiritual las más rabiosas narraciones poéticas de Walter Scott y los más estupendos folletines que salieron de la pluma excelsa de Ortega y Frías, y cuenta la fama que cuando cursaba el segundo de latín se había leído seis veces *La dama de las camelias* y cinco *El manuscrito de una madre.* Así, en un continuo devorar de idealidades habíase hecho una cultura romántica que, cimentada con Espronceda y Bécquer, venía á terminar con *La viuda de Chaparro*, del inmortal Taboada, que sería el documento más romántico de la patria literatura si López Silva no hubiese escrito *La revoltosa.*

Tal era el héroe de esta novela ejemplar: ya conocéis su cuerpo y ya nos hemos aso-

mado á su alma. Vedlo ahora cómo, con uno y otra, almuerza un poco de prisa en el comedor de la casa de huéspedes, pues al terminar el almuerzo tiene que ir á hacer una visita.

Fernandito, entre su múltiple y noble parentela, tenía una tía. ¡Quién, por noble que sea su estirpe y por acrisolada que sea su progenie, podrá vanagloriarse de no tener una tía en la familia! ¡Es achaque infamante de todos los mortales! Y esta tía no era otra que la condesa de Nestosa, á quien han conocido los lectores en el capítulo anterior; de tan fugaz conocimiento quizá no hayan deducido ustedes que aquella Condesa fuese una tía, pero si tienen paciencia para seguir devorando estas páginas, al final de ellas se convencerán de que lo era, y con toda la barba.

A visitarla se encaminó su sobrino, y no estará de más que le acompañemos en la visita.

III

Cuando el primogénito de los marqueses de Abanilla ascendía por la escalera del palacio que en la calle de Ventura Rodríguez habitaban los condes de Nestosa, iba bañando su alma en la más definitiva de las timideces; un portero de librea le había detenido con maneras bruscas junto á la vidriera del vestíbulo, y cuando, franqueado el paso por el cancerbero, se encontró sumido en la tibia claridad de la escalinata, tembló de inquietud y de sonrojo. Le impresionaban los tapices que cubrían el mármol de los escalones, las palmeras que se alzaban en los ángulos y la alta vidriera que daba luz al rellano, como una vaga sinfonía de colorines; sí, todo aquello era lo que él había leído cien veces en los novelones de Ortega y Frías, esos engendros

afortunados en que indefectiblemente aparece un joven provinciano que arriba á Madrid buscando la protección de unos parientes aristócratas. La escena se la sabía él de memoria, pero al tener que vivirla ahora se sentía presa de inquietudes vivaces.

¿Cómo sería su tía? Aquella tía de quien siempre hablaban sus padres con tanto orgullo, exhibiendo el parentesco como un título más de nobleza. ¿Cómo habría que tratarla? ¿De qué cosas sería preciso hablarle para no ser ridículo? ¿No se burlaría de él, de sus torpes maneras de mancebo inexperto, ella, acostumbrada á tratar á tanto hombre elegante?... ¡Cuánto hubiera dado por no tener que hacer aquella visita!

Al llegar al piso principal se encontró la puerta abierta y un criado aguardándole; avisado por el timbre de la portería el sirviente le esperaba y le hizo pasar á un saloncito tapizado de blanco y orlado de mueblecitos esfumantes.

—¿Usted es el sobrino de la señora Condesa?—demandó el doméstico antes de retirarse.

—Sí, señor.

—Pues tenga la bondad de esperar, que voy á pasar aviso á la señora.

Le esperaban, sin duda, y esto aumentó su turbación; los seis ú ocho minutos que transcurrieron entre la salida del criado y la llegada de la dueña de la casa fueron de una angustia aniquilante para Fernandito: le latía el corazón con violencia y un sudor templado inició el riego de sus sienes. Por distraer su zozobra miró sin ver á las paredes: en uno de los muros, encima de un confidente, vió un retrato de un señor muy feo vestido de frac y con una gran cinta roja rematada por una cruz, colocada á modo de dogal sobre la pechera de la camisa; debajo, con letras de torpe trazo, se leía esta tierna dedicatoria: «Al Excmo. Sr. Conde de Nestosa, en memoria de su feliz campaña senatorial en pro de la libre introducción de los extractos de magnesia... los drogueros vallisoletanos agradecidos».

No pudo terminar la contemplación de aquella obra de arte porque un *frou-frou* muy pronunciado, que surgió en la estancia ve-

cina, le hizo comprender que el peligro se acercaba; en efecto, una gran figura de mujer rubia, flotando en una bata de terciopelo tricolor y oliendo á almacén de perfumes, dibujóse erguida en el marco de una de las puertas... Era la Condesa. Fernando, para hacer algo, señaló una profunda inclinación con toda la parte superior de su organismo.

Estalló la dama en todas esas efusiones ficticias que son la introducción del diálogo entre dos personas que se ven por primera vez, pero que se conocen desde hace tiempo: la familia, el viaje, los estudios, todos esos tropos de visita fueron saliendo en cadena interminable de los labios de la dama y provocando en el atortolado joven unas respuestas monosilábicas á media voz.

Pero dejemos que hablen la tía y el sobrino, prescindamos de sus frases ramplonas, y, acordándonos de que somos psicólogos, bajemos á sus almas lo antes posible.

Ante todo será de justicia consignar que la condesa de Nestosa no era la misma mujer de siempre desde que se hallaba enfrente de su sobrino: había perdido aquel aplomo que era

una de sus notas características y aquel dominio sobre todo su temperamento, gracias al cual triunfaba lo mismo en la organización de una *garden-party* benéfica, que en las pecaminosas visitas vespertinas de que tan malparado salía el honor de su marido. ¿Por qué esta metamorfosis? Quizá será temprano para decirlo, pues el capítulo tercero de una novela no nos parece el sitio más á propósito para alzar el velo del misterio que envuelve á los protagonistas. Lo que sí diremos, sin temor de incurrir en pecado de precipitación, es que la ilustre dama miraba á su joven pariente con ojos brillantes é incitativos, que le hablaba con toda la dulzura de que ella era capaz, que, aprovechándose de la poca edad del chico, le daba unos cariñosos golpecitos en el rostro cada vez que el diálogo lo requería, y, finalmente, que dos veces que el mancebo intentó levantarse para iniciar la despedida, ella le contuvo sujetándole con ambos brazos en el asiento.

Entretanto, ¿cuál era el *estado de alma* de Fernando?... El chico se encontraba fatigadísimo por el viaje de la noche anterior, y ade-

más tenía en sus nervios toda esa hipervibración que se apodera de ellos la primera vez que arribamos á una urbe populosa; si á esto se agrega la fatiga moral producida en su espíritu por las emociones de una visita de tanto postín, se comprenderá que nuestro amigo no estaba en el caso de parar mientes en la impresión que había producido en su tía. Le parecía ésta una señora muy amable, muy guapa y mucho más simpática que aquellas parientas que en Murcia formaban la tertulia nocturna de su madre, mujeres todas de una beatería mal oliente y cuya *causserie* no era más que la sempiterna variación sobre dos temas distintos: la Virgen de la Fuensanta y lo mal que se presentaba el año para los pimientos, gracias á la plaga exótica del gusanillo.

Esta tía era mucho más atrayente con su conversación saltarina y juguetona, y sobre todo con sus espléndidas promesas; porque hay que decir que cuando, ya prolongada la visita con exceso, llegó la hora de ponerle fin, la Nestosa hizo saber á su lindo sobrino que comería con sus tíos tres veces á la semana, que iría con ellos los martes y jueves

al Real y que, cuando por las noches no supiese dónde meterse, viniese á casa á acompañarla en las veladas: estarían los dos solos, pues el tío se iba siempre al Nuevo Club ó á la tertulia política del marqués de Figueroa.

—A la noche le verás; ahora está en el Senado—dijo la linajuda señora, excusando la ausencia de su esposo.

Y para poner el completo á sus obsequiosas bondades, le hizo pasar al comedor, y allí, sobre albo mantel de antemano dispuesto, le obligó á deglutir unos filetes empanados, que el pobre chico engulló con lágrimas en los ojos... ¡Lágrimas de gratitud y de ternura, pues el almuerzo de la casa de huéspedes había resultado algo falaz en cantidad y calidad!

—Y ya sabes: cuando tengas algún apurillo de dinero, aquí estoy yo.

¡¡El colmo!! Salió de la noble mansión bañado en felicidad...

...¿Es que el tierno muchacho se había enamorado de su tía? ¡Qué disparate!...

... *Pero* al llegar á la Cibeles bañó su rostro una ráfaga de optimismo.

IV

Fernando Colmenares había entrado con buena pata en la villa y corte; y aunque esta frase no parezca viable á los que cultivan el pulimento del idioma con tanto amor como una huerta de cebollinos, nosotros la dejamos ahí estampada hasta que se nos enseñe otra más expresiva.

Quince días hacía en el de hoy que nuestro doncel había arribado á la ciudad del viaducto, y en tan breve lapso de tiempo nada de particular le había ocurrido... «Entónces ¿dónde está *la buena pata?*»—dirá, tal vez, uno de esos espíritus analíticos que leen las novelas con ferocidad de cazadores de gazapos... Contestaremos que, aparte de que el hecho de no haberle ocurrido nada de particular en dos semanas ya revela la protección de alguna

divinidad, dado lo ondulante y lácteo de esta falsaria existencia, precisamente en la noche del día en que nos encontramos fué cuando ocurrieron á nuestro héroe las más extrañas aventuras, como verá el curioso lector que quiera seguir siéndolo unas líneas más.

En estos quince días transcurridos, la vida del joven estudiante había sido sencilla en grado sumo; á las ocho de la mañana se arrojaba del lecho, después de reñir incruenta batalla con la pereza, y se encaminaba á la Universidad, donde por espacio de tres horas soportaba con heroicidad espartana toda la lluvia de lugares comunes y apotegmas de paraninfo que tres catedráticos impíos lanzaban sobre los oídos del juvenil auditorio. Venía luego la comida en la mesa común de la casa de huéspedes y allí tornaba de nuevo á padecer el natural buen gusto de nuestro amigo, pues el público pupilero (ese heterogéneo público integrado por viajantes de comercio, estudiantes, tenientes y curas libertinos) abordaba con fogosidad toda clase de temas, por abstrusos que fuesen, y entre el cocido milenario y el frito de lombarda, hacía gala de las

más implacables frases hechas, en unos diálogos que no eran precisamente los de Platón. Dos eran los temas favoritos de aquella asamblea de beocios: la política y las mujeres; y había que oir las cataratas de elocuencia que se derrochaban á carrillo repleto, para asentar como conclusiones de aquellas disputas dos afirmaciones inconmovibles: que todos los políticos eran unos bandoleros y todas las mujeres unas aves de corral... Los domingos y días festivos, en que la comida era un poco más fastuosa, se discutía la existencia de Dios y la conveniencia de la pronta implantación de la república.

Fernando, huyendo de aquella liquidación de la sindéresis, salía á la calle apenas terminada la comida, y buscando una atmósfera de mayor helenismo, acababa por meterse en el café de Candelas de la calle de Alcalá. Ya hemos convenido los que podemos convenir en ello que todo joven recién llegado de provincias deviene parroquiano del café de Candelas: el hijo único de los marqueses de Abanilla no podía inhibirse del cumplimiento de esta ley suprema, y allí, en aquel recinto po-

blado de Venus con delantal, había constituído una tertulia con cinco compañeros de la Universidad, todos gallardos y todos calaveras.

Una de las simpáticas chicas que servían el recuelo fué desde el primer día la Dulcinea de este D. Alonso murciano; y como tributo á la verdad, habrá que consignar que todas las consecuencias de estos amores ideales se traducían en un módico aumento de propina, que ella pagaba con una sonrisa barata, y en ciertos manejos psicológico-manuales á que nuestro amigo se entregaba en las horas calladas de la noche... en esas horas en que todos nos entregamos á una concienzuda exploración de nuestras cualidades físicas y morales. (Todo este eufemismo hay que emplear para no ofender el tímpano moral de ciertos espíritus vírgenes.)

Unos paseos en tranvía ó á pie para orientarse y *tomar tierra* en las encrucijadas de la urbe populosa acababan de matar el tiempo de la tarde; es excusado decir que durante ella nadie pensaba en estudiar; esto, hasta fines de Abril, hubiera sido inverosí-

mil. Por la noche, tras la cena preñada de pedagógicas discusiones, vuelta al café y fin de la jornada en algún teatro por horas si el bolsillo lo permitía; si no, á la cama á eso de las once.

Como se ve, el mancebo Colmenares llevaba una existencia que hubiera podido competir en sencillez con la de cualquier heroína de Homero; claro es que en el correr de estos quince días había hecho algunas visitas á casa de sus tíos, los de Nestosa, amén de las tres comidas semanales á que se había comprometido. Conoció á su tío y, aparte esta desagradable impresión, nada digno de narrarse le ocurrió. Aquellas iniciaciones de la tía en la primera visita no tuvieron tiempo de cuajar en las posteriores, y el manejable jovenzuelo estaba respecto á su madura pariente en la dudosa situación del que espera algo y no sabe por dónde ni cómo le va á venir. Respecto á esas otras visitas misteriosas que los jovenzuelos suelen hacer en calles apartadas y de las que salen casi siempre con las manos en la cabeza... justo será consignar que nuestro héroe nada sabía de ellas; siendo, como

era, un iniciado en las lides del amor, miraba con terror esos antros del vicio en que una escalera de madera tortuosa luce al moribundo reflejo de una bombilla de cinco bujías, y al pasar por alguna de esas puertas apretaba el paso como una doncella que huye del sátiro violador en cuyas garras ha de caer más tarde ó más temprano.

Por fortuna para Fernando, las circunstancias vinieron á librarle de la caída en tamaño abismo de impudicia y permanganato; bien es verdad que si le libraron de él, fué para arrojarle en otro no menos tenebroso. ¡Ya verá, ya verá el pío lector que tenga paciencia bastante para apurar hasta las heces el cáliz de este libro! ¡Ya verá las dolorosas andanzas en que se vió metido el tierno mancebo, llegando por la senda de la felicidad al desierto del dolor! Y ante esta paradoja quizá llore como hemos llorado nosotros al escribirla.

En sus visiteos nocturnos por los teatros del género chico, Fernando concedía su preferencia á Apolo; esto es de una lógica aplastante porque también hemos convenido todos

en que la famosa catedral de D.ª Pilar Vidal es el centro de inspiración sagrada de todos los provincianos que debutan en la villa del Manzanares. Una de las noches en que nuestro hombrecito penetró en el patio de butacas del citado coliseo, hubo de quedarse detenido junto á la cabecera par de la fila veintidós, con los ojos fosforescentes por la fascinación y el rostro transfigurado por el asombro. En tan poética actitud quedó un rato hasta que los rugidos de la orquesta, que ejecutaba el preludio, le hicieron dar la vuelta á la realidad é instalarse en su butaca. ¿Qué había visto el joven para maravillarse de tal modo? ¿Algún monstruo marino ó algún acreedor?... Lector, mira con nosotros á la tercera platea de la izquierda y tendrás la contestación á tales interrogaciones.

La susodicha platea la ocupaban dos damas solitarias completamente antitéticas, pues si la más joven era la suma perfección en belleza, en tocado y en gestos, la otra, casi anciana, venía á ser algo así como la fealdad individualizada, vestida como las más cursis de

nuestras actrices del género chico cuando se ponen elegantes; se veía á simple vista el papel que aquella piltrafa desempeñaba cerca de su señora; y lo que más chocaba en ello es que ni el tipo, ni la actitud, ni las maneras de la joven parecían autorizar la sospecha de que fuese una *liviana*. Parecía una reina haciéndose acompañar por una trapera.

El teatro entero en sus miradas estaba pendiente de aquella pareja, no sabiendo qué admirar más, si el encanto de la joven ó el contraste de las dos. Fernando, para quien no era nueva la contemplación de aquella maravilla, ocupó su sitio en pleno azoramiento; era la tercera vez que en el mismo teatro y en la misma platea se encontraba con la Venus de Milo, y sin saber por qué ni cómo sintió en el corazón un dulce escarabajeo.

Bien pronto entre la dama y el pollo se inició un diálogo de miradas: las de ella eran tímidas, furtivas, al abrigo de una ojeada general á todo el teatro; las de él francas, abiertas y devastadoras. Miraba ella como miran las honestas damas que no quieren descubrir en el brillo de su mirar el volcán que arde en su

pecho; miraba él como miran los que lo piden todo con la mirada, y sabiendo que no han de obtener nada, se contentan con grabar bien en la retina la imagen adorada para reproducirla luego á solas y en lo obscuro. Se reconocían los dos al verse por tercera vez; una de las dos noches anteriores Fernando, al salir del teatro, osó seguirla para averiguar su domicilio; pero la joven tomó un coche de punto y la osadía del mancebo, económicamente imposibilitado de ir tras ella en otro coche (poseía cuarenta y cinco céntimos), hubo de quedar reducida á quedarse parado junto al edificio del Fénix, tocándose la barba, por no tocarse en público otra cosa.

Los ojos de ella, brillantes como ascuas, iban poco á poco aumentando su expresión y fijándose con más descaro en nuestro amigo, aunque sin perder nunca aquella suprema nube de recato que hace distinguirse á una duquesa que se tima, de una criada que pide atrevimientos al novio. El doncel murciano saltaba de gusto en el asiento... ¿Qué pasaba en el escenario? No lo sabía. Moncayo cantaba una balada que el muchacho apenas oía: tal

era su turbación y tal lo engolado de la voz del célebre cantante. Muchos del público comenzaban á preocuparse con el mudo dialogar de aquella *mondaine* y aquel polluelo; alguno de esos eternos conquistadores que en cuanto ven una mujer guapa adoptan postura de invencibles, comenzó á sentir la picazón de la envidia al notar que las preferencias de la dama no eran para él, sino para aquel tímido estudiante, algo flacucho y esmirriado. Pero el asombro de todos y del mismo Fernando se convirtió en estupor cuando al terminar la pieza, mientras el telón caía, se vió á la prodigiosa mujer alzarse del asiento, refugiarse en el antepalco y allí, desde la sombra, medio oculta por una cortina, hacer un gesto con la mano, dirigido al joven, que traducido al lenguaje de las palabras quiere decir: «Ven, que te espero».

Loco del todo el enamorado, se levantó furioso del asiento, ganó á saltos el pasillo y en la misma puerta de salida tropezó con diez ó doce espectadores; al subir al corredor de las plateas se le cayó el sombrero, á mitad de él se le deshizo el nudo de la corbata y antes de

llegar al término de su viaje no perdió uno de los zapatos porque la providencia de los enamorados no quiso.

Cuando llegó á la platea, cuya puerta estaba entreabierta, una mano de fiebre estrechó la suya y le arrastró hacia adentro...

V

El alto mundo madrileño se aburría elegantemente en aquella Cuaresma poblada de sombras; después de un invierno soso como un sermón, en que todas las fiestas mundanas habían quedado reducidas á dos ó tres *diner-blanc* en casa de los Sres. de Pacomio y á media docena de partidas de *bridge* en la embajada de Bulgaria, vino, tras la ráfaga loca del Carnaval, el santo tiempo del ayuno y la penitencia que la Iglesia consagra al proteccionismo de los almacenistas de bacalao lacustre. La santidad de los días cuaresmales servía de pretexto á las grandes figuras de nuestro *faubourg* para ahorrarse unas cuantas pesetas absteniéndose de organizar cotillones y comidas selectas, como si el hacer el majadero en un salón de baile fuese faltar al Decálogo, ó

el deglutir unas truchas asalmonadas con salsa de chismes fuese á provocar la cólera divina.

Bien es verdad que, agarrándose desesperadas al pretexto de la campaña de Melilla, las eternas tarascas de las fiestas bulliciosas (la Guirlache, la Nestosa, la Monteverde, los Sres. de Iniesta y demás organizadores del placer distinguido) habían dejado pasar el invierno sin que un mal baile de trajes alterase la monotonía del ambiente; ya lo decía con su prosa personal y fusilera Monte-Virgen, el célebre cronista de salones de uno de los periódicos de la mañana; no se recordaba en Madrid un invierno tan poco movido, á no ser que nos remontásemos á los años que siguieron al 68, en que un viento de tragedia pareció cernerse sobre los moños y las calvas de nuestras altas clases, casi todas en la emigración para no enlodar el brillo de sus timbres con el roce cotidiano de aquellos impíos que habían escalado el poder;... y esta cantinela, repetida casi á diario por el untoso cronista y coreada por sus compañeros de los demás periódicos (siempre á la zaga de Monte-

Virgen, por ser éste quizá el único que tenía entrada efectiva en los salones que describía), llegó á ser la fiel expresión del alma de las clases linajudas y el estribillo obligado de todas las conversaciones patricias. Si no hubiera sido por las pantorrillas de Anselmi, que durante un mes sembraron el jaleo y la voluptuosidad en el alma de las más tiernas de nuestras marquesas y condesitas, el alto mundo hubiera muerto en los comienzos del año 1910 víctima del tedio, el *spleen* y la insustancialidad.

Porque no eran sólo las fiestas las que faltaban, ni eran únicamente las comidas próceres las que se echaban de menos: la murmuración, ese alimento espiritual de los escogidos, ese anestésico de las preocupaciones de la vida, había muerto en el *faubourg* cortesano por falta de materia en que cebarse. Ni un escándalo, ni un adulterio que valiese la pena, ni una ruina con la consiguiente fuga de los arruinados, nada, en fin, que sacudiese los nervios de nuestras *madames Montespan* y de nuestras Aspasias, se había producido en el seno tranquilo de la aristocracia, indiferente

á todo desde la caída de los conservadores. Los mismos líos de siempre, los mismos *menages à trois*, que por harto conocidos ya no llamaban la atención de nadie, las mismas chicas solteras viéndose á solas con los mismos amigos, y hasta idéntica profusión de bodas que en inviernos anteriores, como homenaje á la especie. Las más volubles de nuestras casadas engañaban á los amantes con los maridos, sin duda porque ya les era imposible engañarlos con otro amante por haberlos agotado todos; ni una nota nueva, ni un matiz original se descubría en el vasto campo de la heráldica y sus aledaños, y como las lenguas de oro de las duquesas no habían de entretenerse en criticar de trajes, pues esto se queda para las burguesas un poco atrasadas, ocurría que siempre que se formaba una tertulia de galanes y damas del alto mundo se entretenían en rezar el rosario ó en leer con delectación las novelas de Antonio de Hoyos y los sonetos de Antonio de Zayas... Sí, porque no era cosa de ponerse á discutir las obras de la Gran Vía ó el problema de las casas baratas.

Con estos antecedentes se comprenderá mejor el gratísimo efecto que hubo de producir en el alma linajuda la noticia de que la marquesa de Guirlache preparaba un suculento baile para la semana de Pascua de Resurrección. ¡Ah, esto ya era otra cosa! Tras este baile vendrían otros, ya que la Guirlache parecía ser en estos casos la que siempre rompía la marcha, y con eso y los jueves de Parish, más las consabidas *tournées* primaverales de las compañías extranjeras que por unos días nos darían la ilusión de que estábamos en Europa, el panorama se presentaba encantador, y las más tímidas doncellas habían comenzado el asedio del bolsillo de papá para extraer de él los trajes que dentro de poco habrían de lucirse en los bailes y en las plateas de los teatros.

En los salones del Ideal Room, único sitio en que se reunían unas cuantas palomas distinguidas con sus palominos correspondientes, en estos días de la semana de pasión, se alababa la iniciativa de la Guirlache, y se deseaba vivamente que el hijo de Dios fuese crucificado y resucitase al tercer día, ó antes

á ser posible, no tanto por el júbilo natural de verle subir á los cielos, cuanto por el deseo vehementísimo de entregarse cuanto antes á las locuras del vals con todas sus terribles consecuencias. Y allí, en aquel salón interior iluminado *a giorno* en la hora del te, se hacían los más favorables comentos para la ilustre dama que, como siempre, había roto el hielo del hastío sacrificando un buen puñado de pesetas en obsequio á sus kilométricas amistades: era una limosna más que la caritativa marquesa de Guirlache daba á la voracidad de sus mendigos de frac.

¡Siempre la misma Rosalía Castropuño! Este era el nombre de pila de la célebre y bombeada dama y así la llamaban sus íntimos ó los que en público pretendían serlo: la marquesa de Guirlache, de edad indefinida aunque próxima al ocaso, si es que ya no estaba en él, era una mujer fea si las hay, que sí las hay, digan lo que quieran los epicúreos; más bien alta que baja, más bien gruesa que fina, tenía dos cualidades características: una vanidad de pava real y unas dotes de organizadora que ríanse ustedes de D. Alberto Aguilera

y de D. Torcuato Luca de Tena. No podría brindarse á la egregia señora presente que más agradeciese que una cita en un periódico, un reclamo de sus infinitas obras de caridad ó un bombo á sus altas dotes generosas y altruistas; con un gran sentido de la realidad y un experto conocimiento del pequeño mundo en que vivía, Rosalía Guirlache dedicaba á la limosna una parte insignificante de la inmensa fortuna que poseía, sabiendo muy bien que su generosidad, que en otra parte hubiera parecido mezquina, aquí brillaba esplendorosa gracias á la ruindad de bolsillo de sus compañeras de clase y de estirpe.

Sus dádivas continuas repercutían inmediatamente en las columnas periodísticas, gracias á un habilísimo sistema de publicidad cuyo secreto ella sola conocía; favoreciendo por igual á los de abajo y á los de arriba, acudiendo á enjugar las lágrimas de la extrema miseria y á detener la ruina de los que muchas veces hubieran tenido que empeñar la levita para comer, la Guirlache era popular con una popularidad de relumbrón que era el más alto timbre de su vanidosa altanería. Siem-

pre en medio y siempre en el escaparate, la célebre dama era el Rostand de las marquesas españolas y el Gabriel D'Anunzzio de nuestro mundo elevado.

Pero gracias á esta vanidad y en virtud de aquella *Grandeza de España* que ella quería conquistar á fuerza de limosnas, mucha gente iba comiendo y muchos miserables de esos de camisa limpia iban teniendo para comprar bencina y prolongar con ella el lustre de su exiguo guardarropa; entre estos últimos estaba Monte-Virgen, especie de asilado de Rosalía, á cuya mesa se sentaba la mitad de los días de la semana y de cuya bolsa extraía lo suficiente para pagar el alquiler de su *garçonier*... un entresuelo modestito del barrio de las Salesas. A cambio de esto, él era el cronista oficial y sin condiciones de las andanzas de la Guirlache que debían y podían tener publicidad.

A hacer atmósfera al baile pascual que su protectora preparaba se había dedicado hacía unos días el brillante cronista, y por cierto que lo había conseguido; de ello podían dar fe las conversaciones que en estas mesas del

Ideal se mantenían, mientras las damas y los galanes procuraban resarcirse de la vigilia doméstica atracándose de *sandwichs* de jamón y de pasteles de chocha... La orquesta, entretanto, preludiaba las danzas de Salomé.

VI

Se despertó el joven y dió tres vueltas en la cama; la cabeza estaba vacía, los oídos le zumbaban y el cuerpo, débil y agónico, estaba pidiendo á voces el desayuno. La batalla de la noche anterior había sido ruda, violenta, tumultuosa; al entrar en la platea sintió unos brazos que le estrechaban y, así afianzado, le conducían á un banco de terciopelo... La acompañante había quedado en el palco y estaban los dos solos y casi á obscuras.

No piense el lector que vamos á contarle con pelos y señales lo que en aquel antepalco pasó en esta noche memorable; el hacerlo atraería sobre nuestra frente el dictado de escritor voluptuoso y además mancharía estas páginas con detalles lúbricos que no tienen nada que hacer en una novela de almas... Al

mediar el desarrollo de la última sección, la dama y el jovenzuelo salieron á la calle muy cogiditos del brazo y tomando un coche de punto, entre la envidia de los circunstantes, marcharon á un próximo restaurant, siempre seguidos de la cacatúa de la acompañante; los andares del joven eran un poco vacilantes y alrededor de sus ojos lucían unas ojeras. ¡Esas ojeras que los novelistas tienen la obligación de poner en el rostro de sus personajes siempre que salen de alguna entrevista amorosa!

Dos horas más tarde, cuando el hijo de los marqueses de Abanilla salió del restaurant citado, sus andares, más que vacilaciones, eran tumbos deshechos, y sus ojeras, más que manchas violáceas, eran paletadas de negro-humo...

... Cuando despertó eran las nueve de la mañana. Lo que es aquel día *se fumaba* la Universidad, no sólo por pereza, sino para celebrar el triunfo de la noche anterior.

¡El triunfo, sí señor! Aquella mujer, cuyo nombre apenas sabía, se le había entregado en cuerpo y en alma, y esta entrega, como todas las entregas de las novelas por ídem, le llenaba de júbilo y de contento; la donación

de la hermosa había sido tan completa que, de haber querido, el gallardo mancebo hubiera podido traerse su alma en el bolsillo del chaleco... En cuanto al cuerpo... aún tenía Fernando sus carnes impregnadas del perfume de las carnes de ella, tan pronunciado y penetrante, que toda la alcoba se bañaba en él, haciendo exclamar á la patrona cuando entró con el desayuno:

—Aquí huele á impureza, don Fernandito.

Abiertas las maderas del balcón y engullido con fruición el chocolate, Colmenares, tras un desperezo, se entregó á la meditación: estaba orgulloso de sí mismo y contento de la vida; precisamente aquel día le tocaba almorzar en casa de sus tíos y la comida condal sería alimento bastante para reparar las fuerzas inmoladas ante Eros. Se levantaría, daría un paseo por el centro para mirar con altanería á los transeuntes, que sin duda alguna no poseían una hembra tan acabada como la suya, y terminaría por entrar en Candelas á tomar el vermouth y de paso á dar la licencia amorosa á su camarera, á cuya mano desde luego renunciaba. ¿Iba él á seguir teniendo

amores ideales con una sirvienta de café, ahora que los tenía reales ¡y tan reales! con la primera mujer de Madrid?

Miró al almanaque colocado encima de la mesa y vió que era miércoles; en este día acostumbraba él á bañarse todas las semanas, y al pensar en hacerlo también hoy, rectificó mientras se lavaba la cara. No, hoy no; el agua, al limpiar su cuerpo, quitaría de él las huellas de la noche anterior, y ante esto, que le parecía una profanación, decidió dejar el baño para otro día, sacrificando un poco de limpieza en aras de su naciente amor. Después de aquel rasgo de guarrería místico-sentimental, el buen amigo terminó de arreglarse y se asomó al balcón bañado por el sol.

La mañana era tibia, y sobre el asfalto de la plaza cabrilleaba la luz solar, mientras numerosos transeuntes, cada uno con su alma correspondiente, circulaban filósofos en persecución del garbanzo ó del placer; nuestro amigo, desde aquella altura, se sentía feliz y muy por encima de todos aquellos forzados de la vida, que á él le parecían profundamen-

te despreciables. El jovenzuelo buscaba ávidamente el secreto de aquella felicidad que tan de repente le invadía, y después de dar cien vueltas á su conciencia, vino á tropezar con la solución: sí, le venía de la mujer, de aquella prodigiosa mujer que él había estrechado entre sus brazos pocas horas antes y cuya extraña y compleja personalidad le inquietaba más á medida que pensaba en ello. Su inexperiencia y su turbación le habían impedido, lo mismo en el teatro que en el cuartito del restaurant, desenvolver el secreto de aquel alma en medio de los encajes de su ropa interior, y aunque no sabía por qué, lo cierto era que él mismo, que no era un novicio en las lides de amor, sentía que hasta entonces no había amado nunca con esa plenitud de amor que nos deja vibrando para tres semanas. Sí, éste era el secreto de aquella plétora de felicidad que le atufaba, y regodeándose en ella, pasaba la punta de la lengua por los labios algo marchitos, y comprendía, por fin, al sentirse ya hombre del todo, que cierta casta de hombres pudiese extraer toda su felicidad de la mujer, así como otros extraen

de ella todo el dinero que pueden y toda la influencia, que acaba por sentarlos en un escaño del Congreso.

Unas gotas amargas había, sin embargo, en este bálsamo de dicha que el amoroso iba bebiendo; un enigma tenebroso, como casi todos los enigmas, había rodeado sus entrevistas de la noche anterior. ¿Quién era aquella mujer? ¿Dónde y cómo vivía? ¿Por qué no le llevó á su casa? ¿Por qué á la salida del restaurant le exigió promesa formal de que no la seguiría para tratar de averiguar su domicilio? Un espíritu frívolo contestaría sin vacilar á todas estas preguntas: aquella mujer era una golfa de mucho *postín*, vivía como viven todas ellas y no había querido llevar á su casa al flamante novio por la sencilla razón de que en ella le estaría esperando *el amigo* oficial que corría con todo... hasta con las infidelidades de su amiga.

Pero estas contestaciones lapidarias no podían satisfacer á un espíritu romántico como el de Fernando, que necesitaba la explicación misteriosa como aureola de su última conquista.

Discurriendo con cierta lógica el mancebo se decía: si esta mujer es una de tantas entretenidas que en un momento de hastío quiere satisfacer un capricho pasajero pasando por encima del respeto debido á su protector, ¿por qué el empeño de la dama en borrar toda huella de la aventura hasta el punto de exigir al amante de unas horas el completo olvido del lance? Porque hay que advertir que la noche anterior, cuando, ya fatigados los dos del diálogo amoroso, llegó el momento de separarse, ella, casi llorando, le pidió que nunca más volviese á acordarse de aquello que llamaba una locura, y que si volvían á encontrarse en la calle ó en algún teatro hiciese todo lo posible por no mirarla. El joven lo prometió todo, pero guardó en el fondo de su alma la certera esperanza de que aquellas palabras de la joven serían bien pronto traicionadas por su propio corazón... aquel corazón que asomaba á sus ojos cuando le besó por última vez y cuando pagó al camarero el importe de la cena. Se veía claramente que aquella mujer luchaba en su interior con algo que acabaría por vencerla y este algo es lo

que el joven ignoraba lo que fuese: dignidad, temor, remordimiento, dinero, amor...

¿Amor?... Claro es que si nuestro amigo Fernando se hubiera entregado en soliloquio á todas esas interminables meditaciones que surgen detrás de aquella mágica palabra, no hubiera llegado á tiempo al almuerzo de sus tíos. Así lo comprendió el mancebo, y dando un corte á sus divagaciones, se dispuso á salir á la calle. Nada vamos perdiendo en ello ni tú ni yo, lector amigo; yo me ahorro escribir unas líneas enojosas y tú te ahorras leerlas.

Ya iba el doncel á retirarse del balcón cuando hubo de quedar detenido en él mirando completamente absorto hacia la casa de enfrente: en uno de los balcones del piso principal, recogida detrás de los cristales, había una figura humana que á Colmenares le produjo estupor. Sí, era ella, no cabía duda; y por si alguna quedaba, la interesada se encargó de desvanecerla regalando á su jovenzuelo de la noche anterior con la más suave de las sonrisas.

Bien pronto el fogoso mancebo inició una serie de gestos y guiños, á los que la hermo-

sa contestaba recomendando prudencia con la mirada; el impaciente enamorado indicó su deseo audaz de entrar en la casa, y á esto ella cerró su cara en seriedad cuando ya los vecinos, también al balcón para disfrutar de las caricias del sol, comenzaban á inquietarse ante aquel flirteo peligroso. Viendo la insistencia de él, ella acabó por retirarse, no sin envolverle antes en una húmeda mirada que acabó de enloquecerle.

Dando traspiés bajó la escalera sin saber á dónde se dirigía. Pero ¿cómo era posible que aquella mujer fuese su vecina y él no se hubiese enterado hasta aquel momento? Al pisar la calle se echó mano al bolsillo, y cruzando el arroyo entró en la casa de enfrente; algunos vecinos de los balcones sonrieron con envidia. Fernando se dirigió á la portería, donde tuvo la suerte de encontrar á una mujer sola que devoraba unas patatas guisadas; blandiendo una moneda de cinco pesetas la abordó interrogativo: la hostiaria, deslumbrada por el brillo de la plata, abrió su pecho á la confidencia.

—Sí, señor; la señorita Carmen vive en la

casa desde hace cuatro años, sola con la señora de compañía y las criadas. Nunca sube nadie más que algunas amigas, y eso pocas veces... Ella sale poco, y cuando lo hace es siempre con D.ª Rosa...

—.....

(*Bajando la voz*).—Claro: está con ella desde hace mucho tiempo y pasa temporadas fuera de Madrid; cuando está aquí viene casi á diario. Se llama (*aquí un nombre que Fernando nunca había oído*), y él es el que corre con todo.

Nuestro amigo quedó unos momentos vacilante. ¿Subiría? Bien claramente se lo había prohibido ella minutos antes desde el balcón, y aunque el faltar á esa prohibición hubiera sido cosa baladí tratándose de otra mujer de su vida, con ella no se atrevía el joven... ¡Exhalaba un hálito tal de respeto y de dignidad, que hubiera sido villano tratarla como á una de tantas!

VII

En casa de los condes de Nestosa se celebraba aquella mañana un almuerzo íntimo; uno de esos almuerzos en que la ausencia de toda etiqueta y solemnidad permite más fácilmente á los invitados consagrarse al cultivo exclusivo de los diversos platos del *menu.* Eran los comensales, á más de los dueños de la casa y su sobrino Fernando Colmenares, las dos duquesas de Seijas, madre é hija, á cual más fea y cuyo papel social era el de asiduas concurrentes á todo sitio donde no hubiese que gastar nada; la marquesita de Pradillo, espléndida soltera de veintidós años, tan hermosa como idiota; Manolo Lazaga, joven de cincuenta y dos años, siempre floridos, que se dedicaba á dar consejos desinteresados á las damas próximas á caer; Carlos Bastarreche, *sportman* de nacimiento y amante, por

ahora, de la dueña de la casa, y el conde de Casa-Plasencia, anciano y popular senador, completamente chiflado y cuya personalidad se desenvolvía en dos direcciones distintas: las preguntas parlamentarias al gobierno de su majestad y las cocineras de seis duros, cuyos relieves opulentos, al ser tropezados por el prócer en las plataformas de los tranvías, eran objeto de un masaje especial que llenaba de zozobra á las inocentes Menegildas.

No sería propia de una novela psicológica la descripción detallada de los platos que formaban el *menu* que la esplendidez del Conde puso á disposición de sus amigos: bastará con dejar consignado que ese *menu* se componía de todas esas exquisiteces que los cocineros de las casas próceres saben confeccionar con los residuos de la cena anterior y una dosis muy fuerte de arte y de inventiva. Lo que sí podemos narrar sin miedo alguno es el diálogo que aquellos escogidos mantenían entre sí cuando los quehaceres del yantar les dejaban vagar para ello; encontraremos en él un gran caudal de experiencia psicológica y por eso no vacilamos en copiarlo á la letra:

—Lo que parece mentira es que Obdulia Monteverde piense todavía en eso.

—¡Ay, hija! Es que el desengaño ha sido tremendo: la pobre chica está que se la puede ahogar con una servilleta.

—¿Pues qué le ha pasado?—interrogó á boca llena Casa-Plasencia, que, como de costumbre, no se había enterado de nada.

—¡Cómo! Pero ¿no lo sabe usted, Conde?

—Nada, hija; ni una palabra.

—Pues ya sabe que Obdulita iba á casarse esta primavera con Rosalío Fregenales.

—¿El mayor de los chicos de Pilar Fregenales?

—Justo: ya sabrá también que Fermino Monteverde dotaba á su hija en trescientas mil pesetas... No es mucho, pero como quiera que el novio no tiene una peseta ni por dónde le venga...

—Pues si no tiene por dónde le venga, ¿para qué quería casarse?—interrumpió ingenuamente la Pradillo.

Una carcajada picante acogió la oportuna observación de la joven; después de este desahogo picaresco, continuó la charla:

—Todo el mundo sabe lo vanidosa que ha

sido siempre Obdulia; muy buena muchacha, pero se muere por figurar. Pues bien, en cuanto su padre firmó la escritura dotal, se fué á casa de *madame Simone* y se encargó un *trousseau* por valor de doscientas cincuenta mil pesetas, á pagar después de casada. ¡Cosa espléndida, soberbia! Diez y siete trajes de calle, catorce de teatro, las camisas de dormir por docenas, hasta ropa de niño había en la canastilla de la desposada... Enterarse el novio de ello y formar su plan diabólico fué todo uno: marchó á casa de la modista, celebró con ella una entrevista secreta y se pasó tres ó cuatro días en uno de los salones más apartados del Nuevo Club, haciendo operaciones aritméticas y combinaciones mágicas con logaritmos y binomios... El resultado de todo ello fué que hace una semana, cuando nadie podía figurárselo, ¡pum! el trueno gordo: el hijo de los barones de Fregenales contrajo matrimonio con la conocida modista *madame Simone*, en la iglesia de las Pascualas.

—¡Pobre Obdulia!—exclamaron todos como homenaje lastimero á aquella víctima de la avaricia de un escéptico.

—La chica habla de resoluciones extremas: entrar en un convento ó establecer en la futura Gran Vía un comercio de ropas de señora, para vender en él las prendas de su inútil *trousseau*. Pero es lo que dice el novio con ingenuidad encantadora: «Señor, todo el mundo sabe que si yo iba á casarme con la chica, más que por amor lo hacía por la dote. Pues si yo veo que esta dote, en su mayor parte, va á parar á manos de otra persona, ¿no es lógico que me case con ella? Y no se diga que soy exigente: no hago más que poner remedio al mal cuando aún puede tenerlo; lo mismo que me he casado con la *Simone*, me hubiera casado con un agente de bolsa si, por azares de la especulación, los sesenta mil duros de mi presunto suegro hubieran ido á parar á sus manos».

—¡Qué cinismo!—protestó indignada la Seijas mayor, que posaba de austera.

—Y á propósito de bodas: ¿cuándo se casa usted, Bastarreche?—preguntó irónica la Nestosa á su amante.

—Esa pregunta cada día va teniendo más difícil contestación: para casarse hay que te-

ner novia y para tenerla hay que hacer el amor á alguien.

—No opina lo mismo el flamante marido de *madame Simone.*

—Ese es una excepción; pero ¿quieren ustedes decirme quién es el guapo que se atreve á seguir por la calle á una muchacha, después de la generalización de los automóviles? Ya es axiomático que ninguna chica que se estime puede presentarse en un paseo como no sea tripulando un magnífico H. P. de cualquier marca; y he aquí el problema para los que no tenemos auto: ¿cómo *encerramos* á esa chica á la vuelta del paseo? ¿Es que vamos á echarnos á correr como locos tras el vehículo? Pues, y el indispensable *flirt* á distancia, ó *timoteo*, como dicen en Lavapiés, ¿quién lo mantiene con una de esas reinas de la gasolina desde un modesto coche del Círculo?

—¡Caramba! ¡Caramba!... De modo que tú crees...

—Que el automóvil, al generalizarse, ha hecho disminuir los matrimonios y acabará por hacerlos desaparecer.

Ante la gravedad de este problema social,

tan sobriamente planteado, los comensales se quedaron atónitos; una honda preocupación comenzó á invadir á aquellos frívolos, y más de una cuchara interrumpió su viaje á la boca patricia en una quietud dubitativa... El conde de Casa-Plasencia, sobre todo, aparecía fuertemente preocupado... ¡Quién sabe! Puede que fuese oportuno interrogar al gobierno sobre la realidad de aquel peligro, que nuestros estadistas ineptos seguramente no habían previsto... Mientras tanto, por el fondo del severo comedor tapizado de caoba y como imagen de la inconsciencia de la especie ante el mal que la amenazaba, atravesaba un criado con una fuente de almejas rellenas.

El recuelo lo tomaron los invitados en el hall que abría sobre el jardín, y allí siguió la charla vana é insustancial que la atrevida afirmación de Bastarreche había interrumpido por breves momentos. Si nos fijamos bien en el respetable concurso reunido bajo las palmeras del recinto, notaremos en él la ausencia de dos personas: Fernando y su respetable tía. La actitud de ambos durante el almuerzo les había hecho distinguirse de los demás: el chi-

co había estado encogido, desprovisto en absoluto de soltura, como hombre á quien rodean personas desconocidas, á cuya sutileza de diálogo no está acostumbrado... En cuanto á la Condesa, habrá que decir que su fino instinto no le había engañado. Desde que vió entrar á su sobrino en la salita donde esperaban los invitados y le oyó dar los buenos días con aquella timidez que era su mayor encanto, comprendió lo que había pasado por él desde que le vió dos días antes; no había, pues, que perder el tiempo si no quería que otra mujer más decidida acabase de arrebatarle aquel tesoro de diez y nueve años que ella codiciaba con su ardor de jamona; el rostro lacio del adolescente le decía bien á las claras cuál era el enemigo que había que vencer, y durante toda la comida no tuvo más que un pensamiento fijo, una idea inalterable: luchar con armas iguales con su incógnita rival.

Sentía celos, unos celos terribles de aquella hembra que se le había adelantado y que seguramente sería alguna de esas pelanduscas baratas que adornan las orgías de los estudiantes de primer año. Mientras libaba más

de lo acostumbrado para procurarse con el alcohol futuros atrevimientos, se reprochaba su timidez pasada, que le había impedido acostarse con el sobrino desde la primera vez que le vió, y mirándole ahora fijamente en el asiento frontero al suyo, le pisaba por debajo de la mesa, prometiéndose ir derecha al bulto en cuanto terminase la comida.

Y así fué: con un pretexto baladí, apenas dejó instalados á sus invitados para el café, desapareció con el chico por las vastas estancias de la casa... Será inútil que les busquemos; ya ha procurado ella llevarle á donde nadie les podrá encontrar: allí, en el cuarto de la plancha, medio oculto en el fondo del pasillo, tía y sobrino preludian una sinfonía original... Dejémosles solos por pudor y por discreción.

....

Entretanto, aquí en el hall el dueño de la casa, rascándose la frente, discute con Casa-Plasencia y Manolo Lazaga el problema eterno de si Canalejas tiene ó no tiene el decreto de disolución...

VIII

No diremos nosotros que la condesa de Nestosa y Fernando Colmenares se entretuvieron en acertar charadas ó en hacer versos luminosos todo el tiempo que permanecieron encerrados en el cuarto de la plancha; pero sería forjar una calumnia el afirmar que ambos furtivos llegaron á faltar al más peligroso de los mandamientos de la ley de Dios, en una plena consumación de sus deseos. Faltóle á ella valor para tanto y hubo de faltarle á él ese arranque varonil que decide siempre la victoria á favor del macho, cuando lucha—desde Adán—con la hembra. De aquellas dos horas de encierro salió un compromiso formal para un porvenir muy próximo; de aquellos *pour-parlers* amatorios surgió el cimiento de la falta futura, y ella, la hembra, todo

ardor, ya satisfecha en su deseo con la sola promesa de una posesión no lejana, dió suelta al palomino inocente que con tanta facilidad había caído en sus manos.

¡Con tanta facilidad! ¡Ya lo creo! Apenas salieron del comedor, la tía cogió al sobrino por un brazo, y con la más insinuante de las voces, le sopló al oído estas palabras:

—Ven conmigo; he de enseñarte una cosa que he comprado esta mañana...

Al decir esto mentía á medias la ilustre dama: se trataba de enseñarle algo al chico; pero ese algo no era de compra reciente, sino que pertenecía por modo inalienable á la Condesa desde el instante mismo de su nacimiento, y con ella había vivido siempre unido á su ser como la sombra al cuerpo. Fernando, que aunque atontado por la proximidad del cuerpo de su parienta no tenía nada de tonto, comprendió al punto lo que aquélla le quería decir y se dejó querer con cierto orgullo de doncella cortejada.

No era despreciable ni mucho menos el bocado carnal que su noble tía le brindaba: Josefina Nestosa, con su cuerpo erguido y per-

fectamente conservado, sus labios gruesos de gozadora, sus ojos penetrantes y sus cabellos soberbiamente arreglados, era un manjar más que apetitoso, sobre todo si el comensal había de ser un jovenzuelo, un mortal comprendido en esa edad en que una jamona forma el compendio de nuestras ilusiones; así, el mancebo, destrozado aún de cuerpo por la batalla de la noche anterior, abrió su alma de par en par, al tiempo que la Nestosa abría el cuarto de la plancha y penetraba en él con su presa.

Ni por soñación hemos pensado nosotros en contar al lector lo que allí pasó en dos horas largas de clausura; fieles al plan que al principio de la historia nos hemos trazado, no queremos recoger aquí más que sensaciones de alma, luchas de espíritu, palpitaciones de la conciencia, y, aunque de todo esto hubo en aquel cuartucho misterioso, fué mezclado con una abundancia tal de palpitaciones de índole inferior y de contactos de especie material, que su relato sería á todas luces pecaminoso y atraería sobre nuestra frente la indignación de todos los Aristarcos del Institu-

to de Reformas Sociales... Además, la escena se ha descrito ya tantas veces que, sin falsear la realidad, no hay medio de hacer de ella un relato original; habría que inventar algo nuevo, presentando, por ejemplo, una estadística de los suspiros de derrota que dejó escapar nuestro amigo Fernando, ó de las veces que su ilustre tía puso los ojos en blanco como expresión de un éxtasis definitivo... Y eso que, como hemos dicho al principio, la entrevista no pasó de su parte preliminar; pero es que hay circunstancias en la vida en que los preliminares de un acto tienen mucha más importancia que el acto mismo; por eso todos los tratadistas del amor están conformes en que lo más sabroso de él son los preparativos.

De aquella conferencia, mantenida con toda la reserva y discreción de un diálogo diplomático, salió un acuerdo ultra amistoso: una cita. Sí, digámoslo de una vez, sin temor á las represalias sociales: la tía y el sobrino, despreciando los respetos humanos y los chismes de las porteras, se citaron para el día siguiente, á las cinco de la tarde, en... No, el si-

tio lo reservaremos todavía, no sea cosa que algún indiscreto le vaya con el cuento al Conde y nos prive de escribir uno de los capítulos más vibrantes de esta auténtica narración. Josefina no era mujer capaz de aceptar un término medio, y comprendiendo que allí mismo, en su casa, hubiera sido demasiado fuerte consumar con el sobrino la traición número dos mil hecha al esposo, acordó refugiar las primicias de este naciente amor en aquel nido tan sabiamente preparado por la astucia de una Celestina sagaz, que reclutaba su clientela entre lo más espumoso de la alta sociedad delincuente. Ninguna de las comodidades de su propio palacio habría de echar de menos en aquella casa misteriosa, asilo de Magdalenas sin arrepentir todavía, á cuyas escaleras ya estaba ella acostumbrada, y como el *acoger* al lindo pariente en la propia casa hubiera sido inaugurar un sistema de infidelidad á domicilio, la noble dama, guardando ese último respeto al archiultrajado esposo, decidió llevar á Fernando á aquel paraíso escondido, dándole así categoría de parroquiano distinguido.

Pero había que tomar sus precauciones para que *la cosa* no se echase á perder; lo primero avisar á Bastarreche. Hubiera sido chusco que, olvidándose ella de este aviso, llegase la hora convenida y se encontrasen en la propia habitación la dama y los dos amantes. ¡Buen lance! ¡Para qué quería más la mordacidad sádica de la Fregenales, otra de las asiduas á aquel palacete de Venus con blasón!

Felizmente, con una carta quedaba todo arreglado; la escribió la dama y decía así: «Pichón de mis fatigas: Como mañana, de cinco á siete, he de encontrarme presa de una jaqueca volcánica en el mastoides izquierdo, te lo aviso para que no vayas á esa hora donde tú sabes, porque yo no he de ir. Para distraerte puedes pasar la tarde en el tiro de pichón, donde hay una *poule* sensacional, ó en el Senado, donde también puede que haya otra *poule*, pues según acabo de saber, Casa-Plasencia piensa interrogar al ministro de la Gobernación sobre aquello que tú *dijistes* ayer en la mesa, de los automóviles. Te besa en los omoplatos y donde tú sabes, tu FINA». Trazadas estas líneas, que son algo así como la

huelga de la sintaxis y del pudor, nuestra ilustre amiga respiró satisfecha, y dando las órdenes oportunas, hizo que su automóvil la condujera á la iglesia de las Pascualas, donde acabaría de matar la tarde en el septenario de la Virgen de los Dolores.

.....

Cuando Fernando salió de casa de sus tíos, lo primero que hizo fué tomar el tranvía en cuanto lo tuvo al alcance de la mano; esta resolución, que tanto honra á nuestro amigo, ya que el tomar el tranvía requiere algo de heroicidad en ciertas ocasiones, proporcionó al vencedor la oportunidad de entregarse á sus reflexiones perfectamente acomodado en la plataforma trasera. Irguiéndose allí, como Sócrates en su cátedra de la escuela de Atenas, dió comienzo á su divagación psicológica mientras la vida circulaba á su alrededor cada vez más brillante.

Examinando atentamente su estado moral, el doncel se encontró con la agradable novedad de que él, el primogénito de los marqueses de Abanilla, el jovencito todo fuego y todo pasión que allá en la vega murciana, mientras

leía con avidez los folletines del *Heraldo*, soñaba con llegar algún día á la posesión completa del alma de una mujer, ahora, al mes escaso de hallarse en Madrid, se encontraba dueño y señor absoluto de dos almas femeninas en perfecto estado de conservación y para su uso particular. ¡Dos almas! La de Carmen y la de su tía... Las dos entregadas, las dos rendidas sin esfuerzo alguno de su parte, conquistadas sin lucha y sin violencia, como esas plazas fuertes que al solo anuncio de la llegada del ejército sitiador enarbolan la bandera blanca en un anticipo de rendiciones. Ante la absoluta certeza de esta doble posesión le invadió una preocupación extraña: dos almas, es verdad... pero ¿qué iba él á hacer con ellas? Como esos ambiciosos vulgares que, después de pasarse toda una vida soñando con la adquisición de la fortuna, luego, cuando por azares de la suerte llegan á poseerla, no saben qué empleo dar á su dinero, nuestro amigo se encontraba perplejo ante la fortuna de su corazón.

Porque no cabía duda de su triunfo, de su gloriosa apoteosis: Carmen era suya, tan suya

que por serlo, los ojos de aquella mujer admirable habían llorado con sinceridad quizá por primera vez en su vida; y la otra, la pariente, se le había entregado hasta la saciedad de su apetito insaciable, dándole el pleno dominio de su alma antes de donarle el cuerpo. Tenía miedo de malgastar aquel tesoro moral que á él se le entraba tan impensadamente y por ello vacilaba ante la dicha, bañándose en dudas y desviaciones; se preguntaba asimismo el amoroso cuáles eran las cosas que con un alma se podrían hacer y, meditando en ello, vino á dar en el resultado siguiente: á un alma se la puede analizar y en este análisis revolver sus recovecos, escudriñar el laberinto de sus rincones, ponerla al desnudo aun á trueque de que coja un catarro triple, é investigar en cuál de sus trozos reside la fibra del amor y en cuál otro radica la fibra que se nos conmueve cuando hemos de pagar al sastre una factura. Pero esta labor analizadora, en la que tanto se distinguió Ovidio—el prestigioso compañero—y á la que tan buena renta le sacan en nuestros días Paul Bourget, Marcel Prevost y el párroco de San Ginés, era

empeño arto arduo para la juvenil inexperiencia de Fernandito y entretenimiento un poco aburrido para su fogosidad dé potro soltero...

...Y después de dar vueltas al asunto y desechar, por absurdas, varias otras aplicaciones del alma femenina, tales como estuche de alhajas ó pisapapeles, el sagaz mancebo llegó á una conclusión dantesca: lo mejor que se puede hacer con las almas es amarlas. Y tras esta afirmación, que parece arrancada de una hoja del *Cantar de los cantares*, Fernando pagó al cobrador el importe de su billete.

¡Amarlas, sí! ¿Qué mejor empleo puede darse á esas deliciosas partículas del organismo humano cuya exacta localización corporal aún se desconoce? Y el muchacho se consideraba feliz, ya que él solo, pobre átomo del conglomerado social, poseía por partida doble lo que la mayoría de los mortales no conocen más que de oídas ó de haber visto en alguna película cinematográfica. ¡Un alma!... Por poseer una dieran la existencia las tres cuartas partes de los humanos; toda esa legión de forzados de la vida y de las suegras, que

pasan la existencia sin gustar el divino deleite de la propiedad anímica, y pensando que todos los placeres de este mundo quedan reducidos á estrenar unos pantalones á cuadros todos los trimestres y á escuchar un discurso de D. Alejandro Pidal cada cuaresma.

El tranvía iba llegando á la Puerta del Sol, y por esta razón nuestro amigo hubo de suspender sus meditaciones, cortándolas en la sequedad florida de esta afirmación: era feliz. Sí, feliz por encima de todos los mortales. Y esta felicidad, como ya había comprobado al rumiar aquella mañana su entrevista con Carmen, le venía de la mujer; era, pues, su sino...

¡Infeliz!... No sabía que de aquellas mujeres, de aquellas almas que él ahora saboreaba como pastillas de menta, había de venirle más tarde el azote implacable del desengaño y la torpe derrota de la ilusión...

... Pero dejemos esto para más adelante y bajemos del tranvía con movimiento marcial y eurítmico...

IX

—El señor conde de Casa-Plasencia tiene la palabra.

Así dijo el valetudinario presidente del Senado español á tiempo que se limpiaba la frente con aquel gesto de suficiencia al que debía todos los éxitos de su atropellada carrera de estadista. Las tribunas, pletóricas, rebulleron de curiosidad, y en una de ellas Bastarreche, que entre el tiro de pichón y la polémica de los padres de la patria se había decidido por esta última, dijo á la Monteverde, á cuyo abrigo había caído:

—Me parece que nos va á tomar el pelo: no le veo por ninguna parte.

En efecto, el escaño habitual del Conde estaba vacío; en el de al lado el marqués de Valderrobles lucía el cretinismo vitalicio de su

faz, mientras en la mano derecha empuñaba un manojo de cuartillas destinadas á recoger en una prosa homicida las notas de la sesión para la última hora de *La Era.*

—El señor conde de Casa-Plasencia tiene la palabra—tornó á invitar el presidente, paseando sobre la decepción de la sala el eco cascado de su voz.

Porque la decepción era inmensa: el ilustre prócer á quien por dos veces se acababa de conceder la palabra, gozaba entre sus compañeros de siesta legislativa de una popularidad arrolladora. Hablaba á empujones y, á pesar de ser académico de la Española—ó quizá por serlo,—sus discursos eran el sepelio de la gramática; parodiando los giros de uno de nuestros *Saint-Beuve* más circulantes, diremos de las creaciones orales de nuestro amigo que no se sabía qué admirar más en ellas, si la profundidad del dislate ó la elevación de la incongruencia... Y, sin embargo, Casa-Plasencia, al lado de la habitual pesadez erudita de unos pocos y de la soberana desolación lingual de los más, resultaba el más pintoresco de nuestros Licurgos.

Cuando él hablaba—y lo hacía con derroche generoso—todos los oídos eran pocos para vertederos de sus frases y todas las bocas pequeñas para reir sus atinadas observaciones; y fuera por esto ó por la leyenda popular que atribuía al prócer una decidida vocación hacia el amor de las cocineras opulentas, lo cierto es que el nombre de Casa-Plasencia aparecía siempre nimbado de una aureola popular.

Dos ujieres abandonaron presurosos el salón de sesiones para proceder á la busca y captura del ilustre aristócrata; como quien vocea una mercancía, apenas salieron á los pasillos comenzaron á gritar el nombre preclaro husmeando de paso por los rincones. En la portería aseguraron que el Conde estaba en la casa: le habían visto entrar y nadie le había visto salir, y al ver más tarde en el guardarropa el abrigo del prócer, los pensamientos de ambos servidores volaron unísonos al único sitio del palacio en que en aquellos momentos podía encontrarse... ese sitio misterioso que lo mismo existe en los dorados alcázares que en las casas de préstamos, y

en cuyo púdico escondite buscamos refugio todos los mortales impelidos por el acicate nostálgico de la necesidad.

Se montó una doble guardia á la puerta de los citados gabinetes, en espera de que el Conde, desechados ya los prejuicios de su estómago, tornase á la vida, reintegrándose á la batalla del salón de sesiones; en él, para dar tiempo á la vuelta de nuestro amigo, otro senador, de los de tanda aquella tarde, desgranaba la espiga de una interpelación sobre aduanas, entre las cabezadas somnolientas de un auditorio convencido por la fatiga...

... Pero pasaba el tiempo y Casa-Plasencia no retornaba; como no era cosa de que toda aquella gente de las tribunas, que sólo estaba allí para oir al Conde, tuviese por único alimento espiritual las arideces del orden del día y de unos paquetes de caramelos, el presidente dió enérgicas órdenes á la dependencia para que se buscase al sutil orador por toda la casa y se le trajese al salón de sesiones vivo ó muerto, vestido ó desnudo. Y entonces fué una correría en toda regla por las mil y pico de estancias del palacio de Mariquita Molina:

no sólo todos los ujieres disponibles, sino una buena mesnada de senadores—los más activos y batalladores—emprendieron la indagatoria por pasillos y salas, alzando los paños de los cortinones é inspeccionando debajo de los divanes... Todo inútil: á Casa-Plasencia se lo había tragado la tierra ó había salido á la calle descolgándose por el tejado.

Ya iban todos á dar por finalizada la pesquisa, ya se disponían á regresar, con la tristeza del fracaso impresa en el semblante, cuando á uno de los más sagaces—senador por una Universidad del Norte—se le ocurrió detenerse inspirado ante una puerta pequeña que abría no lejos de la biblioteca.

—¿Y aquí?—formuló el ladino con cierta timidez.

—Ahí le vimos á primera hora, antes de empezar la sesión; pero como salieron todos los señores con quienes él estaba cuando sonaron los timbres, no hemos querido mirar—dijo uno de los ujieres.

—Vamos á ver, por si acaso.

Se alzó el picaporte de la estancia y todos entraron en confuso amasijo; pero aún no ha-

bían andado dos pasos cuando se detuvieron llenos de estupor... Como dicen los reporters de sucesos y los folletines misteriosos siempre que se abre una puerta, *un espectáculo horrible se ofreció á la vista de los presentes.* Al fondo de la estancia, sentado tranquilamente junto á la chimenea, Casa-Plasencia apuraba un cabañas con toda la fruición de su alma de artista; sobre las rodillas tenía un papel, y esparcidas en él se veían hasta una docena de magníficas colasas de cigarro puro, todas mustias por la desilusión.

En el ambiente del salón había un claro perfume de tagarninas.

Era una historia vieja y conocida de todos: uno de tantos caprichos locos de aquel prócer artista que, viviendo en un medio social de la más amplia opulencia, gracias á lo obeso de su fortuna, tenía á las veces, como Alcibiades, apetitos de trapero.

Los compañeros senatoriales del Conde tenían la costumbre de reunirse en aquella sala antes de la sesión para entretener con el tabaco la espera del comienzo de la faena; cuando el humo de todas aquellas bocas se disipaba

en espirales por la atmósfera, sonaba el timbre que invitaba á los legisladores á pasar al salón de sesiones, y entonces los fumadores, con cierto gesto de contrariedad, abandonaban sus vegueros, apenas encendidos, sobre el mármol de la chimenea y la concha de las consolas.

—¿No viene usted, Conde?—invitaba alguno, dirigiéndose á nuestro amigo.

¡Qué había de ir! Era aquél el momento esperado; apenas se quedaba solo, cerraba con cautela la puerta del pasillo, y procediendo á una recolección bochornosa, se apropiaba de todos aquellos productos de la Tabacalera que sus compañeros acababan de abandonar á media vida... y allí, á solas con sus recuerdos, iba chupando uno á uno todos aquellos gérmenes microbiosos, infamados por la saliva de los electivos y mordisqueados por las dentaduras postizas de los vitalicios.

—¡Conde! Que le acaban de conceder la palabra.

Sin azorarse—tal era la fuerza de la costumbre,—Casa-Plasencia lió el papel que tenía sobre las rodillas, y después de guardarlo en el bolsillo del pantalón, se dispuso á ganar el

salón de sesiones precedido de la guardia de honor de sus buscadores.

Pero la fortuna había vuelto la espalda aquella tarde al prócer ilustre y á su auditorio; porque en el momento en que la mesnada que le acompañaba ganaba el salón por una de las puertas laterales, el presidente, cansado de esperar el regreso del hijo pródigo, arrojó sobre la masa este jarro de agua fría:

—¡Orden del día! Continúa el debate del proyecto de ley sobre la libre introducción de la remolacha. El Sr. Pérez Conejín tiene la palabra para rectificar.

Hubo una protesta de murmullos; los escaños y las tribunas comenzaron á vaciarse, mientras Pérez Conejín se vaciaba también sobre la incompetencia de la comisión.

El presidente, sudoroso, procuraba acallar los crecientes murmullos; cada vez que sacaba el pañuelo para atusarse los bigotes ó destaponarse los oídos, parecía el presidente de una corrida de toros que ordenase el toque de banderillas...

... Valderrobles y el conde de Nestosa bostezaban bueyunos en sus escaños.

X

Inquieto, nervioso, jadeante, Fernando Colmenares llevaba dos horas correteando por las calles céntricas de Madrid; un fuerte problema moral le preocupaba hasta el punto de arrebatarle el sentido. De trecho en trecho de su larga caminata se detenía esperanzado ante el escaparate de una tienda de ropa blanca para caballeros; escudriñaba en la vitrina, removía con la vista los montones de nítidas camisas y prestigiosos escarpines, y dando un suspiro de tedio dibujaba en su semblante toda la amargura del fracaso.

Y vuelta otra vez á la correría: de cuando en vez ante un comercio de todo lujo y de bien provistos almacenes se arriesgaba á franquear el portal y, acercándose al mostrador como al punto supremo de salvación, lanzaba una

pregunta que el hortera de tanda acostumbraba á contestar con una sonrisa despectiva.

No había solución para su conflicto ni remedio para su mal; cada tentativa fracasada era una gota más en el vaso de su amargura; cada esperanza deshecha un nuevo germen de lágrimas en su corazón angustiado. Y el caso era que la hora se iba acercando, y hubiera sido el colmo de lo trágico tener que faltar á la cita. Una de las veces que cruzó la Puerta del Sol miró el reloj de Gobernación y tembló de ira: las cinco y cuarto. *Á las seis en punto* le había indicado su tía al despedirlo el día anterior, y ya sabía él por referencias que una de las mejores cualidades de su linajuda pariente era la puntualidad en las citas de amor. Pero ¿cómo salir de aquel laberinto sin salida? Pensó que allí mismo, en la calle de la Montera, podría tomar el tranvía que le condujera hasta los Cuatro Caminos, é intentando un supremo esfuerzo pensó subir á pie hasta la red de San Luis por la acera de la derecha; en aquellos comercios jugaría la última carta, y si también allí le salía la contraria, todo se había perdido para siempre.

No era floja la tortura espiritual del joven, como no era baladí el problema que tenía planteado; como todos los problemas que conmueven el mundo desde la estúpida incongruencia de Adán, el que hoy agitaba el alma de nuestro amigo no era más que una consecuencia de la falta de dinero: tres pesetas con treinta y cinco céntimos componían todo el tesoro líquido del jovenzuelo, y claro es que con tan débil cantidad es inútil intentar empresas de lucimiento y de prestigio. Por no haber medido bien sus fuerzas económicas antes de aceptar el reto amoroso de la tía, Colmenares vacilaba á estas horas entre el suicidio y la lectura de ciertos artículos de fondo—medios ambos inconcusos para salir de este mundo.

Porque ya había pasado la iglesia de San Luis y el porvenir se le presentaba cada vez más negro; babeaba de cólera el doncellete y para dar algún reposo á la tribulación de su espíritu se detuvo á estudiar el menú del restaurant anejo á la citada iglesia, cuyo nombre lleva para mayor escarnio del santoral. Una ola de ludibrio azotó su faz ante aquella lista

de platos, que era algo así como la convocatoria de un cólico; herido en su alma de artista por aquella pantomima culinaria, siguió deambulando por la acera bañándose en escepticismo.

Ya llegaba á lo más alto de la calle, ya su boca iba á lanzar el *nulla est redemptio* de los definitivamente vencidos, cuando la esperanza, ese despertador de las almas dormidas hizo irrupción en su espíritu con toda la brusquedad de un discurso de Jaurés: fué en el escaparate de una tienda que liquidaba todas sus existencias donde el joven halló su áncora de salvación, y aquellas existencias que se liquidaban fueron para él la liberación de la suya en un triunfo completo y radioso. ¡Bien claro lo anunciaban aquellos letreros del escaparate! *Liquidación monstruo, baratura inconcebible, los artículos de mil pesetas á catorce reales*; toda la lira de la seducción mercantil.

Radiante de éxito penetró en el establecimiento, haciendo tintinear en el bolsillo las monedas que constituían su capital; ante el propio dueño de la tienda hizo la demanda,

y bien pronto un plantel de prendas interiores de caballero se extendió ante su vista sobre el mármol del mostrador. Recordando las obscuras nociones de Economía política que en el Instituto le habían imbuído, entabló una lucha bizarra con el mercader; éste que tres pesetas, Fernando que ocho reales... la ley de la oferta y la demanda se cumplía á todo rigor en aquel duelo de avaricias, y por fin, como siempre ocurre en estos casos, un término medio vino á poner fin á la incruenta batalla; por dos pesetas con cincuenta céntimos nuestro amigo adquirió la plena propiedad de los más conspicuos calzoncillos de sedalina que hayan podido soñar las fantasías desbocadas de los Médicis suntuosos. ¡Prenda egregia de un helenismo perfecto en su corte y confección, que le daba el mico al más experto en la estructura moral de esta clase de artefactos!

Había triunfado; tras un batallar de dudas feroces había conseguido el éxito. Apretando el paquete de la mercancía en un abrazo amoroso, le colmaba de gratitud por haberle salvado del ridículo.

Penetró en el kiosco de necesidad que se alza como templete asirio enmedio de la red de San Luis, y en uno de sus gabinetes íntimos realizó la metamorfosis; al salir respiraba de satisfacción: ¡ya era otro hombre! Con aquella ropa interior ya podía presentarse ante la Condesa y competir decorosamente con Bastarreche, que en eso de la *toilette* íntima parece ser que era una especie de Andrea del Sarto... Sobre el enlosado del gabinete quedaron abandonados unos calzoncillos de hilo vulgar poblados de remiendos y salpimentados de descosidos: ¡eran la víctima del encumbramiento repentino del joven, que al convertirse en el amante de una alta dama dejaba allí las prendas de su pobreza, como vestigios indecorosos de un pasado anodino!

XI

Dos medios hay en el complejo itinerario de la villa y corte para trasladarse desde la Puerta del Sol á la glorieta de los Cuatro Caminos: se puede tomar por Hortaleza y se puede tomar por Fuencarral; también se puede tomar un automóvil de esos del servicio público, y hacer que nos lleve rodeando por la pradera de San Isidro; pero este medio es el más seguro é infalible para tener que declararse en quiebra cuando llegue la hora de pagar al conductor; tales tarifas han confeccionado nuestros ediles, que es mucho más barato comprar un aeroplano y caerse de él tres veces en el camino.

Si tomamos por Fuencarral, nos encontraremos á la mitad de la ruta con una calle amplia y á medio urbanizar, de cuyo nombre ni

quiero ni me es lícito acordarme, y siguiendo toda esta calle—siempre en tranvía, por supuesto—veremos, ya al final, junto al término de nuestro viaje, una iglesia perteneciente á un culto que no es, precisamente, el que tantos éxitos ha proporcionado al padre Calpena. A su lado hay una plazoleta que linda con el campo, del que la separa una tapia, y en la cual pían los pajarillos en la primavera y leen el folletín de *España Nueva* los Robespierres de la barriada, en invierno, verano, primavera y otoño.

Esta plazoleta no tiene nada de particular: el transeunte que pase por su frente es probable que ni se fije en ella, á menos que, aguzando su sagacidad, la elija como sitio estratégico para saciar uno de esos apetitos repentinos, comunes á todos los humanos, y que la avaricia municipal para el reparto de ciertos kioscos nos constriñe muchas veces á desahogar de modo furtivo en los rincones apartados de la urbe... Y sin embargo, esta plazuela será histórica el día en que un espíritu selecto quiera hacer la crónica detallada de los sitios y lugares en que se refugia el

amor de las clases elevadas. Fijémonos con cierta cautela en la única acera de casas que hay en el espacio cuadrangular. Son dos edificios: el uno con vuelta á la calle donde abre la plaza, y el otro, que da al campo la mejor de sus fachadas y guarda para la vida cortesana un miserable muro con tres balcones y dos huecos de tienda: una carpintería y un taller de forja.

Es inútil que por su aspecto exterior pretendamos deducir el interior de esta morada del misterio; allí, tras aquellas paredes modestísimas, hay unas suntuosas habitaciones con puertas bien reforzadas, para ponerlas á prueba de sorpresas, y unos saloncillos á todo *confort*, que son una invitación al coloquio. Pero la dueña de la casa—suponiendo que esta dueña sea una persona y no una colectividad—ha tenido muy buen cuidado de despistar al transeunte curioso, y así, las habitaciones que dan á la plaza están amuebladas con residuos del Rastro, y sus balcones—casi siempre abiertos—lucen unas cortinillas de arpillera que no se diferencian de un colador más que en el tamaño.

Acojámonos á la frase vulgar para dar una idea de lo que es aquel antro distinguido: *¡Si aquellas paredes hablasen!...* Claro es que no hablarán, como tampoco hablará la encargada de la casa aunque la maten; pero hay cosas que sin hablarlas se saben y sin pregonarlas se difunden.

No es ésta una de tantas mansiones del amor furtivo donde á todo el que va con la cartera llena y el traje sin manchas se le acoge amablemente; para ser parroquiano de tan poética hostería hay que ir mucho más recomendado y garantizado por *amigos de la casa* que para asistir á las reuniones íntimas de la más selecta de nuestras damas de alcurnia; nadie entra allí, lo mismo en ellos que en ellas, que no tenga un nombre conquistado en la crápula del alto mundo ó un prestigio construído á fuerza de arrastrarse por los *boudoir* de nuestras primeras Mesalinas. Y nada de gente del oficio: la profesional queda en absoluto excluída de aquel mercado, por alta que sea su alcurnia y firme su crédito. ¡Qué diría el pudor de nuestras *Maintenons* más en uso si tuvieran que revolcar sus pasiones

en el mismo lecho que dos horas antes había ocupado Juana *la de los rizos* ó Soledad *la Pecosa!*

En cuanto al procedimiento adoptado por las elegidas para hacer la visita sin llamar la atención, no tenía nada de original: llegaban en coche hasta una cualquiera de las calles que abren al otro lado de la que sirve de arteria principal al barrio; se apeaban, y cruzando el arroyo con toda la modestia y recato posibles, doblaban la esquina de la plaza y penetraban en el antro; así se evitaba el aparato de la parada del coche ó del auto á la puerta; en cuanto al galán, estaba ya dentro ó llegaba poco después con idéntica maniobra.

¿Necesitaremos decir que la condesa de Nestosa era una de las parroquianas más constantes de este inmueble?... Allí reinaba ella como soberana, en compañía de la Monteverde, la Fregenales y demás arpías, y citar su nombre entre aquellas cuatro paredes hubiera sido como invocar el del cardenal Rampolla dentro de la basílica de San Pedro.

Mirad aquel bulto negro que ahora cruza la vía del tranvía con dirección á nosotros:

es ella. Viste un abrigo de entretiempo y se recoge la falda como si fuera un manojo de escarola; en la cabeza un velillo bien echado al rostro, y en los ojos todo el resquemor de un incendio á medio apagar... Ya ha entrado en la plazuela... ya llega á la puerta... ya se ha perdido en el abismo de la escalera... ¡ese manchón negro que tantas virtudes se ha tragado y que tantos últimos escrúpulos ha vencido! Nadie la ha visto entrar: nadie más que los operarios del taller que, al verla cruzar ante sus narices, han cambiado una sonrisa de inteligencia: pero no hay cuidado de que delaten lo que diariamente están viendo sus ojos, pues para eso se les cierra el pico con fuertes propinas, y se les tiene allí todo el año fingiendo un trabajo que no hacen, para dar al edificio mayor aspecto de *neutralidad.*

En uno de los gabinetes que dan al campo está sentado, desde hace diez minutos, Fernando Colmenares, entreteniendo, con la contemplación del paisaje abrileño, la espera; la habitación está tapizada de blanco y posee una amplia *chaise-longue* cubierta con piel de gato inculto y un silloncete de forma especial

para posturas inconfesables. ¡Todo está previsto! Hay una mesita, tres sillas y un librero con la colección de obras completas de San Agustín... Sobre una consola de Florencia triunfa el añil mortecino de una pecera poblada de besugos.

Sonaron unos pasos en el pasillo, esos que suenan siempre en estos casos aunque el pasillo esté alfombrado; el corazón del joven dió un vuelco, cosa que también es de rigor, los animales de la pecera aumentaron su natural enrojecimiento y clarearon más la órbita de su ojo, como anunciando lo que allí iba á pasar. Se alzó discreta la cortina de entrada y... la tía y el sobrino se unieron en un apretadísimo abrazo. Los besugos iniciaron una protesta para volver en seguida, en una resignación perfecta, al eterno volteo de su vida aprisionada.

No se nos oculta que al llegar á este punto vendría como de perilla una de esas descripciones inflamadas en que no se sabe qué admirar más, si el desparpajo del que la escribe ó la poca vergüenza del que la lee; nadie nos podría tachar de inoportunos ni de ha-

ber atrapado la ocasión por los cabellos, porque si después de lo que ha pasado entre los dos parientes no rompemos la ampolla de la voluptuosidad para mojar en su líquido nuestra pluma, no sé cuándo lo vamos á hacer. Sin embargo, fieles á nuestra norma pudorosa, renunciamos á martirizar al lector con los tropos de una escena pasional: ésta es una novela de almas y no de revolcones, y aun cuando ambas cosas estén harto unidas en la vida, prescindimos de husmear en el cieno y de elevar la mente del que lea á deseos irrealizables. Y eso que la hora, el sitio, el ambiente y hasta el mobiliario son otros tantos incentivos para la pluma. ¡Cómo vibraría nuestra débil péñola al pintar las cintas que saltan, las medias que se caen, el corsé que se declara en huelga, los postizos que siembran la alfombra! Pues no digamos nada de las líneas luminosas que podrían trazarse teniendo cuidado de no dejarse en el tintero lo que la costumbre prescribe para estos casos: las flores que se deshojan sobre el cuerpo de la amada, los cigarrillos—turcos á ser posible—y, sobre todo, el *champagne*, ese *champagne* que

ya viene á ser algo así como la Celestina obligada de toda entrevista de amantes, y que ha extendido su cursilería de tal modo que ya no hay hortera que se cite con la criada del principal, que no lleve debajo de la capa su media botella de Codorniú ó su botella entera de sidra tumultuosa; el dulce vino de la Champaña, tomado como vehículo de unos platos sabrosos ó como acompañante de unas chochas asadas, me merece toda clase de respetos; pero sirviendo á los galanes para que atormenten el oído de sus damas con taponazos más ó menos oportunos, me parece tan despreciable como el aguarrás. Pero dejemos esto y que cada cual se imagine á su gusto lo que pasó entre el sobrino y la tía aquella tarde... Después de todo, no hace falta mucha fantasía para figurárselo.

De un solo detalle sí daremos cuenta: detalle trágico del que vino á ser víctima el amor propio de nuestro joven amigo: habían llegado los dos amantes al punto de las resoluciones extremas; el *deshabillé* había comenzado y ya se sabe que cuando éste empieza el pudor se declara fugitivo. Sedas, encajes y blon-

das de ella comenzaron á quedar al descubierto y él, por no ser menos, arrojó la americana y el chaleco al lado de una escupidera; ya estaban los pantalones iniciando su descenso por las pantorrillas del joven, cuando un grito de dolor surcó el ambiente... Fernandito, pálido, con los ojos vidriosos, se dejó caer en una silla: los calzoncillos recién adquiridos resultaban exiguos para las formas del joven, y eclatando con estrépito desgarraron su superficie por cien partes distintas; á más de esto el tinte de la seda era completamente apócrifo y recalentado por el cuerpo juvenil del mancebo dejaba escapar un líquido pegajoso que ya maculaba la nitidez de la camisa.

¡Era un símbolo la tal prenda! Algo se rompía y se manchaba allí entre los espasmos del amor. ¿Qué era ese algo?... Una inocencia y un mueble. La *chaisse-longue* se quejaba ante la insistencia de los vaivenes...

XII

Confidencialmente le contó su historia mientras sorbían á trozos el café: una historia vulgar y sin relieve, privada en absoluto de originalidad.

Era lo de siempre: la chica bonita que vive en compañía de la madre y las hermanas, viendo correr los días en la aburrida castidad de una provincia; el novio que llega con las de Caín y, después de *prepararla* convenientemente en los coloquios de la reja, consigue una cita á solas—á la que ella acude mitad incauta y mitad curiosa—y, casi sin querer ninguno de los dos, se consuma la tragedia entre ayes y promesas... Luego lo bochornoso: la madre que se entera, las hermanas que desprecian á la caída, con un dejo de envidia en el desprecio; la encerrona en la propia casa—

como si este encierro pudiese cerrar lo que ya ha quedado abierto para siempre—y, por fin, como solución honrosa á tanta ignominia, el proyecto de boda con don Fulano, rico él é ignorante de todo, que atendiendo á la edad y á los achaques, bien pudiera ser el bisabuelo de la niña.

Dicen que la historia de los pueblos se repite, como el ajo y ciertas hortalizas; pero mucho más se repite la historia de los individuos: por el mundo hay hasta una docena de patrones de vida, y es lo general que la mayoría de los humanos desarrollemos la nuestra dentro de uno de esos patrones; lo otro, las vidas tumultuosas y originales, son la excepción, el caso raro, que viene á terminar siempre en la sección de sucesos de los periódicos ó en el sillón de la presidencia del Consejo de Ministros.

Nosotros hubiéramos podido forjar aquí una historia fantástica llena de casos imprevistos y colgársela á Carmen para que ésta á su vez se la refiriese á Fernando Colmenares: esto nos hubiera proporcionado una fuerte reputación de hombres de inventiva, pero

con ello hubiéramos traicionado á la realidad. Y la realidad fué que Carmen rechazó de plano el proyecto de boda con aquel Arpagón que la madre le proponía, y que esta señora, en un arranque de dignidad familiar que estaba pidiendo á voces el presidio, acabó por echar á la calle á la hija de sus entrañas, con diez y siete años no cumplidos y el traje de franela que llevaba puesto por todo capital.

Hablarle del porvenir á una criatura que se encuentra en las condiciones en que se encontró Carmen por obra y gracia de la autora de sus días es como coger á una persona, asomarla al brocal de un pozo y gritarle: «¡Tírate!... No te preocupes de lo que venga detrás». Y vino lo inevitable: después de pasar dos semanas en casa de su antigua nodriza, que lloraba más que ella ante *la desgracia de la señorita*, Carmen, con el dinero que furtivamente le procuró la mayor de sus hermanas—más por alejarla que por compasión verdadera—tomó una noche el tren, sola como un ciprés, y amaneció al día siguiente en Granada, instalándose en una casa de huéspedes que sólo admitía señoras: el día mismo de su llegada se

lanzó á la calle en busca de una ocupación decorosa, y durante quince más correteó inútilmente por toda la ciudad, visitando todos los talleres de modista y la docena de tiendas de confección que hay en la población.

En todas partes la misma respuesta: «Ahora no podía ser; dentro de un mes, cuando aumentase el trabajo, ya se vería.» Los treinta duros que sobraron de lo de la hermana después de pagar el tren, iban, como es natural, acabándose poco á poco; lo raro hubiera sido lo contrario. Una tarde, después de cien tentativas inútiles, subió á casa de una tal *madame Lemor*, que anunciaba pomposamente un taller de ropa blanca en una de las calles que salen á la de Reyes Católicos, y quiso la casualidad que saliera á abrirle la puerta la propia dueña de la casa, señora de edad dudosa, envuelta en una bata de encajes superpuestos y que hablaba con un purísimo acento gaditano que estaba desmintiendo á gritos el cosmopolitismo del anuncio del balcón. Apenas vió á la joven la acogió con la más suave de las sonrisas y, colmándola de atenciones, la hizo pasar á una salita muy peque-

ña y muy perfumada; sentadas al *bis* en un sofá moruno, la *madame* de Cádiz empezó á alabar la belleza de la chica, dándole de vez en vez unos golpecitos en el hombro.

Algo confusa estaba nuestra amiga por no acertar á comprender qué relación podría establecerse entre la confección de la ropa blanca para señoras y la mayor ó menor belleza de las confeccionadoras; pero á medida que aquella arpía fué explayándose y al paso que clareaba más su pensamiento, la confusión de la joven fué desapareciendo, viéndose sustituída por una indignación sin límites. La sagaz Celestina, ya experta en el oficio, comenzó haciendo el elogio de la ropa blanca, para terminar afirmando lo bien que sentaría á la juvenil belleza de su interlocutora un *trousseau* completo de aquellas prendas en lugar del hilo barato que se adivinaba bajo la pobre franela de su faldita con pliegues.

—No crea usted—concluyó descarándose del todo,—á su edad y con esa cara se está en el caso de elegir; todavía hay por ahí muchos hombres de gusto y de dinero que saben li-

brar á las chicas que se lo merecen de los horrores del trabajo de la aguja... Y ya que es usted sola, según me acaba de decir, vale la pena de que piense en lo que la espera si no quiere seguir mis consejos. Aquí mismo, sin salir de esta casa, podrá usted encontrar un acomodo ventajoso, porque esta industria, que desde hace doce años dirijo, más que á confeccionar ropa blanca se dedica... ¿cómo lo diré para que usted no se ofenda?... se dedica á facilitar su consumo; es decir, que mis parroquianas estropean aquí sus tocados interiores al conjugar el verbo amar en compañía de sus elegidos.

Se levantó Carmen queriendo salir; la cara le ardía y se dirigió á la puerta sin decir una palabra. *Madame Lemor* no se creyó derrotada por aquella sublevación de la joven: al principio todas hacían lo mismo, ayudando así inconscientemente á la prosperidad del negocio, pues cuanto mayor fuese la resistencia para entregarse, mayor sería el precio de la entrega cuando ésta llegase en definitiva. Acompañó á la rebelde hasta la puerta mientras la protegía con estas dulces palabras:

—Piénselo bien, querida; y, si se decide, ya sabe dónde estoy; le prometo que no ha de quedar descontenta: caras como la de usted se ven muy pocas. Por si se decide, aquí tiene mi tarjeta.

Cogió la cartulina y la tiró al suelo arrugada... pero antes la había leído casi sin darse cuenta.

.....

La marcha de la joven por las calles era una siembra de piropos: las alabanzas á su belleza surgían á su paso, ya groseras, ya delicadas, según la casta del que las profería; y había otras alabanzas más impetuosas, más irresistibles á pesar de su mudez: eran unas miradas de apetito loco que le encendían la cara y le hacían bajar los ojos al suelo..., miradas que procedían casi siempre de algún casado que acompañaba á su señora ó de algún presbítero semiembozado hasta los ojos. Realmente abría el apetito de cualquiera aquella chiquilla, con el pelo negrísimo de reflejos de acero, el rostro muy blanco y en medio de él dos ojos de carbón que ocupaban todo el espacio de la órbita; el cuerpo se des-

envolvía dentro de un ritmo especial que sólo poseen la quinta parte de las reinas de Europa.

Una noche, volviendo ya á su casa tras la busca infructuosa, al pasar por la acera del Casino empezó á seguirla un joven rubio, bajito, muy bien trajeado; á conveniente distancia la acompañó hasta su casa sin permitirse la menor libertad; una vez que la joven estuvo en ella, el señor quedó parado en la acera de enfrente durante media hora larga; por fin se decidió y entró, sin duda, á pedir informes á la portera. Desde el balcón de su cuarto le vió salir y marcharse pensativo. Pronto se olvidó de la aventura, y al echar mano al cajón de la cómoda en que guardaba el dinero, rompió á llorar: se había quedado sin un cuarto: unas quince ó veinte monedas de cobre restaban en la cajita, y pronto se acordó de que á la dueña de la casa le adeudaba diez días. En aquel momento, como si la angustia que atormentaba á la pobre niña fuese poca, dieron unos golpes en la puerta del cuarto. Era la patrona que venía á lo de todos los días: á enterarse de si *su niña* había encontrado tra-

bajo y á decidirla brutalmente á encontrarlo por el camino más corto: ¡el único que sin duda le quedaba á la infeliz si no quería morir de hambre!

Aquella noche la hostelera estuvo mucho más expresiva que de costumbre: esto no podía seguir así: si ella no buscaba dinero trabajando *ó como fuese*, no iba á estar comiendo en su casa toda la vida sin pagar un céntimo; había que decidirse desde el día siguiente; si tampoco hallaba *su conveniencia*, que fuese pensando en buscar otro asilo; ella lo más que haría sería perdonarle lo que ya le debía y dejarla marchar en paz. Hay que convenir en que el razonamiento de la patrona era de una lógica aplastante; por lo mismo los ojos de Carmen no tardaron en llenarse de lágrimas, y echándose vestida encima de la cama, pasó toda la noche llorando... ¿Qué iba á hacer? ¿Es que por fuerza querían todos lo que ella por fuerza no quería aceptar? Había que renunciar á encontrar trabajo por ahora; ya no quedaba rincón por revolver en toda la ciudad, y volver á los mismos hubiera sido renovar

la repulsa; pero más aún había que renunciar á volver á casa en solicitud del perdón de la familia, de aquella madre á quien de buena gana hubiera ella escrito contándole su apuro actual si la hubiera creído capaz de perdón.

En su desesperación del momento llegaba á dudar de que aquella que se decía su madre lo fuese en efecto, ya que era inconcebible tal crueldad de bestia con quien había caído como un ángel; y recordando aquellos días del encierro en los altos de su casa, con las ventanas tapiadas para que no pudiera comunicarse con nadie y la comida subida por una criada, á quien hasta el hablarle le habían prohibido, parecióle preferible este horror de ahora—que tan floridamente le había propuesto *madame Lemor*—y con tanta brutalidad le acababa de mostrar la patrona—á aquellos horrores de los días solos y las noches tristes en su encierro, mientras escuchaba las carcajadas de las hermanas que pindongueaban con los novios en el patio, preparando quizá la futura caída...

.....

Al llegar á este punto del relato, Fernando y Carmen se abrazaron llorosos. Y para no vernos obligados á presenciar lo que después de estos abrazos suele venir, bueno será que cortemos el relato y pasemos á otra cosa.

XIII

Llegó por fin el día del baile de la Guirlache; las alegrías de la Pascua de Resurrección sirvieron de aperitivo á la fiesta, y aquella mañana los trajes de las chicas empezaron á salir de los guardarropas para ir perdiendo durante la jornada la remembranza de la naftalina, y los postizos de las mamás fueron enviados á casa de Pagés para que les fuera dando ese brillo natural que tanto choca en nuestras marquesas cuando llevan la cabeza libre; los fracs de nuestros pollitos más ubicuos empezaron á someterse al régimen de la bencina, mientras sus bigotes se aprisionaban en la banda de gasa que á la noche les haría aparecer enhiestos como puntas de espárrago.

El alto mundo madrileño, ese conglomerado acéfalo cuyos componentes nadie conoce

á punto fijo y donde caben desde la dama de estirpe al comerciante encumbrado, se acicalaba, perfumaba y ennoblecía para lucir su *coram vobis* á la noche en la brillante fiesta con que Rosalía Castropuño obsequiaba á sus amistades de ambos sexos. Una docena de polluelas que dentro de pocas horas harían su presentación en sociedad circulaban por las habitaciones domésticas para adquirir soltura en el andar, y ensayaban con la huesuda *miss* las figuras más complicadas del rigodón á fin de no hacer la paleta cuando un joven hermoso les pidiese su brazo y las lanzase á los peligros de la danza; las más asesinas posturas eran consultadas con el espejo por nuestros galanes, y el pensamiento de cada cual volaba en derechura hacia el corazón de la amada, ese corazón que aquella noche ¡quién lo duda! acabaría de rendirse á los ataques del amador entre dos vueltas de vals ó una ronda de kumel en el *buffet*.

A media tarde se activaron los preparativos en las cocheras y en los rostros de las damas: había que tener el tronco listo ó el auto disponible para cuando lo pidieran los señores;

había que preparar la faz lo mejor posible para que los estragos de los años quedasen ocultos por una noche tras la pátina del tocador. Se inició el lavado de los vehículos y el *maquillage* del rostro: las más perplejas facciones se decidían por la tersura, los ojos más mustios brillaban como abejorros, los labios enrojecían y las cabezas, esas cabezas que vistas en estado natural al levantarse del lecho sus dueñas asemejábanse á una huelga de peluchos, iban adquiriendo ahora todas las ondulaciones de la cabellera de Venus y todo el rizo de los peinados de D.ª María Antonieta.

Había, sin embargo, ruinas que ni el más hábil *coiffeur* hubiera logrado salvar; así, la duquesa de Feldespatos, cuyos sesenta y pico de años asomaban tras el brillo de una peluca rubio-martirio y por debajo de la pasta de almidón que esmaltaba su faz; así la condesa de Templete (*née* Pepa González), que después de enfundarse en un traje verde-camello tuvo que dar doble carmín á sus labios por haberse deshecho la primera tintura en un babeo de anciana tuberculosa; tal Javiera

Inchausti, prolífica abuela de doce robustos nietos que, mientras nosotros la miramos, está encajándose una dentadura entre carrillo y carrillo, quedando allí como perlas en estuche ó gotas de marfil en capullo de rosas; tal el concienzudo ex ministro Terrero, que, de pie ante la triple luna de su cuarto de vestir, hace esfuerzos titánicos por encajar en su testa las rigideces de un bisoñé que ha de cubrir el páramo visible de su promontorio craneal...

A las diez de la noche estuvo lista la mascarada y poco después empezaba el desfile de vehículos por el reducido patio del vetusto caserón de la Guirlache; el suizo colocado al pie de la escalera señorial—un suizo de Vallecas que dejaba asomar bajo el tricornio unos tufos del más castizo madrileñismo—daba unos golpes en el granito del vestíbulo con la contera de su alto bastón, cada vez que la calidad del personaje recién apeado lo requería; y aquel continuo bastoneo en el desfile interminable, más parecía protesta teatral contra la fealdad de aquellos adefesios de la heráldica, que homenaje respetuoso á la

linajudez—pase el vocablo—de los que llegaban.

Coloquémonos en el saloncito de la entrada, como hacen los cronistas de salones, y allí podremos saborear á placer la cabalgata de los invitados. En el centro, frente á una mesa de tableros de concha, está la dueña de la casa, mucho más fea que de costumbre, embutida en un traje de fondo salmón con rayas Luis XVIII, y acompañada de sus dos sobrinas, la señorita de Robles—cuarenta y dos años, tipo á lo Rubens, soltería perpetua *malgré lui*—y la señora de Gómez Mendoza—más bien guapa que fea, marido ausente á perpetuidad y virtud que no se rinde hasta que encuentre su media naranja;—las dos ayudan á su tía á hacer los honores de la fiesta, repartiendo un cajón de sonrisas entre los recién llegados; Monte-Virgen—¿y cómo no?—sirve de escudero á las tres damas y, situado á la izquierda de su protectora, es el encargado de recoger á las señoras los abanicos y pañuelos que se les caen y el ejecutor de otra misión mucho más difícil y delicada: á veces hace su entrada triunfal una noble dama

espléndidamente tocada, copiando y aun anublando en su *toilette* las elegancias del segundo Imperio; pero, por las prisas de última hora ó por torpezas imperdonables de la doncella, la elegante señora lleva algún detalle inconsciente que está á punto de afear la incomparable hermosura del conjunto. Entonces Monte-Virgen se acerca á ella antes de que gane los salones interiores, dibuja un gesto de *galantuomo*, y hablando muy bajito al oído, como si fuera á piropearla con impudicia, le dice confidencial:

—Marquesa, por debajo del corpiño Valois se le ve á usted la cinta de los calzoncillos.

La dama lanza el trino de una carcajada para hacer creer al auditorio que acaba de escuchar una galantería, y pellizcando al marido en un brazuelo, le dice iracunda:

—Mira, Bermejo: bien me lo has podido avisar; acompáñame al tocador.

El marido, sin salir de su apoteosis, se deja conducir por la señora, y allí, en la discreta luz del tocador, corrige el desperfecto del tocado, volviendo á la amplia luz de los salones, todo triunfo y todo alegría.

La orquesta preludia un vals, pero aún no es hora de que abandonemos nuestro observatorio de la entrada. Lo primero que advertiremos desde él, ya más cuajado el desfile, es que la belleza de nuestras altas clases cada día se vende más cara: entre un montón de viejas, ó de jóvenes que por su rostro merecen serlo, se atisba cada cuarto de hora la faz radiosa de una divinidad femenina—la señora de González Roldán, la marquesa de Rodaños, la mejicana Piedad Berástegui, la argentina señora de Siles, la duquesa de Tudela—á cuyos destellos adormecemos nuestras órbitas, cansadas de un continuo contemplar de espectros. Ahí va Narcisa Monteverde, con traje amarillo-canguro y adorno de lentejuelas; ahí Angustias Robledano, con túnica inauguración y un soberbio *pendentif* de topacios; ahí el magno ex ministro Troncoso, con sus dos hijas, Marta y Ramona, la una gruesa en proporciones alarmantes y la otra delgada hasta la catástrofe, semejando un cable de luz envuelto en gasas. Toda la lira de la fealdad con blasón pasaba ante nuestra vista en una mezcla diabólica de sexos, tipos y edades; en

aquel lento desfilar, que aún duraba á las once y media, estaba cociéndose el lugar común que al día siguiente había de adornar las columnas de los periódicos, valientemente firmado por los revisteros de salones: el virtuoso general, el bizarro prelado, el opulento ex ministro, el elocuente banquero, el culto diplomático, el hábil académico...

Pero ya el salón de baile nos atrae con sus melodías: de lejos, á la luz de las arañas, se ve un bosque de *sprits* femeninos dialogando en los giros del vals con las cabezas planchadas de los galancetes; en los confidentes adheridos á los muros del salón *comen pavo* unas cuantas docenas de feas en espera del galán que nunca viene... Penetremos decididos en el salón, balanceando con gracejo los faldones del frac. Allá va Josefina Nestosa del brazo de Fernando Colmenares; en aquel rincón murmuran tenuemente la Monteverde y Manolo Lazaga. Me lanzo á la intensidad de la vida: voy á buscar pareja para el cotillón...

XIV

El alma de una colectividad es su lenguaje, ha dicho Sol y Ortega; oigamos, pues, el lenguaje de los invitados de la Guirlache en esta noche memorable, y podremos juzgar de su alma. Para ello será preciso que usando de la facultad inherente á todo novelista, nos tengamos que esconder muchas veces detrás de un portier ó agazapar junto á una escupidera; pero toda molestia puede darse por bien empleada con tal de penetrar hasta el fondo en la psiquis de nuestros personajes, sin temor á ser indiscretos. Oigamos y copiemos:

En un grupo de cotorronas:

—No se le ocurre más que á Rosalía Castropuño dar una fiesta en este tiempo en salones cerrados. ¿Qué dejará para el mes de Enero?

—Es verdad: aquí se ahoga una, falta aire, falta ese encanto supremo de las fiestas de primavera: el verdor del follaje, la orquesta escondida entre el verdor, las damas también escondidas el mayor tiempo posible...

—Creo que exageráis: aquí en este histórico palacio también hay sitios deliciosos donde esconderse; precisamente al final de la galería de cuadros...

—¿A mano izquierda?...

—Y á mano derecha: no hay más que bajar unos escalones.

—Me repugnan esos sitios solitarios; como están á obscuras, en estas noches *de lleno* suelen ser los más concurridos.

Entre políticos:

—Bueno, pero ¿lo tiene ó no lo tiene?

—Pero, hombre, Machuca, ¡por Dios! ¿quién piensa en eso?... Esto se va; está usted muy atrasado de noticias. Parece mentira que tome café todos los días en casa de Celleruelo.

—Bueno, pero ¿quién viene?

—Es cosa decidida: un ministerio-puente.

—¿Y ese puente?...

—¡Calbetón!

—¡Qué dice usted! ¿D. Fermín presidente?...

—Peso específico no le falta.

—Pero ¿y qué va á decir D. Eugenio?

—Pues lo de siempre: *Yo soy un soldado de fila que sólo aspiro á la unión*, etc., etc.

En un corro de escépticos:

—¿Y Mercedes Vallejo?

—¡Ah! Pero ¿no lo sabes?... Desde ayer á las once se entiende con Colás Pumariño.

—¿Y la mujer de éste?...

—Se hace la loca con el marido de Mercedes.

—Entonces Serafino Riñonudo...

—Ese no se entiende con nadie más que con los acreedores de su tía.

—Pero si me han dicho esta tarde que la tía...

—Eso es la otra tía: la mujer de Paco Sanjurjo.

—¿Esa es la del párroco, y la de las cartas, y la del coche?...

—Bueno, mira, vamos á empezar, porque yo ya me he hecho un lío.

Entre descontentos:

—Esta mujer no evoluciona, es siempre la misma; ya ves, estos tapices son los mismos que le regaló su primer suegro el año 72. En otra parte ya los hubiesen relegado al guardamuebles; aquí ya ves, cada año los cambian de sitio, los lavan con amoníaco y á vivir.

—Tienes razón, chico: luego parece que no viaja, que no se entera. ¿Estuviste en la comida de anoche?

—No me hables: detestable. Llevo doce años comiendo en esta casa todas las semanas; nada ha variado: si la muerte no se hubiese encargado de ir renovando los comensales—eso sí, dejando siempre los más idiotas, porque la Parca es implacable con los que quedamos,—yo creo que nos sentaríamos á la mesa los mismos que cuando el tratado de París.

—Y luego mucho bombo y mucho postín, y mucho la ilustre dama por arriba y la egregia dama por abajo... ¡Cuánto más divertidos no son los tes de Casimira Hareces!

—¡Ah, amigo! Aquello es otra cosa: en aquella casa hay un desparpajo criollo que encanta.

—Y, sobre todo, hay un marido á quien en-

gañar; pero aquí ¿á quién engañas? ¿A Monte-Virgen?

Ya es hora de que dejemos de escuchar; creo que con lo copiado habrá lo suficiente para formar idea de lo que puede dar de sí el alma del alto mundo, ese saco de prejuicios á quien los sociólogos radicales predicen cada año la destrucción inmediata y cada año resucita para atormentar nuestro sentido estético con sus fiestas, reuniones, banquetes y cachupinadas.

No puedo ocultar que soy un ferviente admirador de este alto mundo, y que creo que lo que en él parecen vicios son virtudes que el vulgo no puede comprender. Vedle ahora en el *buffet* con que les obsequia la Guirlache: es verdad que come á dos carillos, que se hace servir raciones triples y que aprovecha los descuidos de los servidores para guardar en los faldones del frac las cucharillas blasonadas y las latas de mortadela; pero ¿todo esto es censurable? Yo afirmo que no: lo que parece gula es noble apetito abierto por las emociones del baile; lo que alguien pudiera creer glotonería no es más que digna emulación que obliga á no dejarse

vencer por el vecino en lo de despachar platos y copas, y lo que un espíritu vulgar calificaría de robo audaz no es más que una muy disculpable cleptomanía ó afán de coleccionista que con tal de aumentar el contenido de sus vitrinas no se para en barras ni en cucharillas.

Salgamos á este pasillo central orlado de tapices flamencos y adornado á trechos por las flamantes armaduras en que los cortesanos de los Felipes embarcaron para conquistar el mundo; circulan por él parejas que van y vienen al tocador ó al *fumoir*, ó que, viniendo de sitios más recónditos, ponen como pantalla de sus excursiones inconfesables el *fumoir* y el tocador. Nos encontraremos á varios amigos á quienes saludaremos con discreción; ya cerca de la sala de billar, junto á un macizo de palmeras, oiremos unas risas apagadas—las luces están apagadas también,—después ayes comprimidos, más tarde el estallido de un beso... Nos volvemos, lamentando nuestra indiscreción, y á poco sentimos cruzar á nuestro lado una pareja recién salida del macizo: Josefina Nestosa y nuestro amigo Fernando.

.....

¿Necesitaremos decir que la fiesta resultó espléndida y que al día siguiente todos los cronistas se hacían lenguas de la brillantez, esplendidez y rubicundez de la cosa? ¿Habrá que consignar que á Monte-Virgen y sus discípulos todas las señoras parecieron hermosas, todas las *toilettes* espléndidas y todas las muchachas escapadas de un cuadro del Tiziano? Pues ¿y la amabilidad de la dueña de la casa, no es siempre proverbial? Y las jóvenes que por primera vez hicieron su presentación en sociedad ¿no produjeron todas sensación y no eran dignas continuadoras de la belleza de sus respectivas madres?... En esto último no mentían los cronistas, pues si feas eran las mamás, feos y bien feos eran los retoños.

Pero el juicio exacto de la fiesta lo formuló Bastarreche en una frase, precisa como suya, que vertió al oído de Manolo Lazaga al pisar ambos la calle á eso de las cuatro de la mañana:

—¿Qué te ha parecido esto, Carlitos?

—Chico, francamente, que me divierto mucho más en *La corte de Faraón.*

XV

La mañana es optimista; esta observación la formuló en su interior Fernando Colmenares al bajar por la acera de Apolo en dirección á Recoletos; el brillo intenso del sol primaveral se revolcaba en los adoquines de la amplia calle, agitada á aquellas horas por el circular noble y discreto de los días de trabajo, tan distinto del cursi rebullir de los festivos. Nuestro hombre se había fumado la clase de las once y pensaba llegar hasta el Hipódromo bañándose en sol y aspirando el discreto perfume de las escasas paseantes que bajaban á esta hora á la elegante pista. Recién levantado, desayunado apenas, limpio, erguido y fuerte, nuestro amigo se dejaba ganar por la tibieza del ambiente, que olía á violetas; todo le parecía bien á tal hora y en tal sitio; todo,

hasta la fiesta de la noche anterior, de la que salió bien avanzada la madrugada con el alma llena de tedio y los bolsillos repletos de bombones del *buffet.*

Masticando uno de ellos pensaba que el mundo está muy sabiamente organizado, y que el mortal que no abre su pecho á las ilusiones del porvenir será porque quiera ser víctima de prejuicios irreales; las pequeñas contrariedades de la vida las encontraba el joven bastante distraídas en aquel momento de sedación nerviosa, y si pasaba por su lado alguna fea, disculpaba su fealdad con su elegancia, y si se cruzaba con una cursi, compensaba la cursilería con la belleza. En estos momentos de sano optimismo florecen en nosotros los más nobles propósitos; no hay acción levantada de que no nos creamos capaces, ni empeño caballeroso que no estemos dispuestos á afrontar; mientras dura el efecto saludable de este estado de alma formamos el firme designio de pagar todas nuestras cuentas y de libertar de su cautiverio la mayor parte de las prendas empeñadas; pero ¡ay! que luego, en las horas pesimistas del atarde-

cer, aquellos proyectos generosos se marchitan y los recibos de nuestros acreedores tornan al olvido del cajón de la mesa-escritorio, y las papeletas á punto de vencer van á aumentar el montón de desengaños que puebla el cesto de los papeles.

Cerca ya de Castelar, en uno de los bancos de la derecha, distinguió el joven un grupo que le intrigó: dos señoras y un caballero. Ya junto á ellos, vió claro el rostro de los tres: ellas, Alicia Gros y la señora de compañía; él, Julio Gereda, el volteriano *sportman* cuyo auto, semejante á una bañera con ruedas, descansaba junto al andén, brillando al sol los tonos amarillos de sus tableros.

¡Alicia Gros! La *Virgen-Golfa*, como la llamaban sus íntimos, la heroína de novela boulevardier, la Claudina de la calle de Preciados, que al verter al castellano sus lecturas francesas, había sabido conservar la virginidad, perdiendo todo lo demás; hija única de comerciantes opulentísimos, había soñado desde muy joven con cambiar sus dineros por un blasón ducal que fuese al matrimonio para salvarse de la ruina; pero los duques se

iban ya cansando de ella, pues la muy necia daba demasiado en los períodos de noviazgo, sin dejar casi nada para después de las bendiciones; su linda cabeza rubia y sus hermosos ojos azules tenían el triste privilegio de ocultar una masa encefálica privada del riego del sentido común, y esto hacía que la pobre histérica careciese en absoluto de aquel arte—que es todo el arte de la mujer—que consiste en enseñar á los hombres el muestrario de todas las gracias, sin dejar que tomen ninguna antes de la boda. Había tenido sus treinta y seis novios-amantes, y todos ellos, al cabo de unos meses, se retiraban de su lado con el mismo comentario en la boca: «¡Alicia Gros! Muy buena para novia; muy mala para mujer.»

Y cada pretendiente hastiado era un pregonero más de la divina impudicia de aquella virginidad lasciva, con esa fanfarronería canalla del macho español que goza más contando sus aventuras de amor que viviéndolas. Madrid entero *se sabía de memoria* á la tal Alicia, aquella infeliz Ofelia que, por carecer en absoluto de alma, parecía tenerla muy com-

plicada, como esos almacenes de embutidos que tienen los desvanes vacíos de género y amontonan todas las existencias en los escaparates para hacer creer al público en lo pletórico del surtido. (El símil es algo material y grasiento, pero no me negarán ustedes que es exacto.)

A Fernando, nuestro joven amigo, le gustaba mucho Alicia Gros; conocía todas sus inmundicias y por eso quizá la deseaba con más vehemencia. Cuando se tropezaba con ella en el teatro ó en la calle, el corazón del mancebo daba un salto mortal y recordando las descripciones de Octavio Mirbeau y de Felipe Trigo, se pasaba la lengua por los labios y ponía los ojos en un blanco indeciso. Esto no ofrece nada de particular si se tiene en cuenta la edad y el temperamento del joven, de suyo lascivo; lo que ya tiene algo de particular es que la joven correspondiese á estos deseos del mancebo con un apetito voraz de sus carnes tempranas.

Nunca se habían hablado ni se conocían más que de vista, pero cada vez que se ponían el uno frente al otro, *se lo decían todo*

con la mirada; este cliché, que en la mayor parte de los casos es una de tantas vaciedades que empleamos los noveleros, en este de Alicia y Fernando tenía una significación exacta. Porque ¡hay que ver la de cosas que aquellos cuatro ojos se decían! ¿Se amaban los dos jóvenes?... Descartemos la palabra *amor*, aun á riesgo de incurrir en escepticismos pasados de moda; dejemos el amor para que lo estudie la química biológica: nosotros diremos solamente que los dos jóvenes se deseaban. Así quedamos mejor y nos evitamos complicaciones pasionales.

Fernando compadecía el porvenir de aquella mariposa del *ultraflirt*, y al verla acompañada en público de un pollo distinto cada quince días, pensaba en la enorme resistencia moral de la muchacha y se imaginaba la maestría que forzosamente tenía que haber adquirido en sus esfuerzos por agradar á tanto orangután distinto. En sus entrevistas misteriosas de soltera había agotado el Gotha de nuestra heráldica, y Colmenares, con intuición de viejo vividor, adivinaba la condición futura de su deseada, ¡aquella rubia que iba

para duquesa y acabaría en *cocotte* como compensación á la media docena de *cocottes* que habían acabado en duquesas! (Al pensar esto último, acudían á la imaginación del joven cinco ó seis nombres preclaros: la de Sotorrecio, la de Monterrey, la condesa de San Antonio, Petra Canseco, etc., etc., etc.)

Iba nuestro hombre á pasar frente al banco de la feliz pareja, cuando Julio Gereda y Alicia se separaron con un débil apretón de manos; él *bajó* á ocupar uno de los dos únicos asientos de su auto—decimos *bajó* porque en estas abreviaturas de automóvil que ahora usamos los elegantes, el conductor queda colocado por debajo del nivel del suelo, de tal modo que al marchar parece un individuo de la ronda de alcantarillas saliendo de su orificio ancestral—y con él salió á todo vuelo hacia el Hipódromo, y ella quedó un momento parada, mirando sin querer el balanceo de Fernando Colmenares, un poco azorado por el encuentro.

La Providencia— esa Celestina gratuita— intervino en favor de ambos; el abanico de ella cayó al suelo y el joven se apresuró á re-

cogerlo; todo rojo de cortedad lo devolvió á su dueña.

—Muchas gracias; es usted muy amable.

—No hay de qué; favor que usted me hace.

—No, no, es justicia.

—Sí, sí... es de familia.

Iban á marchar cada uno por su lado, cuando el pañuelo de Alicia imitó al abanico en su caída; nueva escena, nuevos azoramientos.

—¡Ay, por Dios! ¡Cuánto le molesto!

—No es molestia; por usted haría yo esto y mucho más.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! Puede usted seguir tirando cosas al suelo de aquí á las dos de la tarde, en la seguridad de que yo me bajaré todas las veces que usted quiera.

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Sería usted capaz de bajarse?...

—¡Ja, ja!...

—¡Je, je!...

Estos *pourparlers* iniciales iban tomando unos giros tan sainetescos que la señora de compañía, experta en estos lances, se creyó obligada á distraerse contemplando el jugue-

tear de unos bebés que gritaban en un corro de niñeras. Por el paseo de carruajes trotaba de vez en cuando un tílburi sentimental ó un tronco guiado por su dueño... Los nuevos amigos se despedían en un diálogo interminable, tan interminable que, ya juntos, siguieron el paseo hacia Colón con la retaguardia de la acompañante.

Alicia las gastaba así: se ciscaba bonitamente en el público y se hacía acompañar por el capricho del momento, bendiciendo *in mente* la ocasión que les había juntado.

¿Qué salió de este primer diálogo? Somos enemigos de lo prematuro y nada diremos todavía; más adelante todo se pondrá al desnudo...

Cuando ambos enamorados llegaban á la Cibeles, el señor de Gereda cruzaba el arroyo con toda la fogosidad de su lata de petróleo H. P. Les vió de lejos. Aquella misma tarde envió su dimisión á Alicia.

XVI

Muchas veces se citaban los dos de un modo raro; había que tener mucho cuidado con *el otro*, que á lo mejor regresaba á Madrid sin previo aviso y podría sorprenderlos juntos en sus correrías por las calles. Para evitar esto saldría ella primero con la señora de compañía: él las vería salir desde su balcón y seguiría tras ellas, cruzando así la plaza de Santa Ana, la calle del Príncipe y la Carrera hasta que, ya en Cedaceros, subirían juntos al tranvía.

Aun entonces había una última precaución de ella:

—Quédate en la plataforma: pueden vernos.

Pero él se reía de aquellos temores y se sentaba junto á ella, lo más cerca posible; luego, en las Salesas, se apeaban, y un palco del

Gran Teatro les servía de asilo, en aquella discreta penumbra de la sala mantenida á oscuras por una empresa roñosa. Hasta llegar allí, ¡cuántos berrenchines pasaba el mancebo! No era largo el trayecto entre las casas de ambos y el tranvía, y sin embargo, rara era la noche en que un conquistador de esos de oficio, con esa valentía que da ver dos mujeres solas, no se acercaba descarado para hacer la caballerosa oferta de unos cuantos billetes... Tenía que esforzarse mucho Fernando para no saltar al cuello del audaz avechucho, conteniéndole sólo la severa dignidad de ella, que ni siquiera parecía darse cuenta del impertinente mosconeo.

Otras veces era un señor respetable el que seguía de lejos á la hermosa con la intención de dar el golpe más adelante; pero no era más que motivo de júbilo para el doncel, pues al subir Carmen y su amiga al tranvía procuraba él quedarse un poco detrás, haciendo que el perseguidor se llamara á engaño subiendo también, y cuando ya le veía próximo á instalarse á la vera de su amada, daba la vuelta por la otra puerta y se sentaba á su

lado, ante la cómica estupefacción del pretendiente momentáneo.

En la tranquilidad del antepalco pasaban casi toda la noche, mientras la acompañante saboreaba la función cómodamente instalada junto al antepecho. El joven se sentía subyugado por aquella apoteosis de mujer: comparando el estado de su alma cuando se encontraba al lado de ella con el de la misma porción espiritual al hallarse junto á su tía la Nestosa ó á la flamante Alicia, encontraba una superioridad de verdad en favor de la primera, cuyo deliquio amoroso nada tenía que ver con la lujuria algo ridícula de la Condesa y el decadentismo bastante cursi de la señorita de Gros.

De las tres almas que la Providencia había colocado en las manos de nuestro amigo, sólo la de Carmen le preocupaba en las horas de soledad, mientras las otras dos, si lograban interesar su sexo con hábiles manejos, no habían sabido adueñarse de su espíritu, que era todo de la mundana. Sí, la amaba y la compadecía; porque digna de compasión era una mujer á quien las brutales incongruencias de

los demás habían colocado en situación de vendedora de caricias, sobrándole talento, nobleza y distinción para ser reina de unos juegos florales celestes.

Con extraña voluptuosidad se hacía él repetir la historia que era como el proceso de canonización de aquella mártir: la tarde siguiente á aquella en que su patrona de Granada le había dado un plazo de veinticuatro horas para buscar dinero ó marcharse de la casa, estaba Carmen sola en su cuarto esperando la solución de su agonía, no sabía de dónde; no había tenido fuerzas para salir en busca de trabajo, tenía fiebre y aguardaba á que llegase la noche para recoger sus trastos á la menor indicación de la patrona y marcharse al hospital. Llevaba veinticuatro horas llorando cuando sintió que llamaban á la puerta: la dueña de la casa le anunciaba una visita: una señora algo entrada en años que deseaba ver á la señorita Carmen. No había terminado de hablar la hostelera cuando apareció en la entrada una respetable señora vestida de negro con un libro de rezos sujeto por un rosario en la mano derecha: el tipo acaba-

do de una de esas fervientes adoratrices que pueblan siempre la penumbra de nuestras catedrales.

Solas quedaron las dos al momento y no pasaron muchos sin que la señora enlutada apareciese como la más discreta embajadora que el amor haya tenido desde la torre de Babel á nuestros días: venía de parte de D. Carlos Larrea, el hijo de D. Pablo, el capital más fuerte de Granada; el joven había tenido el acierto de enamorarse y estaba dispuesto á dar en prenda de su amor lo que es costumbre en estos casos: un pisito arreglado con coquetería y comodidad á gusto de la inquilina y una cantidad fija al mes á más de cualquier extraordinario que hiciera falta. Ya debía conocer la muchacha al que tan súbita pasión había sentido por ella: ¿no se acordaba de aquel joven que la noche anterior la siguió respetuoso desde el Casino y estuvo un buen rato parado frente á su balcón? Excelente muchacho, gran corazón, y si ella procuraba ser buena con él y quererle un poquito, ya podía asegurar que tenía *novio* para rato, pues D. Carlos no era de los que andan saltando de mata

en mata; por lo pronto, si se decidía, traía encargo de entregarle en el acto un billete de mil pesetas para que no pasase apuros desde ahora hasta el día en que la casa estuviese lista.

Tenía aquella mujer una manera de hablar tan convincente que no había medio de enfadarse al escucharla: con naturalidad encantadora, que nada tenía que ver con la cínica frescura de madame Lemor ni con la brutalidad de la patrona, proponía aquel arreglo como la cosa más lógica de este mundo, cuya oferta á nadie debe escandalizar. Carmen no supo nunca si dijo que sí ó que no á los ofrecimientos de la dama: con esa inconsciencia que acompaña casi siempre á las decisiones supremas de la vida, dijo algo que la otra interpretó á su modo... y á los ocho días de esta conversación nuestra amiga se instaló en la casa que para ella había alhajado Carlitos Larrea, con más esplendidez que buen gusto.

Comenzó entonces un nuevo calvario para la joven: su amigo era más celoso que un prestamista turco y poco á poco fué convirtiendo la casa de la amada en una cárcel con

rastrillo y todo—una soberbia cancela que cerraba el patio, á la cual agregó el carcelero un soberbio candado de tamaño hiperbólico. Fueron siete meses de encierro inquisitorial, de acoso á la infeliz por aquel mequetrefe vanidoso que tenía celos del primer transeunte que al pasar alzase los ojos á los balcones. Las prohibiciones fueron en aumento: prohibido asomarse á la calle, prohibidas las visitas, prohibido hablar con el carbonero, panadero y demás visitas forzosas, y después de tanta traba, aquel Otelo de trapillo no supo impedir que una noche la joven, cansada de aquel trato de bestia, tomase el tren para Madrid en compañía de un señor que rondaba la presa hacía meses, cuanto más se empeñaba el otro en guardarla. No fué amor, ni ambición, ni siquiera hastío lo que arrancó á Carmen de los brazos de Larrea para echarla en los del nuevo *editor*: fué ansia de libertad, fué huída de cárcel, aquella fuga en que la infeliz apenas sabía con quién se había fugado.

En el tren, camino de Madrid, iba ella pensando en todo esto, mientras contemplaba el rostro de su nuevo amigo, hombre de treinta

y cinco años que parecía tener cincuenta, de cara torcida como por un aire y de modales bruscos que contrastaban con lo correcto de la ropa. Sondeando en la inseguridad de su porvenir junto á aquel oso con quien apenas había cambiado cuatro palabras, recordaba los siete meses pasados en compañía de Larrea, á quien guardó una fidelidad que no merecía, y no porque á ella le faltasen pretendientes, pues media Granada había puesto cerco á sus gracias desde que las supo tan bien guardadas por el celo del amante.

En Madrid se instaló en un piso junto al Prado y comenzó una nueva existencia; el protector la presentó á tres ó cuatro amigas de las más circulantes y éstas se encargaron de completar la educación práctica de la muchacha: comenzó á asistir á las comidas y reuniones de esa pintoresca sociedad que se mueve entre el alto y el bajo mundo—*comprometidas*, busconas de alto copete, borregos de postín, chulos de smoking,—y más de una vez salió de uno de esos guateques cogida al brazo de un anciano procaz, á quien volvían loco las travesuras de Carmencilla. *El*

otro, como ella misma llamaba al que la trajo de Granada y seguía manteniéndola, parecía no preocuparse mucho de aquellas aventuras casi diarias, y acudiendo á casa de su Carmen sólo cuando la lujuria le apretaba, vino á ofrecer al mundo un raro ejemplo de celos inexplicables, pues pasando por todo cuando de perdonar deslices masculinos se trataba, enfurecía como un carabinero ante la simple sospecha de que *su* Carmen había recibido proposiciones tentadoras de alguna amiga para entonar un himno de amor lésbico.

Madrid entero conocía ya á Carmen como á la más hermosa y más señora de nuestras entretenidas, y su popularidad aumentó una tarde en que, paseando en coche por la Castellana, recibió á boca de jarro un disparo de revólver del propio Carlos Larrea, que loco de celos se había trasladado á Madrid con el designio de matarla. El disparo se estrelló en el respaldo de la limonera, pero su estrépito vino á aumentar la clientela de la joven, mientras *el otro*, casi siempre fuera de la corte, seguía pagando religiosamente lo que Carmencilla gastaba, sin querer enterarse de nada.

Muchas veces, en sus soliloquios, la joven pensaba en esta despreocupación de su amante casi honorario, y comparándola con los celos brutales de Larrea, se preguntaba si estaría ella condenada á no tener á su lado más que hombres bestias y hombres groseros, pues si los celos de aquél parecían brutalidad, la despreocupación de éste parecía desprecio.

Un día riñó con él y la disputa formal duró tres meses: fué en el verano y ella aprovechó el tiempo en un viaje al extranjero, del que vino cargada de dinero y de joyas. A la vuelta, hechas ya las paces con *el otro*, fué á instalarse á la plaza del Angel; *había que olvidar el pasado, había que hacer vida nueva*, decía él en un lenguaje de novela cursi, que nunca abandonaba.

Y, en efecto, á los seis meses de este olvido del pasado, de esta vida nueva, Carmen fué una noche á Apolo, Colmenares también fué... y ya sabe el lector lo que pasó entre los dos.

XVII

En el salón del Círculo no cabía un alfiler; la atmósfera era irrespirable y las sillas y sofás se habían agotado ante la inusitada concurrencia. Varios socios sentábanse en las mesas y alguno que otro se dejaba caer sobre el borde de las amplias escupideras.

—¡Que hable Lazaga, que es el que lo ha visto!

—¡Claro, hombre! Los demás ¿qué sabéis?...

—¡Sí, sí, que lo cuente Manolo, que lo cuente!...

El griterío era amilanante; en el corrillo central, Manolo Lazaga sudaba cien gotas por cada pelo del bigote, y con su afonía del momento imponía silencio, mientras empuñaba un bock de cerveza. Del billar próximo habían acudido los jugadores con el taco en la mano,

y los recién llegados de la calle se incorporaban al concurso, sin dejar siquiera los bastones en el guardarropa.

—¡Á ver si nos callamos!

—¡Que hable uno, hombre, que hable uno! ¡Qué estupidez!

Ante tan corteses requerimientos se fué haciendo un silencio angustioso; todos se apretaron en torno á Manolo; éste alzó la mano y comenzó el relato con una agitación febril muy propia de las circunstancias:

—La cosa ha sido ahora mismo, no hará ni diez minutos; y el caso es que nadie se explica cómo ha sido...

—Bueno, al grano; déjate de floreos.

—¡Chis, chis!...

—Pues el grano ha sido de los más malignos: estábamos en el Ideal los de siempre, treinta ó cuarenta personas de todos los sexos dedicadas á nuestras labores de alimentación y de charla. En una de las mesitas del pasillo, al pie de la escalera, estaban Alicia y su madre...

—¿Y Gereda?

—¡Silencio, hombre!... ¡Que afeiten á ése!

—Gereda no estaba allí, y según lo que luego pasó, hizo muy bien en no estar. ¡Bonito papel hubiera hecho!... Pues digo que Alicia, dando unos golpecitos de impaciencia con los nudillos, devoraba con la vista á todo el que entraba. La madre, fiel á las tradiciones, devoraba también, docena tras docena, los emparedados de merluza, y en tanto que la hija miraba la puerta con sus hermosos ojos azules, la autora de sus días miraba el fondo de la tetera con sus impertinentes color caramelo... La concurrencia se espesaba: entraron las dos Seijas, madre é hija, con unas *toilettes* impías de corte y colorido de barricada; entró la Valderrobles con la Monteverde, y el marido detrás, á modo de bulldog; llegaron la Pradillos y sus primas, feas hasta la irrisión, semejando un cortejo de ajusticiadas. En fin, que no parecía sino que se había anunciado lo que iba á pasar y acudía el público al olor del espectáculo gratuito. La orquesta preludió un vals y sus notas de ensueño se esparcieron por...

—¡Poesía no! ¡Que relate, que relate á secas!—gritaron los más prosaicos y voraces.

—Señores, perdón; pero he creído que unos apuntes poéticos vendrían muy bien como salsa...

—No, no; eso no. No hay derecho. Queremos la verdad á secas.

—Pues allá va. Á cada persona que entraba en el salón aumentaba la impaciencia de Alicia; todos nosotros nos fijamos en ello, y al ver sus taconeos iracundos comprendimos de pronto que aquella mujer esperaba á alguien...

—¡Qué agudos!

—Ese camello que me ha interrumpido...

—No, no; cuestiones no. Después, eso después...

—Es que á mí me convulsiona...—quiso replicar Lazaga enfurecido.

—¡Que siga! ¡Que siga!

—Sigue, hombre; no seas idiota.

—... Pues sigo: la puerta que da á la calle giró sobre sí misma, y del brazo, muy juntos y sonriéndose el uno al otro, aparecieron en el salón Josefina Nestosa y su sobrino Fernando Colmenares... Sin saber por qué todos presentimos la *debacle*; en los ojos de Alicia

hizo su aparición la ira, y el director del sexteto, poniéndose á tono con el ambiente, empezó á modular la marcha fúnebre de *El ocaso de los dioses*. Al pasar la pareja recién llegada por frente á la mesa que ocupaba la joven, ésta, con desparpajo iracundo, se dirigió á Fernando y le increpó natural: «Vamos, hombre, ¿ya has venido?» «Sí, pero no viene solo; de modo que, por hoy, pata», replicó la tía del aludido con una voz en la que liquidaba todos sus rencores... No están de acuerdo todos los testigos en lo que allí pasó entonces; pero parece ser, y ésta es la versión más viable, que Alicia hizo una discreta alusión á la respetable madre de la Nestosa, que ésta contestó con un apelativo á la vergüenza perdida de la de Gros, y que tales floreos acabaron en lo inevitable: la tía y la otra se agarraron como para darse un abrazo, y bien pronto se vió el sombrero de la primera ondulando furioso como agitado por un vendaval, y la áurea cabellera de la segunda deshaciéndose en jirones sobre su rostro por encima de la caricia del boa. La orquesta interrumpió su siembra de ritmos en un calderón de agonía,

y los más quijotescos de nosotros nos arrojamos encima de aquellas majas de rumbo que ya iban por el cuarto ó quinto puñetazo. Valderrobles y Narciso Monteverde se llevaron á Alicia al piso de arriba, ejerciendo una vez más de cabestros compasivos, y Javier Maturana y yo hicimos sentar á la Condesa en un taburete prodigándole el repertorio de nuestros consuelos: «¡Por Dios, Josefina, no se acalore!... ¿Va usted á hacer caso?... Eso habrá sido una broma... ¿Quiere usted una tacita de *anís del mono?*»... «¡Lo que yo quiero son trufas en vinagre!», replicó áticamente la ilustre dama, y mientras nosotros nos devanábamos los sesos para buscar el medio de satisfacer aquel extraño capricho de la noble señora, la orquesta reanudó sus giros interpretando la marcha triunfal de *Gigantes y cabezudos*. El clasicismo de aquella pieza fué como un bálsamo que cayese sobre nuestros ahogos, y mientras el fragor de la pasada lucha se iba extinguiendo en un olvido prematuro, vimos todos cómo fallecían en el suelo unas plumas y unos trocitos de tela, despojos incruentos de un duelo entre vestales.

—¿Y él?—demandó una voz interpretando el sentir de todos.

—¿Quién?

—¡Hombre, el causante de todo! El héroe de la fiesta: el feliz mortal por quien dos heroínas se han pegado en medio de un campo de bagatelas.

—¡Ah! Fernando. Su actitud fué olímpica y majestuosa. Apenas vió la cosa mal parada, soltó el brazo de la pariente, sin duda para dejarle mayor libertad de movimientos en la próxima acción vindicadora; se apoyó en el mostrador y presenció impasible todo el desarrollo de la lucha. Después, cuando todo hubo pasado, tuvo una frase genial, de atleta... Encarándose con la señora del *comptoir*, soltó este apotegma: «No comprendo esos procedimientos. ¿Es que las dos me anhelan?... ¡Bah! ¿No tiene el día veinticuatro horas? Pues durante ellas se puede amar á veinticuatro personas distintas...» Y para remachar bien el clavo de su augusta indiferencia, abandonó solo el campo de batalla y fué á tomar *una preferencia* para el *vermout* del Salón Madrid. Allí estará ahora admirando la esplen-

didez curvilínea de Adelina Domedel ó el cruce de los aeroplanos por encima del Canal de la Mancha. ¡Hay hombres que son un mausoleo!

Esta última frase valió al narrador una triple ovación y un café con media que pagó á escote el auditorio. Corrió un frémito de admiración por la sala: admiración hacia aquellas damas que tan heroicamente sabían resucitar en esta época de *cines* las épicas hazañas del Romancero; admiración, y una envidia muy grande á la par, hacia aquel jovenzuelo legendario, que á los pocos meses de estar en Madrid ya había sabido capturar por modo tal el corazón de las hermosas, que éstas no vacilaban en darse de mamporros como ofrenda á su amor, en medio de la calle atónita.

¿Qué poderoso talismán poseía aquel jovencete nada robusto? Y todos hubieran querido ser por un momento Fernando Colmenares, pensando en su interior—tras una consulta con los espejos de los muros—que acaso aquellas damas no les habían mirado despacio á ellos, hermosos como bestias; de haberlo hecho, quizá los puñetazos fueran por ellos y no

por aquel raquítico mancebete recién llegado de provincias.

Pero ya Manolo Lazaga recibía mil preguntas para que ampliase detalles confidencialmente: él había sido uno de los que *se habían echado encima* de las walkyrias para separarlas. ¿Qué tal? ¿Las caderas de la Nestosa eran efectivamente originales? ¿No había adulteración en el pecho menudo, pero firme, de Alicia?... Y mientras el socarrón mundano se daba tono con afirmaciones más ó menos rotundas, corrió por la sala una idea generosa que pronto habría de convertirse en hechos. El alto mundo ya tenía comidilla para unas semanas: ya había resucitado la murmuración, con todas las galas y esplendores de sus mejores tiempos; el suceso comentable, con tanto afán esperado por todos durante el invierno, estaba allí, sangrando bochorno y jocundidad. Pero mientras se agotaba el tema, ¿no debería hacerse nada por aquel hombre desinteresado y altruísta que tan fielmente acababa de regalarles las primicias de su narración?

El relato testifical, hecho por Manolo Laza-

ga en estilo fácil y correcto, había conmovido á todos con la fuerza de lo imprevisto. Era preciso rendir un homenaje inmediato á aquel hombre: los más decididos se acercaron á él, y pronto un *¡ Viva Lazaga!* hizo temblar los vidrios de los ventanales. El cantor de aquella odisea de los celos y la pasión se sintió aturdido, estrujado: poco á poco sus pies fueron involuntariamente separándose del suelo y el viejo mundano se notó elevado sobre las cabezas del concurso.

Sus posaderas se acomodaron en los hombros de dos amigos, y una cabalgata heterogénea salió del salón, ganando la puerta de la calle. Lazaga, como un gladiador victorioso, se dejaba llevar entre vítores... El Homero moderno, aclamado siempre, fué llevado en hombros hasta la esquina del Suizo.

XVIII

Fernando Colmenares tenía el suficiente sentido común para comprender que cuando dos mujeres se pegan por un hombre ha llegado para este hombre el momento de desaparecer... ¡Desaparecer! Pero ¿cómo? He aquí el problema que se planteó á su talento á la salida del cine de Cedaceros, y para resolverlo se marchó calle de Alcalá abajo en dirección desconocida.

Iba solo; conviene mucho que los personajes de una novela psicológica se queden solos de vez en cuando para que tengan tiempo de meditar; es este momento de las meditaciones el que debe aprovechar el novelista para descubrirnos el alma del héroe con todos sus huecos y pasadizos; si así no lo hace, le será difícil lograrlo mientras el personaje toma café en la tertulia de amigos ó vitorea

al *Algabeño* desde una barrera del 8... Fernando iba solo y meditaba. ¿Qué hacer si no, cuando se está solo y no se puede oir hablar del estreno de *Chantecler?*

Sentóse en un banco de Recoletos, y limpiándose la frente con un número de *La Corres,* se planteó el problema con desnudez; la noche era tibia; no cuesta ningún trabajo afirmar que lo fuese; mientras que sentar á nuestro amigo en un banco de Recoletos una noche huracanada hubiera sido el colmo de la crueldad... Colmenares vió la cosa clara; por humanidad siquiera había que desaparecer; no era cosa de permitir que por monopolizar el usufructo de sus pedazos las damas del *faubourg* madrileño se despedazasen en lucha fratricida, provocando una intervención europea. Tres medios se ofrecieron á su mente como salida del *impasse* en que su continente voluptuoso le había sumido: el suicidio, la emigración y un paseíto, taconeando fuerte, por la plaza de Oriente, cuyo pavimento se encargaría de abrirse, depositando el cuerpo del mancebo en la tubería de cualquier atarjea.

El suicidio le pareció anticuado; lo del hundimiento pavimental—perdón por el término—juzgólo problemático, y, tras un breve oscilar de su masa encefálica, decidióse por la solución emigratoria. Sí, había que dejar la corte, había que huir de este mundo de impurezas, cuya atmósfera empezaba á ahogarle: precisamente el día anterior se había enterado de que en el Pardo se alquilaban unas habitaciones por cinco pesetas, *tout compris*, y allí, en aquel poético retiro, iría el amoroso á refugiar su nostalgia, huyendo de la caverna cortesana, como Dido de los muros de Troya. Gracias al tranvía á vapor, abandonaría todas las mañanas su Yuste voluntario de riguroso incógnito para trasladarse á la Universidad, y después en Mayo, si en los exámenes le suspendían, seguiría cultivando el incógnito con su familia y... no hay mal que por bien no venga.

Sí, porque eran muchas almas, tres almas para un hombre solo, sobre todo si este hombre tenía que examinarse dentro de un mes de tres asignaturas homicidas... ¡Carmen! ¡Alicia! ¡Josefina! Y si parara aquí la cosa... pero

con el cartelito que la escena de aquella tarde le había proporcionado es seguro que irían cayendo las almas como caen las hojas en el otoño y los alcaldes heterodoxos en vísperas de elecciones, hasta que el aturullado mancebo tuviese que mudarse á otra casa más grande, para poder guardar tanto vestigio psíquico-amoroso.

Sí, había que emigrar, y esta afirmación que él había oído multitud de veces á los revolucionarios de la acera del Oriental sin penetrar bien en su significado, se le presentaba ahora con una clarividencia asombrosa; *emigrar* era huir siempre, huir de algo: de una suegra, de un acreedor, de tres mujeres amorosas. Muchos grandes hombres habían emigrado, desde lord Byron al capitán Casero... El también emigraría.

Ya iba á ponerse de pie para llevar á la práctica su heroica resolución, cuando de la vecina calle del Almirante vió venir hacia él un espectro semoviente: acaso el alma de uno de tantos emigrantes fracasados, que la Providencia le enviaba para disuadirle de sus propósitos. Era una sombra negra, sin nada á la

cabeza, como todas las sombras, pero con un lampo blanco en el pecho y las piernas. Tembló nuestro amigo, miró en derredor: estaba solo; al fondo, sobre la verja de la Biblioteca, destacaban las luces febriles de un tranvía del Barrio. Se acercaba la visión, y nuestro amigo pensó en Espronceda; iba ya á arrojar al rostro del fantasma unas quintillas románticas para contenerle, cuando, desengañado por la proximidad, estuvo á punto de sonreir... Lo que creyó un espectro era un camarero de café: el lampo blanco del pecho era el delantero de la camisa y el de las piernas era el delantal.

—Buenas noches. ¿Usted es don Fernando Colmenares?

—Pienso que sí. ¿En qué me lo has conocido?

—Pues vengo de parte de doña Alicia Gros, que está en la lechería de *Los Pinares* de la calle del Barquillo, y dice que vaya usted cuanto antes, que lo está esperando.

¡Ah, la mujer, la mujer! Conocía él á Alicia á pesar de no tratarla más que una semana, y aquella llamada misteriosa no le chocaba ni mucho menos. ¿Iría? ¡Claro que sí! La discreta

lechería, que por las noches á la salida del teatro les servía de refugio, haría una vez más de Celestina á dos temperamentos fogosos; además, la calle de Prim estaba tan cerca que no había más que andar unos pasos, doblar la esquina, y el discreto pudor de un cuartito con todos los honores de *budoir* guardaría por unas horas el secreto de sus entrevistas de solteros.

Fué: por el camino meditaba la excusa que presentaría á su novia para no prolongar demasiado la entrevista; estaba abúlico, y los vasos de leche con mojicón, ante los que desenvolvían sus diálogos amorosos, no le seducían aquella noche. Bastantes mojicones había habido por la tarde en el Ideal por su culpa y por su causa.

Era jueves, y la gente salía de Parish entre los bostezos de tedio; desde el fondo de un automóvil que marchaba hacia Argensola le saludó una mano liada en un guante. ¿Quién era?... No lo vió ni le importaba, á menos que... pero no: su tía no habría osado presentarse aquella noche en el Circo después de la carrera en pelo de la tarde.

Al llegar frente á *Los Pinares* miró al interior por uno de los vidrios de la puerta; vió tales cosas que, usando la frase vulgar, *no quiso dar crédito á sus ojos.* Decididamente la tal Alicia era más... *refinada*—no es éste el vocablo, pero el pudor impide usar el adecuado—de lo que el vulgo creía. Allí, á su lado, atracándose de mojicones sin freno ni compás, estaba Julio Gereda, el novio licenciado quince días antes, que ahora había vuelto al redil lascivo de sus pasados amores con un desprecio absoluto á los decires de las gentes; á su lado, como último tributo al convencionalismo, estaba la señora de compañía, profundamente preocupada con el contenido de un vaso de leche de tamaño natural.

Había hecho el primo al acudir tan diligente á la cita de la liviana, que de modo tan cruel se vengaba de lo de la tarde, con esa perversidad que no sé por qué hemos dado en calificar de felina, ya que los gatos y demás félidos no serían capaces de incurrir en un *trágala* semejante. Pero ya que había venido, se creyó en el caso de hacer algo; discurriendo con lógica, ya que ella por la tarde,

al verle acompañando á otra había sabido pegarse con esta otra, él ahora debía dialogar en mamporros con Gereda, si quería quedar á la altura de su fama.

Cuando empujó la puerta para entrar no sabía á punto fijo para qué entraba; pero una ráfaga de serenidad le dijo que acaso aquella mujer no valía la pena de que se pegasen por ella dos hombres tan completos y elegantes... Y con este razonamiento, que es el de todos los cobardes, avanzó hacia la mesa más tranquilo.

—Buenas noches, señores.

—Muy buenas—contestó Julio.

La tuna que le esperaba le invitó á sentarse con socarronería, añadiendo familiar esta invitación:

—¿No te sientas?

—... Acaso estorbe.

—Seguramente—replicó el adversario.

—¿Vienes del Circo?

—Vengo de donde me sale de la *psiquis*.

—... ¿Has dicho *psiquis?*

(Pausa angustiosa.)

—Venía en tu busca, Julio.

—Pues aquí me tienes.

—Pues con permiso de *tu novia* vas á hacer el favor de acompañarme á la esquina: he de hablarte dos palabras.

—¿Vais de compras?

—¡Vamos de exterminio!

—Pues escribir en llegando.

—¿Para qué?... No sabrías leer...

Salieron los dos galanes, terciado el sombrero, fruncida la mirada y el continente altivo como de quien va á beber sangre... Era el siglo XVII que resucitaba: dos apuestos donceles iban á justar en paso honroso por una dama, mientras ésta, acompañada por la quintañona, quedaba en la soledad de una vaquería, esperando al vencedor, que volvería á estrecharla en sus brazos y á pagar la cuenta al camarero... Los ascendientes de los dos galanes se asomaban regocijados tras las esquinas próximas, y ellos, en lugar de acariciar el puño de la tizona, manoseaban en el bolsillo de la americana el relieve mortífero de unas llaves inglesas.

... Efectivamente, no habían andado cuatro pasos cuando Fernando, colgándose al brazo de Julio, le dijo confidencial en voz baja:

—Mira, chico, te he llamado porque no quiero que por mí quede la cosa... Esa *socia*, Alicia, ¿sabes? á mí, no hace aún tres noches, aquí á la vuelta, en la calle de Prim, me ha... (*Voz bajísima, tanto que ni tú ni yo, lector, oímos nada.*)

—¡Bah, bah, bah! Pues á mí, antes de que tú la conocieras, una noche en Parisiana... (*Se repite el juego.*)

—Bueno, pero es que á mí fué... (*Idem.*)

—¡Y á mí con las dos cosas!

.....

A las cuatro de la mañana todavía estaban Alicia y su aya esperando el regreso del vencedor en los divanes de la lechería. ¿Qué habría pasado? ¿Habrían muerto los dos en el singular combate?... La dueña se deshacía á cabezadas somnolientas; el del mostrador habló de cerrar, de apagar las luces; la coqueta pagó el gasto y á trote largo se dirigió á casita. En las sombras de la calle ella no veía más que cadáveres... cadáveres... cadáveres...

XIX

El teatro Casa-Plasencia era famoso en los anales aristocráticos: todas las primaveras, coincidiendo con el retorno de las lilas, el linajudo teatrillo abría sus puertas y una docena de jóvenes, sintiéndose *Novellis* repentinos, electrizaban al aristocrático auditorio con las más geniales creaciones del repertorio de Lara, desde *La Praviana* hasta *González y González.*

Algunas veces la familia real en pleno se dignaba honrar con su presencia la cachupinada, y entonces era de ver con qué galano acento de cortesanía y con qué noble gesto de majestad procuraban las actrices y actores destacar las frases más brillantes de sus papeles respectivos:

—«¡Ah! ¿Pero usted es Pérez?»

—«¡Cielos, mi suegra!»

—«La señora marquesa ha salido, pero el señor marqués está mudándose de ropa interior en la biblioteca.»

Todos estos profundos pensamientos eran matizados por los jóvenes actores con una distinción tal, que el espectador se sentía transportado por unos momentos á aquellas veladas del Trianón, en que el monarca más poderoso de la tierra cantaba los *couplets* de *Gedeón* coreado por sus consejeros. Claro es que el transporte era sólo por unos momentos, pues al pasear la vista por la sala y tropezarse con el rostro simiesco del marqués de Valderrobles ó la faz esquinosa de la duquesa de Seijas, no había Trianón posible ni siquiera en sueños.

La directora de escena—la propia é ilustre dueña de la casa—tenía muy buen cuidado de que las piezas elegidas no contuviesen frases de doble sentido y de que en ellas la moral saliese mucho más airosa que la primera actriz, escogiendo aquellas obras carentes en absoluto de picardía y cuyo diálogo, por su transparencia, no dejase la menor duda respecto á la idiotez de su contenido.

Este año, en la primera de las tres funciones se representaba *Pedro Jiménez* y *¿Qué te quieres apostar...?* La sala estaba humeante de concurrencia. ¿Nombres? Imposible darlos sin dejarse en el tintero la mitad, lo cual es el colmo de la grosería, pues ya que no se les cite, no se debe tampoco condenarlos á un baño de tinta.

Los tonos rosa de los muros se nimbaban de oro en las inmediaciones de los *apliqués*, de cuyos antebrazos escapaba á cascadas la luz que mil bujías dogmáticas producían: una cenefa de crisantemos de lata iba enroscándose por el relieve de la escocia, y la banda de claveles bermejos que abrazaba la embocadura del telón—un soberbio tapiz á cuatro manos con las armas de la casa—era una tontería si se comparaba en su colorido con el fresa rabioso que las más de las damas lucían en labios y mejillas, producto natural de los aires del tocador. Mullidos divanes—y ¿cómo no?—recogían en su terciopelo verde-telescopio la ofrenda sagrada de las posaderas de los invitados, y un bosque de palmeras que se alzaba en los cuatro ángulos de la estancia

servía para dar á la cosa un cariz fundamentalmente oriental, y para que los invitados de menos prejuicios arrullasen sus bostezos cabe sus ramas, al abrigo de toda mirada indiscreta.

Tal era el cuadro que nuestros ojos admiraron cuando, provistos de una amable invitación de los Condes, fuimos á ocupar nuestro sitio en la sala de la fiesta, procurando colocarnos lo más cerca posible de una de las palmeras antes citadas, por si acaso el exceso de emociones estéticas que la solemnidad nos produzca nos obliga á reconcentrarnos en nosotros mismos en una de esas meditaciones tan parecidas al sueño, que sólo producen la música de Strauss y ciertos tomos de poesías. Nos favoreció la suerte desde el primer momento, pues vinimos á sentarnos al lado de una opulenta dama de acento uruguayo, cuyas emociones nos estuvo comunicando toda la tarde por debajo del diván... Iba á dar aquí su nombre para enaltecerla, pero luego nos hemos enterado de que es viuda.

Como si el director de todo aquello estuviese esperando mi llegada, apenas estuve colo-

cado se corrió el tapiz y empezó el baño de arte. Lo primero que se escuchó en la sala fué un silencio de muerte: pasó un rato, y á pesar de que los actores—á juzgar por el movimiento de sus labios—estaban hablando, al público no llegaban sus portentosas frases. ¡Los pobres chicos, faltos del hábito de hablar en escena, dialogaban para el cuello de sus camisas y para las puntillas de sus cubre-corsés!

Menos mal que al cabo de un cuarto de hora, hecho ya el timpano á aquel semitono arrullador, fuimos percibiendo palabras sueltas y más tarde hasta oraciones gramaticales; eso sí, las pocas que llegaban al público eran premiadas con una carcajada general: se trataba de una obra cómica, según decía el programa, y todos reían como en sus mejores tiempos. Cada vez que aparecía en escena un nuevo actor, volvíamos al tormento de no oir sus primeras frases; tormento agudizado por la imposibilidad de gritar, como en la cuarta de Eslava:

—«¡Más alto!»

—«¡Que se calle ese apuntador!»

¡Cualquiera era el guapo que se atrevía á

perturbar el digno silencio de la sala! El más insignificante reproche dirigido á los artistas hubiera sido *ipso facto* castigado á mano airada por el espectador más caballeroso ó por cualquiera de las personas de sus familias, distribuídas estratégicamente por la sala; en cuanto al apuntador, baste saber que en la tarde de hoy ejercía ese noble oficio nada menos que Elviro Santoncha, el tremendo espadachín, hijo de los marqueses de Santoncha, que hubiera sido capaz de surgir de su concha y saltar á la sala en busca del villano que hubiere osado mancillar su nombre y su oficio.

Claro es que cuando estas lícitas expansiones del sentimiento colectivo se ven constreñidas en su libre berrear, buscan el derivativo por otro lado: así, los más graves varones del auditorio, un poco aburridos de lo que en el escenario pasaba, empezaron á hacer pajaritas con la cartulina del programa ó á confeccionar con ella unos rabos triangulares que luego colocaban, á guisa de broma, en el cuello del frac del vecino delantero; otros más prácticos iniciaban un *flirt* con la vecina más propicia, y otros, en fin, curados de prejuicios, se

entregaban al sueño con descoco, comentando á su modo la tesis de la obra.

¿Qué decir del modo como los simpáticos artistas interpretaron sus *roles* respectivos?... Lo mejor será que no digamos nada, porque todo lo que pudiéramos decir resultaría pálido ante la realidad. Detrás de la peluca y los afeites del característico creímos reconocer el rostro praxitélico de Fernando Colmenares, y tras el rosa núbil de los carrillos del galán joven, se veía la faz de pájaro del condesito de Mendívil: aquel condesito de treinta y ocho años que se había plantado en galán joven en la vida del teatro y en el teatro de la vida—¡soberbio giro!—y con su tercer año de Derecho sin aprobar, aún pretendía inocente á las ricas herederas, licuefactas por su perfil.

Pues ¿y las actrices? La gentil Ramona Cifuentes había sacrificado su belleza á las exigencias de su papel de característica, y este sacrificio fué tan del gusto de la concurrencia, que las más mordaces de sus amigas aseguraban *sotto voce* que para aparecer con arrugas y patas de gallo no había tenido más que lavarse la cara; la hija mayor de los Santa-

Torre hizo una ingenua, aleccionada prácticamente por su madre, que á todos dió la sensación de que no se podía ser liviana con más ingenuidad ni vestir la falda de volantes con más prosopopeya. Rufina Monteverde—una Umbrosa—nos presentó una criada que estaba pidiendo á voces la cuenta y una regañina. Pues ¿y Carlota Frejoles? ¿Y Casimira Renovales? ¿Y Tarsila Machuca? Todas, todas contribuyeron al mayor esplendor del conjunto y pusieron—con ellos—su granito de arena en aquel asesinato artístico, en el que los ensayos fueron la premeditación y la cortesía forzosa de los invitados fué la alevosía.

Pasamos una tarde soberbia; pero como tributo á la verdad habrá que consignar que la nota helénica y agradable de la cosa la dió el que menos podíamos esperarnos todos, y partió de un sitio en el que nadie se había fijado. El conde de Nestosa—nuestro antiguo amigo—asistía á la representación acompañando á su señora, nuestra egregia y voluptuosa amiga. Desde que comenzó el espectáculo se había distinguido el noble prócer por una decidida vocación á prescindir de lo que pasaba

en la escena y á reconcentrar su atención en su propio cerebro. Al comenzar la representación de la segunda de las obras anunciadas, la vocación del Conde se transformó en irresistible impulso y desde las primeras escenas se quedó dormido como un académico. Así estuvo todo el acto, y al final de él, cuando la concurrencia puso fin á su atención con una salva de aplausos, el Conde volvió á la realidad, gracias á una cariñosa advertencia de la Condesa en el costado derecho; pero por esa extraña alucinación que produce el brusco despertar en muchos cerebros, y que les hace creerse actores del ensueño que acaban de tener, nuestro hombre — asiduo concurrente á los teatros del género chico—se creyó al volver á la vida y verse ante un escenario que su sueño era realidad, y ahuecando la voz todo lo que pudo, empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Más cadera! ¡Más cadera!

Corrió un viento de impudicia por la sala y las más castas doncellas arrebolaron su tez ante aquellos aullidos para ellas incomprensibles. Babilonia entraba en Belén y el pudor

de la concurrencia se tambaleó unos momentos... Minutos después, al desfilar los invitados por el jardín del hotel, aún seguía libre el chorro del comentario á la befarda incongruencia. Una marquesa puritana preguntó al más íntimo de sus amantes:

—¡Qué demonio de hombre! ¿En qué estaría pensando?

—¡Seguramente en su mujer!

XX

Era domingo y hacía sol: estas dos circunstancias anormales hacían que la acera de la calle de Alcalá, desde Peligros á la Cibeles, estuviese invadida de ese mundo especial de los días festivos que tanto ofende á la estética visual.

Fernando Colmenares, completamente solo, paseaba sus derrotas por entre aquella multitud cuyo contacto le repugnaba, pero en medio de la cual se revolcaba con placer masoquista. Había terminado la misa de doce en las Calatravas, y la estupenda cursilería del paseo llegó á su colmo: todas las hijas de patrona en estado de merecer y todas las vástagas de empleados de ocho mil reales en situación propincua de matrimoniar, estaban allí con el rostro enlucido de polvos de arroz y asoman-

do, por debajo del colorete de los labios, unas dentaduras amarillas de suciedad milenaria.

Las *pobrecitas cursis* que inmortalizó Taboada, habían dejado de ser pobrecitas á los ojos de Fernando, que trocando la compasión por el desprecio, sentía un asco invencible hacia aquellas visiones arlequinescas; no le faltaba razón á nuestro amigo para pensar así: todas aquellas mancebas, nacidas en una cuna modesta y alimentadas más modestamente todavía, hubieran merecido el afecto de los espíritus serenos si hubieran tenido el valor de salir á la calle aderezadas en su propia salsa, esto es, con mantilla á la cabeza, falda barata de confección casera y hasta con el arrebujen del mantón si la pobreza familiar lo requería; pero no: había que elevarse, había que vestir como lo que no eran, había que lucir sombreros voluminosos lo mismo que la marquesa tal ó la condesa cual, cuyos respectivos maridos tenían veinte mil duros de renta.

Y en esta voluntaria transformación, impulsada por una vanidad que no engañaba á nadie, surgía todo aquel extraño mundo de prendas de vestir que atormentaba la vista y

el olfato: ora la piel del minino casero convertida en boa de doble punta, ora la colcha en desuso transformada en polícromo traje *talleur*, ya el complicado sombrero en cuya confección no se sabía qué admirar más, si la sencillez del material ó la malabaresca colocación de todo un muestrario de hortalizas, ya el vetusto visillo de época faraónica, con cuya armazón y unas motitas de cera se fabricaba un regio velo, tapadera del rostro. Y todo esto, impregnado de un aroma de pachulí, que era como la estela acusadora de una clase que se deshacía.

Era inútil que unos cuantos novelistas sentimentales tratasen de excitar nuestra benevolencia hacia aquellas cursis del colorete: era en vano que unos cuantos sociólogos de pan llevar desmenuzasen sus cerebros para contarnos en folletos y memorias las excelencias de la clase media; esta clase media—en sus peldaños inferiores—era una cloaca repugnante, porque sin tener el aspecto divertido del alto mundo ni la espontaneidad cerril del pueblo, era la única clase social que no se conformaba con lo que tenía.

La mayor parte de aquellas chicas, que ahora paseaban al sol la vergüenza de sus pingajos, habrían excitado nuestra admiración y abierto nuestro apetito carnal si las hubiéramos visto en la plataforma de un tranvía conduciendo una caja de sombreros, ó en un puesto de flores dialogando con los parroquianos; pero así, pensando siempre en imitar los gestos de la marquesita de Pradillos y en copiar—degradándolos—los trajes de la Nestosa, ofrecían un espectáculo de bochorno que hacía volver el rostro hacia la muerte. Para amarlas había que ser tan cursis como ellas, y sólo esos pollitos que, después de alimentarse de judías, salen á la calle con el cuello almidonado por sus propias manos, pueden llegar á matrimoniar con semejantes adefesios, para renovar en lo eterno la sinfonía de la fealdad anémica.

Todas estas consideraciones se le ocurrían al amigo Fernando mientras paseaba por el *trotoir* de Apolo, y aunque le repugnaba sentirse tan pensador, siguió dando vueltas en el caletre al *ritornello* de la idea.

Dejémosle á solas con sus divagaciones y,

comprando *El Imparcial* en un kiosco, vayamos á leerlo á una silla de Recoletos; en la segunda página, en los ecos de sociedad, hay una noticia estupenda: el cronista, con toda naturalidad, como quien no dice nada, lanzaba á los vientos de la publicidad esta especie de pregón: «UN RUEGO: La persona que equivocadamente se llevó un bastón de bambú con anillo de oro, en el que aparecen las iniciales M. J., sería muy amable si lo devolviese en la portería del Nuevo Club, pues su dueño aprecia el bastón, más que por su valor, por ser recuerdo de familia». ¡Famosa distracción la del kleptómano! Siempre ocurre en esto de las equivocaciones que los objetos que tienen alguna pieza áurea son los más codiciados por los distraídos; nunca se ha dado el caso de que un escéptico de esos se lleve á la calle una escoba de doble mocho pensando que se lleva el báculo del arzobispo de Toledo.

Siguió leyendo Fernandito todo el contenido de aquella sección, que era para él toda su fuente de cultura; entre el anuncio de unos tes en casa de los señores de Iniesta y la pers-

pectiva de un baile en el hotel de los condes de Damajuana, el sagaz cronista dejaba escapar entre velos esta noticia, redactada en ese estilo especial que emplean los noticieros de salones cuando quieren decir, sin decirla, una cosa que á nadie le importa: «Para los primeros días del mes de Junio se anuncia el enlace de la riñonuda hija única de la dueña de un opulento almacén de ropas de una calle céntrica, con el despreocupado *sportman* y virtuoso automovilista que responde á las iniciales de J. G. El acto se celebrará en los sótanos del citado almacén propiedad de la madre de la novia, pues las familias de los contrayentes, á causa de un luto próximo, quieren que la ceremonia nupcial se lleve á cabo en la mayor intimidad».

Era la décima vez que la crónica de sociedad anunciaba, en una prosa incivil, el proyectado enlace de Alicia Gros con cualquiera de sus infinitos pretendientes; como esas novilladas invernales que se están suspendiendo domingo tras domingo á causa de la lluvia, el matrimonio de la rubia pañera tendría que anunciarse la vez próxima con el consabido

cliché: «El enlace se celebrará *definitivamente...*» Ahora era Julio Gereda el encargado de llevar al altar á aquella Aspasia soltera, y Fernando al leer el suelto ni se asombró ni se inmutó.

Lo encontraba muy natural después de la conversación que los dos habían tenido tres noches antes, mientras Alicia esperaba sentada en el sofá de *Los Pinares;* charlando, charlando, llegaron los dos amigos y rivales hasta las inmediaciones del Viaducto, y cuando quisieron volver á la calle del Barquillo, se encontraron con que ya amanecía por encima de la de Segovia. De confidencia en confidencia, Julio llegó hasta la desnudez del alma delante de su interlocutor; contestando á los esfuerzos de éste, que se afanaba en demostrarle la absoluta impudicia de la de Gros—de la que Gereda estaba ultraconvencido,—hubo de sacar á la luz el fondo de su pensamiento:

—Mira, chico, no te canses; todo eso, y más que tú pudieras contarme, lo sé yo por la punta de los dedos...

—Pues entonces...

—Entonces es igual: necesito esa boda como si fuera un cheque. El macronismo se ha puesto ya tan mal entre nosotros, efecto de la competencia vil de los presbíteros, que para vivir decorosamente á costa de una señora tienes que buscar que ésta sea vieja y, si puede ser, pintada de viruelas.

—¡Cierto, cierto! — musitó Fernando con amargura pensativa.

—Yo no puedo más: las últimas pesetas que me legó mi tío van ya camino del no ser; hoy mismo, para surtir de gasolina al automóvil, he tenido que empeñar la funda de pieles del *chaufeur;* mañana, para sacarle la funda de pieles, tendré que empeñar los bidones de gasolina... En esta situación, ¿qué hacer?

—Bueno; pero tú, con tu tipo, con tu alcurnia, puedes buscar algo más ventajoso que esa hortera corrupta.

—¡Pero si no lo hay, Colmenares! ¿Crees tú que yo no habré buscado?... Mira, de todas sus cualidades nativas, la única que Alicia ha sabido conservar impóluta es el dinero: no gastan al año ni la cuarta parte de la renta; luego, es ideal: no hay hermanos, no hay pa-

dre; no hay más que la madre, y de ésa... yo me encargo.

—¡Cómo! ¿Meditas un crimen?

—No hará falta tanto; la vieja avara, con tal de ver casada á su hija, pasará por todo.

—Bueno; pero ¿y después de la boda?

—¿Qué?

—¿No temes á... ¡no sé cómo decírtelo!... al *temperamento* algo ululante y fogoso de tu futura?

—¡Ja, ja, ja!—exclamó Gereda, riendo á lo Medrano.—En ese terreno, y después de mucho rodar por la vida, he sabido yo construirme una teoría para uso personal, que me sirve de coraza contra toda suerte de perfidias femeninas.

—Veamos.

—Mira, chico, á mí no podrá nunca decirme una mujer que me ha engañado. Como de todas, aun de las más virtuosas, pienso bastante mal, resulta que conozco sus deslices antes que los cometan. Lo más que podrá decir de mí una arpía es que, conociendo la falta, la tolero; un marido tolerante no es un marido engañado.

—Es peor.

—Para ti y para el vulgo idiota, pero no para mí. Créeme; no hay nada peor que la ignorancia, y cuando no se ignora y se tolera, lo que hay que hacer es poner precio á esta tolerancia.

—¡Julio!

—... Y comprenderás que nadie puede pagarla á más alto precio que Alicia Gros con todos sus millones.

Á nuestro amigo le abrumaba tanto escepticismo amasado con tanta desfachatez; era, pues, un saco de podredumbre con forma humana aquel joven apuesto que, embutido en un terno marrón, paseaba á su lado por la calle Mayor en estas primeras horas del amanecer... Y recordando ahora, á la plena luz de un mediodía festivo, aquel paseo entre tinieblas —morales y físicas—pensaba si el epicúreo de Gereda no tendría razón al afirmar lo que afirmaba, aunque al afirmarlo quedase á la altura de un cochero prostituído.

¡La vida! ¡Qué bizarra ironía, qué enigma más ridículo! Entre otras sorpresas agradables, ella nos mostraba dos castas de hombres:

los que pagan por amar y los que cobran por fingir que lo hacen. De las dos clases de amadores ¿quiénes estaban en situación más airosa? ¿los que convertían á sus queridas ó mujeres en depósitos de alhajas, abrumándolas con una lluvia de billetes de Banco, ó los que llegaban después con sus manos lavadas á usufructuar las alhajas y los billetes que los primeros daban *á su amor*, para que éste á su vez lo ofrendase *á su capricho?*

Cierto que *el mantenido* tenía que someterse á veces á extrañas exigencias que dejaban su dignidad malparada; pero ¿es que con la dignidad se le paga al sastre, se pone el cocido y se abona uno á los conciertos de la Sinfónica? Si el honor y la honra pudiesen materializarse, ¡cuántas calles se asfaltarían con la una y con el otro!

Además, ¿es que acaso los otros, los que pagaban, estaban libres de esas situaciones ridículas?... Y, sobre todo, como suprema razón de todo ello, estaba la vida con sus afirmaciones, la vida, que por una de esas increíbles paradojas que ningún psicólogo ha podido analizar con su pluma ni ningún Galeno des-

entrañar con su bisturí, nos ofrecía á cada paso el ejemplo de cien mujeres amando hasta la pasión á sus *souteneurs* y despreciando con una frialdad cortés á sus *protectores*. ¡No parece sino que el cieno de aquéllos era un afrodisíaco irresistible!

Asustado de sus propios pensamientos, Fernando se levantó y emprendió la subida por la acera del Banco: si en aquel momento se hubiese cruzado con el automóvil de la Monteverde—la noble dama que á tan buen precio pagaba sus caprichos,—hubiera mandado detener el vehículo y, perdido el pudor, hubiera ofrecido su cuerpo á la linajuda voluptuosa, ajustándolo previamente.

Se horrorizaba de sí mismo, y para calmar sus nervios marchó á almorzar á casa de Morán; mientras confeccionaba *in mente* el menú, concibió súbito este definitivo pensamiento:

—¡Qué berbajo! La vida es la vida: lo importante es vivir; el cómo ¿qué más da?

XXI

Estaba cogido, definitivamente cogido; aquellas cadenas, que cada vez le apretaban más, eran para él lazos adorables cuya rotura le hubiera llenado de congoja.

Cada día que pasaba era un eslabón más que se añadía á la esclavitud, y á sabiendas de lo mucho que la libertad habría de costarle cuando llegase el momento de recobrarla, iba menudeando sus visitas á casa de Carmen; y ¡qué visitas! Para entrar y salir tenía que adoptar todas las precauciones del ladrón y esconderse á las miradas de los vecinos como quien huye de la guardia civil. Eso sí, una vez dentro, se desquitaba con creces de aquellas molestias, y las horas iban pasando en un nirvana encantador.

Las visitas eran casi siempre por la tarde,

después de las comidas, y se prolongaban hasta el anochecer, con una despedida que empezaba dos horas antes del final; pero á medida que fué entrando el buen tiempo y los balcones de la vecindad se poblaban á todas horas de curiosos, hubo que dejar el visiteo para la noche, con la bien pagada complicidad del sereno.

¡Cómo se resistió ella al principio á estas entrevistas en la propia casa, que parecían desafiar el peligro! Sólo cuando se fueron repitiendo un día y otro sin que nada anormal ocurriese, fué cuando ella se acostumbró á tolerarlas como cosa corriente. ¿Habrá que decir que en estos diálogos prodigaban los dos amantes todo el repertorio de mutuos obsequios y abnegaciones que forman el fondo del amor? Sería superfluo; más importante será consignar que á las dos semanas de tamañas apoteosis amatorias apareció entre ambos la sombra del primer disgusto.

Es achaque común á la mayor parte de los que describen escenas de amor, pintarnos éste como un perpetuo rosicler en cuyo jardín no brotan más que rosas sin el inseparable

aditamento de las espinas; según estos optimistas de la pasión, en amor todos son arrullos, mimos y ternezas, y buscando alevosamente el lado bello de las cosas, se dejan en el tintero el reverso de la medalla. Así se ha escrito la historia de todos los grandes pasionales y ¡vive Dios que ya es hora de que se escriba de otro modo!

Pues qué, ¿no riñeron nunca Romeo y Julieta? ¿Jamás Armando levantó el grito á Margarita Gautier, y nunca discutieron cuestiones monetarias Daoiz y Velarde? De Oscar y Malvina está probado hasta la saciedad que se pegaban recíprocos todos los viernes por un quítame allá ese suspiro, y de los Amantes de Teruel todo el mundo sabe que más de una vez tuvo que intervenir la autoridad judicial en sus rencillas domésticas, ante el temor de que no quedasen ni las momias, de resultas de algún achuchón demasiado expresivo.

Ésta es la verdad de la historia, y no sirve falsearla con perspectivas de engaño: rindiendo culto á esa verdad, diremos nosotros que Carmen y Fernando á los quince días de

conocerse tuvieron la primer pelotera. Eso sí, nada trascendental: más bien un pretexto para aumentar sus caricias en los estallidos de una reconciliación, ni tarda ni perezosa. Las disputas, que desde entonces fueron frecuentes, tenían siempre por causa una futesa: que si has tardado, que si no he podido venir antes, que si hoy estás nerviosa, que si tú estás voluble.

Un día, cuando menos lo esperaban, cayó un rayo para los dos: mano con mano estaban ambos ante la chimenea del gabinete, haciendo proyectos para el día siguiente, en el que tenían proyectada una excursión teatral de aquellas misteriosas que tanto les divertían, cuando sintieron sonar el timbre de la escalera. Siempre que lo oían se alarmaban un poco; pero esta vez la alarma fué un presagio: era un telegrama de *el otro,* ausente de Madrid veinte días, que anunciaba su regreso para el siguiente.

Desolados quedaron ambos: adiós entrevistas, adiós conversaciones y adiós otras muchas cosas que surgían en las entrevistas como resultas de la conversación: nunca hablaban

de *él* ni indirectamente, como si le estimasen un mito lejano que nunca había de volver á perturbar su felicidad, y al verle ahora aparecer, con esa oportunidad de los traidores de melodrama, quedaron desconcertados y de una pieza.

Pero no había más remedio: él era el que pagaba, él era el amo... Esperarían á que se volviese á marchar. Protestó Fernando de ello, con esa fogosidad que caracteriza á los amantes jóvenes y que no sirve más que para proporcionarles unos garrotazos cuando menos se lo figuran. ¡Cómo! ¿Y por qué no podría él venir cuando *el otro* estuviese fuera? Desde su balcón le vería salir perfectamente, y entonces...

Procuraba calmarle ella, algo más ducha en estas cosas: para contentarle como á un chico le prometió escribirle todos los días dándole cuenta detallada de sus impresiones... La entrevista tuvo fin en un mar de lágrimas que ambos vertieron sin freno ni dique.

.....

.....

Seis días llevaba nuestro amigo recibiendo las prometidas cartas de su vecina, cartas que

él leía saltando de gozo, para terminar asomándose á los cristales del balcón y sosteniendo con la enamorada—que le aguardaba detrás de los suyos—un animado diálogo con la punta de los dedos. Al séptimo día de esta ceremonia, la carta vino con dos renglones solos llenos de expresión: «Ven esta noche; tenemos que hablar». No decía más la misiva; pero tampoco hacía falta más para que el júbilo del mancebo estallase en cabriolas disparatadas.

Cuando á la noche entró en casa de Carmen, creyó que el paraíso terrenal se abría ante sus pies; no le dejó ella sentarse, y después de besarle le dió la noticia de sopetón: *el otro* se había ido aquella tarde, y antes de marcharse le había dado la fausta nueva: cuando empezase el verano, á fines de Junio, él se marcharía á Canarias, donde tenía que pasar tres meses; ella en tanto se instalaría en cualquier pueblecito del Norte, saludable y poco concurrido...

Fernando terminó lo demás: y adonde él iría á instalarse á su vez para estar lo más cerca posible del objeto amado. Una dificultad

se le presentó de repente: ¿cómo convencer á sus papás, que después de la ausencia del chico querrían tenerlo todo el verano en Torrevieja?... ¡Bah! Ya lo arreglaría él todo y no había que apurarse por tan poco.

La velada fué de las más suculentas entre los dos amantes, excitados por el júbilo de la noticia y por la abstinencia pasada; á las doce, cuando llegó el momento de marchar el mancebo, tuvo éste una exigencia extraña: ¿por qué no había de quedarse allí aquella noche? ¿No iba el otro en el tren á aquellas horas? Al pronto no encontró ella excusa razonable que oponer á los requerimientos de él; pero, batiéndose en retirada, empezó á prolongar la cosa de media en media hora, siempre con la promesa de que se marcharía á la siguiente; esta táctica, secundada por él con el sistema de la resistencia pasiva, dió el resultado que era de esperar.

Cuando Fernando Colmenares atravesó el asfalto de la plaza del Ángel para trasbordar de la casa de Carmen á la suya, eran las ocho de la mañana; ya las burras de leche habían dado su primer paseo por las calles de la vi-

lla, y ya desde lo alto de balcones y ventanas descendía al pavimento ese tenue polvillo, mezcla de todas las escorias, que surge del flamear de alfombras y felpudos, y que hace que el madrugar en Madrid sea sinónimo de suicidarse.

La noche había sido tempestuosa para nuestro amigo y, sin embargo, se encontraba fuerte y animoso; le pareció una profanación ir ahora á acostarse en la vulgaridad del lecho de la casa de huéspedes, después de sus revolcaduras entre encajes y holandas, y haciendo un cuarto de conversión, bajó por la acera de Canseco al Botánico.

Pensaba ¡claro está! en su porvenir veraniego y en la amplitud de su amor; le parecía Carmen la más noble y honrada de todas las mujeres, y ante su imagen las borrosas figuras de Alicia y de su tía se esfumaban en un desdén caprichoso. ¿Las amaba á las tres?... Problema era éste demasiado arduo para resolverlo á una hora tan temprana. Fernando, obrando muy cuerdamente, se encogió de hombros y encendió un pitillo. ¡Humo! Eso eran todos los problemas de la vida.

Pero sobre la vacuidad de todos esos problemas flotaba la verdad de una afirmación bien cimentada: *Fernando estaba cogido;* ya lo dijimos al principio: cogido en esas redes tiránicas del amor que ó se rompen ó nos ahogan...

Y después de esta frase tan piramidal, no nos atrevemos á seguir adelante...

XXII

En los anales políticos de la vida española no se recordaba un caso de fiebre electoral semejante: ni aun echándose al cuerpo todos los tomos de *El año político* de D. Fernando Soldevilla podía encontrarse nada parecido. El ministro de la Gobernación—nuestro respetable amigo—era cazado á lazo por los aspirantes al acta, y aunque de acuerdo con el portero mayor había ideado el ingenioso sistema de entrar y salir del ministerio descolgándose por uno de los balcones del entresuelo, tanto á la entrada como á la salida era abordado por los futuros padres de la patria, que con toda *sans façon* le planteaban el tremendo dilema: el suicidio ó el acta.

Nuestros más conspicuos periodistas, los más fértiles de nuestros jóvenes sociólogos,

los banqueros de mayor espíritu ático y los aristócratas de riñón mejor cubierto, aspiraban á servir á la patria desde un escaño del Congreso con la misma fruición que si se hubiera tratado de comerse una paella. Ni aquellas famosas elecciones que mangoneó Romero Robledo, ni las otras que en época más reciente inmortalizaron el nombre de Juanito La Cierva, admitían comparación con este marasmo de ahora, del cual la mayoría de los candidatos iba á salir en derechura al manicomio.

El despacho del ministro parecía á todas horas el salón de una subasta; los más extraños diálogos se escuchaban allí y las paradojas más absurdas eran lanzadas á la publicidad con un desparpajo que espeluznaba.

—¿Por dónde va Fresneda?

—Por Villacarbayo.

—¿Pues no estaba encasillado por Getafe?

—Sí, pero á última hora *se ha mudao*. Parece ser que el clima de Getafe no le sentaba bien.

—¿Y Morcillo?

—Por Vallecas.

—¡Cómo! ¿Se ha retirado Espuñes?

—Se han entendido: Morcillo le levanta al otro la hipoteca de la casa de la calle Ancha y el otro en cambio se retira y saldrá senador por Castuera.

—Entonces ¿habrá artículo 29?

—¡Ca, hombre! Si resulta que á última hora se han presentado á Morcillo tres miembros de la Defensa social con la amenaza de que si á ellos también no les levanta sus hipotecas respectivas, hacen el bloque de las derechas en el distrito... y *pata.*

—¡Y tendrá que levantárselas!

—¡Qué duda coge!

—¡Qué escándalo!... Y es que no hay país.

—Lo que no hay es Gobierno; porque dígame usted á mí, si esta gente desde el principio no se hubiera dejado ir de la lengua, prometiendo lo que no podía dar, ¿cree usted que estaría pasando lo que pasa? ¿De dónde—por ejemplo—se iba á creer Paco Tomares con títulos suficientes para disputarle el acta á Celleruelo?

—¡Ah! Pero ¿se la disputa?

—Pues claro... Ahora que á buena parte va. ¡Con lo que quieren á Celle en el distrito!

En un rincón dialogan, conspirando, el conde de Nestosa, Javier Ruiz y el barón de Santa Marca. El primero ha visto comprometida su elección senatorial por Valladolid— que durante quince legislaturas le venía sentando en el Senado—á consecuencia de una viva discusión taurina con el deán de la catedral vallisoletana, que, mantenida públicamente en el Círculo de Labradores, le había restado las simpatías de las derechas. El aristócrata, indignado, venía á protestar ante el ministro de aquella intromisión de *la ola negra*. Javier Ruiz, el eterno mendigo de todos los ministerios, venía á pedir un acta que no le habían de dar, con el maquiavélico propósito de cambiarla á última hora por una credencial de catorce reales en Obras públicas; y Santa Marca... pero éste merece párrafo aparte.

El barón de Santa Marca, Moisés Rosales, judío de origen y viudo de profesión, era el tipo perfecto del político meridional que se disputa los favores del poder á fuerza de duros y de puñetazos; su casa de banca era una especie de salón de conferencias, y con el

prestigio que dan unos cuantos millones traviesamente adquiridos, se hacía rendir homenaje de los políticos sin una peseta, á los cuales regalaba préstamos inreintegrables á cambio de toda clase de facilidades para sus negocios. Aplicando á la finanza su fantasía de poeta provenzal, amalgamaba los programas de gobierno con las emisiones de títulos al portador, en combinaciones financieras que no le producían una peseta, pero que le divertían muchísimo.

Su última creación bursátil—una sociedad por acciones para regenerar á España—había llenado de júbilo á los hombres de negocios: las acciones se habían agotado como si fueran ensaimadas y un resto de ellas, tres ó cuatro mil, las había tomado en saldo ventajoso el Instituto de Reformas Sociales. Santa Marca era un fantasista, y por serlo venía hoy al ministerio de la Gobernación á encasillar á tres amigos, fuese como fuese, aunque tuviera que pasar por encima del cadáver del propio presidente del Consejo.

Á pesar de su firmeza política, el barón hacía coro á los que se indignaban cada vez que

entraba en el salón uno de esos eternos diputados que parece que se han abonado á un distrito y no lo sueltan más que en la hora de la muerte.

—Ya ve usted, ahí va Cosquillares; doce años lleva saliendo por Fregenal, y en todo ese tiempo, ¿quieren ustedes decirme lo que ha hecho ese hombre por el distrito?

—No sea usted injusto, barón; si hay allí un soberbio puente de hormigón armado que todos los años se hunde la víspera del Corpus.

—Sí, sí; hábleme usted á mí de eso. Hace dos años estuve allí unos días para ver unos yacimientos de pergamino, y para regresar á Madrid tuvimos que salir á nado río abajo, porque todas las comunicaciones estaban interrumpidas.

—Pues mire usted quién entra ahora: Peñaranda. En la cabeza de su distrito entran el pescado en dirigible, porque la única carretera que hay está siempre en reparación.

—¡Claro! Y en cambio él, con el dinero de esas reparaciones, acaba de instalar un cine en el paseo de Areneros que le va á hacer millonario en cuatro días.

—Y, en tanto, los distritos huérfanos de todo apoyo oficial...

En otros corrillos la protesta era más ardorosa:

—Pero, hombre, esto indigna al más paciente: Fermín Rebollo proclamado ayer mismo candidato por Badajoz, y en cambio yo, canalejista de toda la vida, que me he gastado la existencia y la fortuna en la siembra de ideas democráticas, y que cuando don José se quitó la barba me la quité yo también... estoy aquí, diez días antes de la elección, sin saber si voy por Cambados ó por Castellón de la Plana... ¡Como si fuera lo mismo!

—¡Qué ha de ser! Dos días de tren de un sitio á otro.

—Y todo porque un miembro de la Junta Central del Censo se acuesta con la cuñada de Rebollo y yo no me acuesto con nadie.

—Pues ya sabe usted el remedio: acuéstese.

—¡Hombre, por Dios!... ¡Ni en Bizancio!

Olía á puchero en el salón: sin duda la proximidad de la oficina en que se confeccionaba el encasillado poblaba el ambiente de aromas de embuchado. Era la una menos

cuarto y el ministro no venía: como á las doce en punto salía de la firma en Palacio, los concurrentes comenzaron á impacientarse; fueron creciendo los murmullos, y en aquel engrosar de la protesta uno de los más audaces se atrevió á gritar:

—¡Pero ese hombre es que no viene!

En aquel momento, como si el cielo le hubiera oído, sonó un timbrazo que á todos llenó de expectación; un momento después, la puerta que comunica con el antedespacho del ministro se abrió para dejar paso á un galoneado ujier con cara de bull-dog.

—¡El señor ministro no recibe!

¡La desolación fué general! Santa Marca, con el rostro encendido por el despecho, gritó, alzando los brazos:

—¿Que no recibe?... ¡Ya se lo diremos en la discusión del mensaje!

Pero un grupo de escépticos se había asomado á uno de los balcones que dan á la Puerta del Sol, y por el asfalto de la plaza vieron cruzar el coche del ministro que acababa de salir por la calle del Correo. Pronto cundió la noticia entre aullidos belicosos:

—¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado!

Fué el toque de desbandada; todos aquellos hombres, como impulsados por una misma locura, corrieron á la puerta, y cruzando pasillos en tropel infernal, ganaron la escalera grande como si huyeran de una pesadilla. Los más tardos se rezagaban, y los de puños más robustos se abrían paso por la fuerza de sus convicciones. Había que ir detrás del fugado; había que sitiarle en su propia casa...

... En la bóveda de la escalera, una alegoría del sufragio universal lloraba y reía ante aquella mascarada tumultuosa.

XXIII

Monte-Virgen, cuando salía á la calle en las grandes solemnidades, exhumaba un chaqué completamente explosivo que era una continua provocación á las alteraciones del orden público. Hecho un brazo de mar se lanzaba á las grandes vías en las últimas horas de la mañana ó de la tarde, para ir á cumplir sus penosos deberes de cronista en el te de Fulana ó en el baile vespertino de Perenceja.

Los días en que el cargo de relator societario le dejaba libre, procuraba hacerse presente en el paseo de coches del Retiro y después de circular—siempre de gorra—en cualquier vehículo de La Peña, en compañía de un amigo pagano, reconcentraba su atención más tarde ante la mesa del periódico y *creaba* uno de esos sueltos poblados de doctrina que in-

defectiblemente empezaban de esta manera: «Ayer tarde se vió muy concurrido el paseo de coches del Retiro...» ¡Ya lo creo! Como que había estado él.

Una de estas tardes, ya entrado Mayo, al volver el genial cronista por la plaza de la Independencia, fué divisado á lo lejos por nuestro amigo Fernando Colmenares. El docto mancebo, haciendo abstracción de lo demás de la figura de Monte-Virgen, no se fijó más que en la cabeza, en aquella histórica cabeza que tantos aciertos producía, y que hoy iba gentilmente tocada con un sombrero de paja recién venido á la vida.

Fernando, impresionable de suyo como buen murciano, tuvo un movimiento de sorpresa: era el primer sombrero de paja que en este año se veía, y contemplando la pura nitidez de sus alas, en las que parecía reflejarse el firmamento, comprendió y se entristeció; sí, se acercaba el verano, se aproximaban los exámenes.

La turbulencia de su vida le había hecho olvidarse de este extremo, que constituía toda la razón de su permanencia en Madrid; allá,

en el cuartucho de su casa de huéspedes, dormitaban debajo de la cama los libros de texto, que hasta entonces sólo habían sabido prestarle un servicio: servir de peso para planchar los pantalones y ocultar con sus volúmenes el vergonzante deshonor de unas rodilleras. Y aunque no había dejado de asistir á la Universidad—si bien con menos asiduidad que al principio,—vivía en un completo olvido de los estudios que ahora tan de repente se presentaban ante su conciencia, evocados por el espectro suntuoso de un sombrero de paja.

Echó sus cuentas y aumentó su desolación: el verano se arrojaba encima, y antes de un mes el primogénito de los marqueses de Abanilla habría de comparecer ante el tribunal de sus juzgadores, con ojeras en el rostro y carne de gallina. ¡El verano! Era la época prometida de su felicidad: el momento en que, libre Carmen de *el otro*, irían juntos á refugiar sus arrullos en el Norte, entre olor á manzanas é indigestiones de sardinas.

Pero ¡todo contribuía á complicar el problema! Si en los exámenes le descuartizaban, ¿con qué rostro pediría permiso á sus

papás para irse frívolamente de veraneo? Había, pues, que estudiar; y esta lógica conclusión, que debiera ser el principio teológico de todo estudiante, le desconcertó hasta el absurdo, haciéndole pensar en resoluciones extremas.

¡Estudiar! Y ¿con qué se comía eso?... Sin embargo, había que probarlo, y con esa prontitud en las resoluciones que caracteriza á todos los abúlicos—¿no hemos dicho que nuestro amigo lo era?—volvió el paso hacia su domicilio en un andar de marcha doble que no tardó en bañar su frente en sudores. Iba dispuesto á beberse los libros; por el camino tuvo la desgracia de renovar su pesadilla: tropezó en diversos sitios con una docena de jóvenes cuyas testas iban todas adornadas del aditamento del canotier. Parecía que los más impacientes de nuestros pollos se habían puesto de acuerdo para resucitar aquella tarde el suntuoso cubrecabezas y renovar así los tormentos de Colmenares.

Sí, era el verano que aparecía, era la dicha que se acercaba, pero para llegar á ella había que pasar por la desdicha de los exámenes,

que á nuestro amigo horripilaba. Con un dejo amargo en la mirada el apolónico doncel contemplaba aquellos artefactos, de blancura almidonada que, dentro de unos días, destrozados por el sol, tendrían ¡ay! toda la amarillenta fealdad de una derrota.

Llegó á casa y apenas quiso mirar para los balcones de Carmen; cerró la puerta con llave, aproximó la mesa á la luz del balcón, y desenterrando los libros de la capa de polvo que los tenía amedrentados bajo el lecho, se engolfó en el estudio, renunciando al mundo y á sus pompas... Poco duró el ensimismamiento de la tarea; tendiendo la vista por la habitación notó que allí faltaba algo muy clásico, y que en aquel *menage* de estudiante de última hora había lagunas imperdonables. ¡Claro! Faltaba la cafetera con su infiernillo correspondiente, faltaba el paquete de cuarenta y cinco, sin cuyo doble concurso no se conciben las veladas estudiantiles.

Es cosa probada que los más abstrusos problemas filosóficos se digieren mejor con el concurso de unas tazas de café elaboradas por el propio consumidor, ya que el tiempo em-

pleado en moler, colar y hacer hervir el rico producto tropical es un dulce pretexto para que el cerebro descanse y se disipen las nieblas ideológicas; en cuanto al tabaco, no hay que decir nada: no existe cuestión cerebral, por compleja que sea, cuyo contenido no se disipe con el humo de varios cigarros, hasta producir la asfixia del que los fuma.

Fernando extrajo de sus ahorros unas cuantas monedas de plata y, dando una voz en el pasillo, envió á la doméstica á comprar todo lo que hacía falta: el artefacto niquelado, un paquete de moka, otro de azúcar, alcohol, tabaco y una caja de cerillas. Con tan variada provisión ya podía darse el curso por ganado.

Mientras volvía la sirviente tornó al estudio; no había que perder el tiempo. Abrió el tomo de la Literatura y, colocando delante el programa, se entregó de lleno á la investigación... Lección primera: *Concepto de lo bello.* El tema no podía ser más sugestivo, pero tras su encanto aparente venía la realidad brutal á sumir el espíritu del joven en un pozo sin fin de tristura.

El autor no se había parado en barras para

exponer su pensamiento: amontonando cuantas vaciedades pudo extraer de su cerebro y amasándolas despiadadamente con un desfilar de frases manidas, había compuesto un conjunto logomáquico que el pobre chico no podía digerir ni aun con toda la fuerza de su juventud arrolladora. ¿Qué era aquello? ¿De qué se trataba allí? ¿Por qué tan absoluto desprecio de las reglas del sentido común en la construcción de aquella pirámide de atrocidades?

Todo esto se preguntaba á sí mismo el joven, cuando sintió llamar á la puerta de su cuarto: era una carta que un continental acababa de traer. La abrió; decía así:

«Amigo Fernando: Ya sabrás que me caso, pero lo que no sabrás es que he adelantado la boda. Ni el novio ni yo podemos esperar más, y como ambos estamos decididos á hacer la barbaridad, ¿qué más da hacerla á primeros de Junio que á mediados de Mayo? Sé que has hecho todo lo posible por estropear mi boda, pero para que veas que no soy rencorosa y sí agradecida, te espero á las siete *en la calle de*

Prim. Quiero despedirme de la vida de soltera, y como me caso dentro de una semana, no puedo perder el tiempo. ¿Vendrás?... Si no piensas hacerlo dímelo con el chico que lleva esta carta, y avisaré á otro de mis pasados admiradores. De todas suertes, estoy decidida á que esta noche se celebre mi despedida y beneficio.—*Alicia.*»

Fernando miró el reloj: eran las seis y media. La carta era un germen de promesas, de esas picantes promesas de la rubia Alicia, cuya realización enloquecía al más sensato. ¿Qué hacer?... De un lado el deber, del otro la calle de Prim: su situación era exactamente la misma de todos los galanes de drama en el cuarto acto del mismo; allí había un conflicto que él solo era árbitro de resolver, pero cuyo desenlace urgía... El telón iba á caer de un momento á otro.

Miró la carta, miró el libro de texto abierto en la mesa; recordaba sus torturas de hacía unos minutos ante el lenguaje becerril del pedagogo. ¿Por qué eran tan áridos los pedagogos? ¿Tenía él la culpa de esta aridez?...

Concepto de lo bello: ¿qué sabía el catedrático? Para poseerlo á fondo cerró el libro, guardó la carta, cogió el sombrero y, ganando la calle, se dirigió á la de Prim.

—*¿Qué es la belleza?*... Vamos á enterarnos—pensaba para sí el lascivo mancebo.

XXIV

Una vez más, aun á trueque de ponernos pesados, hemos de insistir en nuestro propósito: no queremos manchar esta novela de almas con detalles de escenas entre colchones; nos falta valor para mancillar la pureza de nuestro relato con todas esas descripciones que sublevan y levantan la moral de cualquiera. Entre otras razones teológicas que pudiéramos aducir para justificar nuestro proceder, hay una suprema que nos ha acabado de decidir: la lectura de ciertas novelas de alcoba sale muy cara al que la tome en serio; si hemos de pretender saciar todos los apetitos que aquellas lecturas sugieren, ¿dónde habrá dinero bastante para hacerlo, ahora que tanto ha subido el precio de la carne?

Todo esto lo decimos para que el lector

nos permita que le hagamos gracia del relato de lo que pasó en la calle de Prim aquella noche entre Alicia y Fernando: á algunos lectores voluptuosos no les haremos mucha gracia con esta omisión; pero el deber está antes que el gusto del público, y el deber nos manda en este caso no complicar la vida de los que nos lean con un sobreprecio excesivo: ¿es que no hay bastante con las tres pesetas cincuenta céntimos que extraemos de su bolsillo generoso?

La despedida fué melancólica tras la orgía deshecha: una orgía en la que hubo todo lo que puede dar una chica soltera, que por un escrúpulo atávico no quiere dejar de serlo; luego, al separarse, la insistencia de él en no romper del todo el lazo, negándose á convertir la separación en definitiva; las tímidas negativas de ella al principio y la concesión más tímida después á todo lo que el otro pedía, quedando acordada la traición al esposo futuro con esta frase:

—Después de todo, Gereda es un despreocupado...

Un emancipado del prejuicio común—pen-

só Fernando, y mascullando este pensamiento separóse de la insaciable Alicia.

Marchando á casa con lentitud, pensaba en Carmen, que le estaría esperando, y tembló al imaginar que pudiese adivinarle los recientes excesos... Tembló también de miedo al pensar que el desgaste sufrido le hiciese quedar *como una nulidad* en su diálogo con la hermosa.

Por distraerse y por confortarse entró un rato en el Ideal, á aquella hora abrumado de gente para un *souper-froid* improvisado. Tuvo la suerte de encontrar compañía: Manolo Lazaga y dos frívolos más ocupaban una de las mesas del fondo del salón; sentóse con ellos y tendiendo la mirada por la estancia recreó el espíritu con el espectáculo... Era brillante: corros perfumados de damiselas y galancetes habían aposentado en el prestigioso restaurant, procedentes de la opereta de la Princesa ó de la moda del *Petit Palais*. Algunas de estas damas se hacían acompañar por sus maridos, y otras, más europeas, sentaban á su lado al amante, mientras los esposos formaban tertulia en mesa aparte, discutiendo la

reforma del Concordato y apurando refrescos de frutas.

Fernando, fiel á su obsesión, los miraba sin comprender: la tolerancia tranquila de aquellos cornudos era para el joven enigma inexplicable. Lo sabían; no era posible otra cosa; cuando Madrid entero conocía al dedillo los prolongados deslices de sus consortes, ¿iban á ser ellos, los burlados, los únicos ignorantes de la cosa? Dicen que los maridos son siempre los últimos en enterarse; no, lo que pasa es que entre un hombre que no se entera y otro que se entera y no se preocupa, no hay diferencia ninguna; además, que ser el último no quiere decir *no ser nunca.*

Algunos de aquellos *consentidores*—omitamos vocablos de burdel—eran muy ricos, mantenían con esplendidez á sus mujeres y les habían llevado en la canastilla de boda blasones, posición, hasta alguna grandeza de España de brillo inmaculado: no podía haber en ellos sombra alguna de macronismo. Y, sin embargo, allí estaban, tranquilos, despreocupados, oyendo las risas que sus propias mujeres vertían en la oreja de sus queri-

dos y presenciando los cuchicheos en voz baja de los adúlteros, que eran otros tantos preparativos de coronación en sus propias narices.

¿Cómo explicar aquella tranquila tolerancia?... La falta de amor no era motivo suficiente. ¿Y el tan decantado honor? ¿Y las punzadas instintivas del amor propio? Aquellos varones, con el Código penal á su completo favor, gracias á cuya monstruosa redacción podía el marido ultrajado pulverizar la laringe de su costilla, sin más sanción que tres meses de destierro, pasaban por todo con una indiferencia ultrahumana; si eran esos tres meses lo que les detenía, su vacilación era idiota, porque con cometer el crimen en vísperas del verano, podía aprovecharse el período de la pena para tomar las aguas de Vichy ó correrse hasta Suiza á lavar la sangre parricida en las alturas del Montblanc.

No; otra explicación había que buscar para arrojar luz en aquel caos de sombra, y Colmenares, tras un profundo buceo en los interiores humanos, halló la clave con maravillosa intuición de psicólogo: sí, allí estaba la so-

lución: era el perdón, la ultrasádica satisfacción de perdonar, ejercida á diario por hábito y rutina con ese espasmo voluptuoso que agita nuestra frente al tener bajo el pie el cuerpecillo de un insecto indefenso, que por su misma indefensión nos hace exclamar levantando la pata:

—Márchate, no quiero hacerte daño; por hoy te perdono la vida.

Esta sensación de ser dueños de una vida y estar prolongándola á diario, es algo de una exquisitez tan quintaesenciada que no hay soneto patriótico que resulte tan agradable. Es el frisón lascivo que abre la mano del criminal y deja caer su puñal al suelo, cuando la víctima tiene la serenidad suficiente para cruzarse de brazos ante la muerte próxima y exclamar:

—Pues bien, mátame; no me defiendo. (Telón, concertante ó final de capítulo, según que se trate de un drama, una ópera ó una novela.)

Aquellos maridos, que harían feliz á Bocaccio, ejercitaban á diario la gracia de indulto con esa íntima satisfacción que sólo pueden sentir los monarcas cuando, después de librar

de la guillotina á un desdichado, se van al tiro de pichón y ejecutan doscientos polluelos, ó hacen venir al jefe del gobierno y le obligan á plantear la cuestión de confianza. Aquel *no me entero* de los esposos no era más que proporcionarse un regio placer á bien poca costa, y no importaba que la gravedad delictiva de alguna de las reos aconsejase incluir el indulto entre los monstruosos del Viernes Santo... Para algunos maridos, puestos ya en la pendiente de perdonar, todo el año era Semana Santa.

Pero nuestro amigo no pudo seguir sus internas divagaciones por fortuna para todos—todos somos tú y yo, lector amigo.—En la mesa en que se hallaba surgió un batallar imprevisto: Manolo Lazaga que, como ya sabemos, era un epicúreo hasta en la elección de ropa interior, había pedido—para fertilizar su espíritu—una botella de champagne Pommery que acababa de deglutir entre anhelos ròmánticos. Llegada que fué la hora del pago, extrajo del bolsillo una soberbia cartera de piel de vicario, y de ella un no menos soberbio billete de cincuenta pesetas.

La orquesta atropellaba á Wagner ejecutando explosivamente el *raconto* de *Lohengrin*; el camarero volvió del *comptoir* bañado en sudores y, procurando dar á su voz el más melifluo de los tonos, presentó en una bandeja á nuestro amigo el mismo billete que segundos antes le había entregado:

—Si el señor tuviera la amabilidad de dar otro billete...

—¿Qué pasa?

—Pues que, es... heterodoxo.

—¡Qué bramas!

—Que es apócrifo, señor.

Lazaga se puso en guardia y, adoptando un continente retador, miró al sirviente con ojos de hiena—aquellos ojos feroces y malignos que, con una casita en la calle del Pez, componían toda la herencia de sus antepasados.

—¡Falso! ¡Impostura!... ¡Un Lazaga no lleva nunca en el bolsillo nada apócrifo!... Devuelve ese papelucho á tu dueño y díle que aprenda á distinguir entre un falsificador de moneda y un hombre de honor.

Tornó á hacer mutis el esclavo y tras una pausa prolongada, en la que Manolo echó por

la boca toda la espuma de una indignación milenaria, reapareció, pero ahora acompañado por el *maître* que venía en misión diplomática... La cosa no tenía remedio: examinado el billete *bajo diversos puntos de vista*—como escriben algunos académicos que harían un excelente papel abonando huertas—y sometido á tres análisis radio-químicos, resultaba de una falsedad tan inconcusa como el testamento de Salomón. Para mejor desvanecer las caballerescas dudas del propietario de aquel papelucho, el *maître* sacó un auténtico Velázquez y lo puso en parangón vergonzoso con el otro.

Todos vieron la nulidad efectiva de aquellos diez duros, que semejando un anuncio de una sastrería, sólo hubieran podido servir, alambicando mucho, para envoltorio de un real de aceitunas. El sportman estaba vencido; todos le miraron compadeciéndole, pero él tuvo un gesto de altivez que le reconcilió con su estirpe:

—¡Es falso! Lo admito; bueno, ¿y qué?

Todos nos quedamos sumidos en una pausa angustiosa. Manolo cogió por el cuello la ya

exhausta botella de champagne y, cuando todos creíamos que iba á dar con ella en la frente del *maître*, oimos encantados el siguiente parlamento, que Lazaga recitó empuñando el casco con la misma solemne naturalidad con que Hamlet empuña la calavera de Yorik en el acto del cementerio:

—...Pero yo he dado ese billete para pagar con él el contenido de esta botella, cuya etiqueta reza: *Pommery-Deuchskartland. 1846.* Debierais haber sido más discretos y no reparar en la falsedad del precio, ya que yo, magnánimo, no he querido reparar en la falsedad de la cosa comprada; porque en verdad os digo que este champagne que dice haber nacido en *Deuchskartland* ha sido fabricado en Vicálvaro, con una impudicia que á mí me produciría risas si no me produjese dispepsia. Sí, estoy en el secreto: en Vicálvaro, conforme se sale á mano derecha, y os desafío á que me probéis lo contrario... ¿Á que no me enseñáis la factura de ese vuestro champagne irreverente?... Sed más discretos otra vez: mi billete es falso, vuestro champagne también lo es. ¡Estamos en paz!

Se levantó henchido de vanagloria y dispúsose á salir á la calle: el *maître*, convencido, ofreció mil excusas, demandó mil perdones; para salvar de algún modo el crédito de la casa, hasta quiso ofrecer á Lazaga otro billete de cincuenta pesetas con que reemplazar al falsario; pero nuestro amigo, con gesto de suprema altanería, replicó veneciano, mientras arrojaba el billete al centro del salón:

—Los Lazaga no recogemos nunca el botín de la victoria.

Y salió á la calle, no sin haber tropezado antes con la alfombra del pasillo.

XXV

En el paseo de la Castellana, cerca ya de la Escuela de sordo-mudos, hay un suntuoso hotel rodeado de un parque opulento en cuyas frondas tienen su paraíso los grillos y han instalado su *garçonier* las aves de la noche; el hotel es del más puro estilo Renacimiento y entre las pilastras de su chaflán hay aromas de misterio.

Casi todas las casas con chaflán ocultan algún misterio: esta observación, absolutamente personal y comprobada, tiene una explicación fisiológica; el chaflán es á las casas lo que la nariz achatada á los rostros. ¿Conocéis algún chato que no sea un espíritu complejo?... El misterio del hotel que nos ocupa es un misterio de encanto y de amor; habitan en él los señores de Iniesta, matrimonio feliz si los hay,

pareja de arrivistas que habiendo improvisado—nadie sabía cómo—una fortuna, la utilizaban como palanca para forzar con ella las puertas del alto mundo, habiendo logrado codearse con lo más fecundo de nuestra grandeza, á quien todos los años obsequiaban con una fiesta nocturna al aire libre, como despedida de la primavera mundana.

Es una noche de fines de Mayo, y los señores de Iniesta han abierto la verja de su hotel al alto mundo, para una verbena con todas las de la ley. La noche es tibia: si no lo fuese, se habían lucido los señores de Iniesta y sus egregios invitados: las señoras llegaban ciñendo el busto con el pañolón de Manila—que á algunas sentaba como á un *Ecce Homo* un estoque de matar—y los caballeros, de smoking, tocaban su cabeza con el clásico sombrero cordobés que con tanto garbo lucen los ingleses que nos visitan en primavera.

¿Vamos á describir el aspecto de los jardines en esta noche inolvidable?... Lo intentaremos por lo menos: ya creo haber dicho que el parque es frondoso; pues bien, en esta fronda, lo primero que llama nuestra atencion es el

derroche polícromo de farolillos venecianos que cuelgan en estrías de árbol á árbol, como un bazar de diademas de luz; el suelo está abrigado por fina estera de juncos y de trecho en trecho de las poéticas avenidas surge el clasicismo de un puesto de horchata, de un *magasin* de castañas ó de una expendeduría de rosquillas de Vallecas, todo ello servido por las más desenvueltas de nuestras muchachas, que saben pedir veinticinco pesetas por un chico de horchata y diez ó doce por una rosquilla tuberculosa... Todo ello con un fin benéfico, ¡claro está! tan benéfico como inconfesable.

Para que nada falte en aquella exacta reproducción de nuestras fiestas populares, en las que tanto hemos gozado todos cuando Dios quería, en un *coin* de la plazoleta central, y oculta tras un macizo de jaulas para grillos—la pasión de la dueña de la casa—hay una orquesta de bandurrias y guitarras, que en el momento en que nosotros hacemos la aparición en la plazoleta está degollando el andante de la quinta sinfonía. En los sitios más estratégicos del boscaje hay escondidos unos pianos de manubrio, que, manejados por los

chaufeurs de la casa, nos hacen creernos en las alamedas de Cluny-Park, que, como todo el mundo sabe, es la Bombilla de Budapest.

El conjunto es de un encanto hipernatural: viendo aquel amasijo de fosforescencias, notas musicales, manojos de claveles y mantones de alfombrilla, nos viene á la cabeza de modo ineluctable aquel cuarteto de doña Teresa de Jesús:

«¿Por qué está el alma rendida
al final de la jornada?
Porque hay luz, ensueño, vida,
fe, locura y limonada.»

También, también hay limonada en la verbena de los señores de Iniesta; pero dejemos los prosaísmos del estómago y admiremos la concurrencia.

—Allá viene una cimera de cabellos de oro, entre cuyo fulgor han nacido unos claveles bermejos.

—Es la cabeza de la condesa de Nestosa, que surge airada del desgaire de un pañolón verde-cieno.

—¡Pues es una cabeza con toda la barba!

—No; el de la barba es el marido.

—Mire, mire qué mantón amarillo-pinacoteca con flores de loto bordadas sobre marfil.

—¿Quién va dentro?

—Javiera Matute, la sobrina de Rosenda Trespaderne, que es aquella que viene detrás con una falda de volantes electorales y un sobretodo de encaje traspillado.

—¡Qué bien hacen los claveles rosa sobre el rojo-acero de aquel mantón goyesco!

—¡Ah! Como que la combinación la ha lanzado la duquesa de Garci-Fuentes (née Tomasa Rudíñez). ¡Qué bien hubiera hecho un volante frambuesa sobre el gris-gasolina de la falda!

—¡Y qué bien hubiera hecho la duquesa quedándose en la cama con el duque, que está en el último grado de la perlesía!

—¡Hombre! Ahora se dan solteras: un grupo aglutinante de bellezas.

—Rosa Martinelli, Fifí y Samuela Ornold, Aciscla Pancorbo y Excelsia Frutos de Oñoro.

—Parece que se han puesto de acuerdo para mostrarnos en sus mantones toda la gama de los azules.

—Es verdad: azul-novena, azul-visillo, azul-alcalde, azul-desahucio y azul-escrutinio.

—Vamos, ¿y por cuál se decide usted?

—Hombre, por el desahucio; es el más tormentoso.

—¡Caramba! El *matrimonio modelo*, como todos le llamamos.

—¿Quiénes?

—Aquella morena de ojos frutales y blusa-aparición que va con aquel joven de sombrero negro acostado sobre la oreja izquierda.

—¡Ah! Paco Tordesillas y su mujer.

—¿Su mujer? Mejor hubieras dicho su cooperativa.

—¡Ya, ya! Conozco la historia. Se casaron sin poseer una peseta ninguno de los dos, pero con unas feroces ganas de gozar de la vida. Ella está enamorada de él hasta la atrofia, y él disfruta de una temperatura moral que hay que reirse de Godofredo de Bullón y del Guadarrama.

—Cierto, pero es un caso curioso: ella, fingiéndose pasional, se entiende cada quince días con un *amigo* distinto, eligiéndolos siempre de treinta á cuarenta mil duros de renta,

y con el dinero que les extrae cuida á su marido como si fuese un cuadro del Greco y le busca comodidades y placeres que hay que reirse de Sardanápalo.

—¡Ya lo creo! Como que tiene siete queridas, seis automóviles y un gramófono con discos de Lerroux; además, en el baccarat de La Peña hace posturas de tres mil pesetas para arriba, y se compra unas corbatas *Chantecler* que ni las de Chicote.

—Es un amoral sin fondo místico alguno. Hay que ver la cara y el gesto que pone cuando algún amigo, recién llegado de provincias, le aborda en la calle creyendo salvar su honor: «Paco, yo te quiero; no puedo olvidar que hemos estudiado juntos el álgebra, y quiero darte una prueba de amistad denunciándote una infamia: Paco, ¡tú mujer te engaña!» «¡Ca, hombre!—contesta el cínico.—Á quien engaña es *al otro.*»

—Y no miente el discípulo de Diógenes: es un hombre que gracias á la pasión que por él siente su mujer y al arte que ésta se da para comerciar con los fingimientos del amor, ha logrado poner en ridículo la profesión de

amante, que al creerse que engaña resulta engañado y expoliado. ¡El colmo del engaño!

—Míralos, míralos cómo van del brazo: ella parece que no tiene ojos más que para mirarlo; no pasearían de otro modo Adán y Eva por los parterres del paraíso... Ahora se acercan á un puesto de castañas. ¡Qué raro simbolismo!

Allí estaban la Guirlache, enfundada en un pañolón que por sus dimensiones parecía el telón del Real; allí la Castroverde con manteleta rubio-felpudo y manojos de lilas en el tocado; allí las Seijas, madre é hija, luciendo los mismos mantones que en la verbena del año pasado, sólo que invertidos—la hija el de la madre y la madre el de la hija;—allí la Fregenales, cuyas ínclitas protuberancias exteriores parecían querer escapar por debajo de los flecos de la clásica prenda; allí todas esas tarascas de cincuenta para arriba, que, al pretender rejuvenecerse esta noche con el tocado popular, parecían prenderas ó Celestinas de esas que por un par de duros le ponen á uno en contacto amoroso con la propia Venus Citerea. Es lo que tienen las

prendas castizas de clasicismo abrumador: la que se las pone, según su tipo, ó está hecha un ángel ó está más fea que un remordimiento; no hay término medio.

Rindamos tributo á la justicia consignando que en la fiesta nocturna de los señores de Iniesta abundaban más los remordimientos que los ángeles: el alto mundo, antes de emprender la desbandada veraniega que había de arrojarle sobre las playas y balnearios, se refocilaba en esta postrera fiesta de la temporada con una alegría que no tenía explicación. Todo el mundo reía sin ton ni son, lo mismo al cruzarse con un amigo íntimo que al tropezar con una matrona en las oscilaciones de un chotis.

Esa misma fuerza ineludible que nos hace alargar el rostro compungidos en las visitas de pésame y en las lecturas de poesías, obligaba á esta gente á reirse á lo babieca durante cuatro horas seguidas. ¿No estábamos en una verbena jocunda? Pues á reirnos aunque nos doliera el vientre. De media en media hora los organillos de las alamedas y la orquesta de la plazoleta rompían en arpegios

rítmicos: la concurrencia rebullía un momento con indecisión para repartirse bien pronto en parejas dedicadas al cultivo del agarrao: ora la habanera voluptuosa é incitante, ora el chotis confidencial y lascivo, ya el pasodoble que olía á sangre y banderillas, ya el vals chulesco de vueltas de campana. En atención á lo excepcional de la fiesta se toleraba el baile del pueblo entre aquellos fieles de la heráldica: si sus antepasados hubieran levantado la frente y se hubiesen asomado al parque del paseo de la Castellana, hubieran tornado á fallecer de gusto al contemplar cómo sus biznietos honraban la estirpe—aquella estirpe que se forjó en las Cruzadas y pobló su cuerpo de verdugones en las Navas de Tolosa—poniendo los cinco sentidos en la danza popular, que estos majos de smoking sabían sublimar bailándola con recato, limpia de roces lascivos y plebeyos.

Aquello era Versalles, Versalles con sus frondas, con sus luces, con su frivolidad, con su follaje, con su galantería y con la humedad de sus senderos tan propicia á la adquisición del reuma: como en la corte de los Luises, en

esta de la Gran Vía se notaban síntomas de corrupción; una corrupción que venía á pasos agigantados si Canalejas no lo remediaba.

Allá, en los últimos términos del paisaje visual, junto á las verjas del hotel, en aquellos clarobscuros lejanos á que apenas llegaba la luz de las bombillas, se entreveía el calmoso circular de unas parejas arrobadas. ¡Lo de siempre en estas fiestas del espíritu!... El follaje, en esta noche, lo era por partida doble.

Una de aquellas parejas la formaban nuestro amigo Fernando Colmenares y una rubia excéntrica poco conocida entre nosotros: era la hermana del agregado militar inglés, poetisa ella, que, recién presentada al joven por la dueña de la casa, se había colgado de su brazo para ir á recitarle en la penumbra unas pastorales de Longelow. ¡No sabía el joven la fatal influencia que había de ejercer en su vida aquella azafranada pescadilla!

Los dueños de la casa, maestros en organización, habían instalado un escenario en uno de los lienzos de la fachada principal del edificio: lo cubría un tapiz Goya fingido, y cuando, terminado el baile de las dos, se encen-

dieron las baterías sobre la embocadura, fué acudiendo todo el público para solazarse con la fiesta, que *por lo demás* era de un porvenir admirable: se trataba de una sesión de varietés, varietés de sociedad por supuesto, con repertorio seleccionado para que pudieran recogerlo los castos oídos de las más ñoñas de nuestras solteras, en su mayoría cursis, pero honradas.

Las más egregias artistas del género prestaban su figura y su voz al brillo de la fiesta, y en el programa figuraban la Candelaria Medina, del Kursaal de la Ciudad Lineal, la bella Teótima, del cine de la Encomienda, la virtuosa Pilar Vidal, de Apolo, y un excéntrico que venía haciendo furor en el cine de Cedaceros y cuyas principales habilidades consistían en tocar el fagot con las rodillas y en sentarse en una silla de treinta y seis maneras diferentes—menos de la natural y humana;—la cuchipanda terminaría con la lectura de un capítulo de la última novela de Floro Manresa, titulada *Derribos de amor*: la lectura sería ejecutada por el propio padre de la criatura, uno de esos aristocráticos jóvenes que

alternan el cultivo del cotillón con el de la prosa impúdica y que lo mismo juegan al polo en las Cuarenta Fanegas que asesinan el idioma con una ducha de pleonasmos.

Se alzó el telón sobre las ebúrneas carnes de la bella Teótima, que tras un mohín picante dió comienzo al rugido de unas canciones de malicia napolitana: los cuplés de aquella señora eran de una perfecta lógica, y sobre ellos caía la atención concentrada de las solteras que grababan en su conciencia las posturas de aquella *divette*, algo escéptica en sus evoluciones, para luego adoptarlas en los paseos y reuniones, y matizar así con algo de exotismo la obligada memez de una educación deficiente.

Era muy tarde, tan tarde que ya resultaba temprano—las cinco de la mañana,—cuando cayó el telón sobre el capítulo del último aborto de Manresa. Se inició el desfile: pongámonos junto á la puerta que da á la Castellana si queremos presenciarlo con comodidad; desde allí veremos algo que nos pondrá los pelos de punta.

Cuando Colmenares vino á situarse á nues-

tra izquierda para ver salir á su tía y timarse con ella por encima del hombro del marido, notó en el ambiente tufo de tragedia: no tardaron en confirmarse sus presagios. Entre la turbamulta de rostros femeninos, ahora ajados por el amanecer, surgió á alguna distancia la faz empírea de la condesa de Nestosa: la noble dama, como otras muchas, había extendido sobre el orientalismo del pañuelo de Manila un *echarpe* afelpado que la defendiera del fresquillo de la madrugada. Parecían imágenes de iglesia enfundadas al terminar una función religiosa.

Cuando los ojos de la tía y el sobrino se encontraron, el rostro de aquélla se transfiguró en carátula de pantera: allí iba á pasar algo; el joven tembló por sus narices, y tomando sus precauciones, dió dos pasos atrás, quedando en segundo término...

Pero no tan en segundo que la condesa al pasar por su frente no pudiese, aprovechando una distracción del marido, arrojar sobre su turbación esta frase:

—¡Mocoso! Te desprecio, te execro.

¿Qué era aquello?... ¿Por qué tan de repente

se había deshecho en furores todo un cielo de ternuras?... Daba vuelta el joven á su conducta, á sus aventuras, para ver cuál de ellas podría haber engendrado el paroxismo en el corazón de su pariente; lo de Alicia no sería, pues la Nestosa, desde su altura y á pesar de los palos del Ideal, no quería ni siquiera enterarse de que existía la *hortera lasciva*, como ella la llamaba. ¡Cielos! ¿Se habría enterado de lo de Carmen? Habría que ponerse en guardia desde el día siguiente.

El mancebo venía hacia la Cibeles con una preocupación dignísima. ¿Qué sería? ¿Qué sería?... En el alero de la Casa de la Moneda un gallo profetizó el natalicio del sol... Colmenares pensó en Rostand y derramó una lágrima.

Algo moría á su alrededor; algo que era vida y encanto y delirio...

XXVI

Hay días que aunque no amanecieran... ¿Quién no ha lanzado esta exclamación alguna vez en su vida?

El día 5 de Junio, á las ocho de la noche, Fernando Colmenares tenía un perfectísimo derecho para pronunciar esas fatídicas palabras; porque haciendo el balance de lo que le había ocurrido durante el día, se encontraba con un chaparrón de tragedias. Resumamos, porque estas cosas desolantes no conviene referirlas con prolijidad de detalles.

Al levantarse á las ocho para ir á la Universidad, donde á las diez se examinaba de Historia y á las doce de Literatura, vió un automóvil parado á la puerta de la casa de Carmen. No había nuestro amigo terminado de anudarse la corbata, siempre con la vista en el automóvil, cuando vió subir en éste á la

propia persona de Carmen, en *tennue* viajera, acompañada de un venerable anciano de barba blanquísima. Partió el vehículo, y al doblar la esquina de Carretas, los ojos de la joven miraron al balcón de nuestro amigo. ¿Lloraba?

No lo supo nunca: lo que sí supo, cuando apenas vestido cruzó la calle y subió á la casa de su amiga, es que ésta había cerrado la casa, había despedido la servidumbre y había dejado en la portería una carta para él que parecía un telegrama:

«Fernando: Adiós para siempre. No puede »decirte más tu

CARMEN.»

¡El caos! Si dijéramos que el joven sufría faltaríamos descaradamente á la verdad; sufrir es vivir, y el amigo Fernando, ante la rudeza del golpe, cayó en el no ser; en ese estado de embobamiento en que ni se ríe ni se llora, y á que sólo es capaz de llevarnos un desengaño inmenso ó un discurso de López Muñoz.

Instintivamente, sin responder de sus pasos

y estrujando la carta con la diestra, marchó á la Universidad; las calles que cruzó le parecían desiertas y sin casas. Media hora más tarde, cuando se halló sentado ante el tribunal que había de juzgar sus conocimientos históricos, empezó á darse cuenta del páramo espiritual en que había caído; exigencias de la suerte le pusieron en el caso de contestar á dos difíciles preguntas: «Origen de los Concilios toledanos». «Política hidráulica de Felipe II».

Ante su incomprensible mudez, el presidente del tribunal se creyó en el caso de intervenir:

—Pero vamos á ver: ¿no sabrá usted decirme cómo nacieron los Concilios de Toledo?

—... Pues nacieron... de cabeza.

—¿Qué dice usted?

—...

—Vaya, veamos otra cosa: ¿quién fué la primera mujer de Felipe II?

—... Carmen...

—¿Cómo Carmen?

—... ¡Carmen! ¡Carmen!—gritó el joven entre sollozos.

—Bueno: puede usted retirarse.

.....

Á las doce y media compareció ante el tribunal de Literatura; la ironía de la vida hizo que una de las lecciones que le salieron al joven tuviese este enunciado: «Concepto de lo bello»... Pensó en Alicia y guardó silencio; mientras añoraba con melancolía las escenas de la calle de Prim, los dignos jueces, desesperados de no oir el oro de su voz, le pusieron bonitamente en la calle... Cuando, cerca ya de las dos de la tarde, abandonó la catedral de la Ciencia, llevaba una calabaza debajo de cada brazo; el tamaño de aquellos frutos revestía proporciones tan colosales que al pretender tomar el tranvía en la calle Ancha hubo de reñir bizarra lucha con el cobrador, que no quería admitirle en el vehículo con aquel exceso de cargamento.

Llegó á casa, y antes de salir á comer—¡comer! ¡qué ironía!—le entregaron una carta. Leámosla con él:

«Despreciable mequetrefe: Lo sé todo: lo de ese avechucho lírico con quien paseabas anoche en el parque de Iniesta y lo de la pelafurcia de tu vecina, á quien detesto como á

ti. La culpa es mía, por haber entregado mi amor á un monigote tuberculoso que no tiene ni el varonil arranque de Bastarreche ni la conformación apolínea de Casa-Plasencia. Créeme, sobrino, vuélvete á Murcia y dedícate allí á la naranja, la pera y demás tubérculos. Yo, desde ayer, te odio más que á mi marido.

LA CONDESA DE NESTOSA.»

Nota.—No intentes volver por casa, pues he dado orden á los criados de que te despachen á silletazos.»

Y lo peor fué que esto último no era una frase más de la irritada pariente, pues habiendo marchado por la tarde al hotel de la calle de Ventura Rodríguez, fué detenido á la entrada por el portero con esta frase:

—¿Dónde va usted? La señora no recibe.

—Es que yo...

—Es que yo tengo orden de no dejarle á usted subir.

Pero aún faltaba el golpe decisivo: cuando volvió á casa por la noche, tras un vagar de cuatro horas por las calles como fantas-

ma sin conciencia, encontró sobre la carpeta de la mesa un sobre diminuto y perfumado; rasgólo, extrajo un papelito azul y lo pasó por la vista con la absoluta certeza de que era el mensajero de una nueva catástrofe. En efecto:

«Querido Fernando: Ya sabes que la franqueza es mi única virtud; en nombre de ella me veo en el caso de decirte que renuncies á llevar á la práctica nuestro complot. Ya sabes que llevo ocho días de matrimonio, y en ellos he podido convencerme de que Julio Gereda te aventaja en todo, incluso en experiencia amatoria. Siendo esto así, ¿cómo quieres que le engañe contigo, que á su lado eres una decepción? Retiro la palabra que te di: no nos veremos más que de lejos y lo menos posible; quiero ser una señora formal, por lo menos hasta el día en que me hastíe de serlo; pero cuando este momento llegue ten la seguridad de que no será contigo con quien procuraré aliviar mi hastío.

»Si lo que acabo de decirte te produce pena, procura consolarte con alguna de esas ancianas que tanto te dislocan y que—como tu tía

la Nestosa—tienen sobre mí una ventaja innegable: la de contentarse con menos en los álgidos momentos del amor. Soy, á pesar de todo, tu amiga.

ALICIA.»

No, no le producía pena, ni mucho menos, aquel continuado machacar en el yunque del dolor; era asco, un asco inmenso é invencible que la despiadada ironía de esta carta acababa de aumentar, pareciéndole el escrito de Alicia más repugnante con sus burlas que el de la Nestosa con sus insultos y el de Carmen con su misteriosa frialdad.

El alma del joven se bañaba en una indiferencia suprema por encima de los horizontes celestes, y en esa indiferencia había tedio, había desprecio y hasta un cuarenta por ciento de perdón para aquellas meretrices. Si á la hora de ahora le hubiesen dicho á nuestro amigo que al día siguiente iba á acabarse el mundo ó á estallar una crisis ministerial, se hubiera quedado impasible, sin que una sola de sus fibras anímicas se conmoviese.

Copiando á Baudelaire y á Federico Requejo, Fernando hubiera podido exclamar qui-

tándose la americana y cruzándose de brazos:

—¡La vida me ha hecho escéptico!

... Y ya se sabe lo que esto quiere decir á los veinte años.

Un momento hubo en que pareció resucitar su antigua constitución anímica; fué al pensar, comparando, que de las tres almas que acababa de perder, sólo la de Carmen había hecho mutis sin insultar ni reir. Hasta en el momento de la marcha había sido *la golfa* la única digna entre todas; y su mismo desaparecer, que él seguía tachando de traición, ¿quién sabe si hubiera sido un sacrificio al que la infeliz no hubiera podido resistir?... ¡Puede verse obligada á tantas cosas el alma de una mujer que no tiene más defensa de su vida que las oscilaciones del cabritaje!...

—Señorito, la cena—dijo una voz doméstica, mientras unos nudillos golpeaban la puerta de la habitación.

—¡Ah, sí! ¡La cena!

Esta era la única verdad del vivir, y para corroborar su afirmación, al dirigirse al comedor, dió un abrazo á la criada aprovechando la obscuridad del pasillo.

XXVII

Fernandito salió de su casa, y atravesando la plaza del Angel, inició el descenso por la calle de Carretas; un mar de amarguras bamboleaba su ánima y una copa de ojén que había tomado á los postres de la cena llenaba sus ojos de lágrimas tormentosas y fecundas. El cáliz del desengaño, por él apurado con tanta fruición en las últimas veinticuatro horas, era una vasija demasiado grande y demasiado llena para que su contenido pudiese residir sin estragos en el virginal corazón del joven prócer.

¡Virginal!... ¿Hemos dicho virginal? Sí, indudablemente: virgen era su alma cuando unos meses antes le vimos bajar del tren en la estación del Mediodía una brumosa mañana de Febrero; virgen cuando, quince días después, en una platea de Apolo, estrechó por vez

primera la mano de Carmen; virgen cuando acudió aquel miércoles de Ceniza al tapadillo de los Cuatro Caminos para convencerse plenamente de la fragilidad del honor de su tía, y virgen al entrevistarse por primera vez con Alicia en aquella mañana de Mayo.

Pero ¡ay! que esta virginidad, por tanto tiempo conservada y en medio de tan violentos vaivenes sostenida, había comenzado á deshojarse con los primeros desengaños, como se deshojan las flores del loto con los primeros céfiros otoñales, y los libros de texto con las segundas calabazas recibidas.

El colmo del deshojen había tenido lugar aquel día al apurar de un golpe el cáliz ya citado, y es fama que el alma del joven más parecía ramera de las que rodean por la noche el edificio del Tribunal de Cuentas que virgen de las que á todas horas rodean el trono del Altísimo. Y todo por el susodicho cáliz.

¡Adiós romanticismos! ¡Adiós idealidades! ¡Adiós ensueños! A Dios gracias, nuestro héroe había llegado á tiempo al conocimiento de todas esas infamias que forman el corazón de la mujer, y estaba en el caso de atajar con una

decisión enérgica el absoluto aniquilamiento del derribo de sus pasadas aberraciones soñadoras.

De aquel derribo, como de casi todos los derribos, no quedaban más que escombros; pero en aprovechar estos escombros debiera consistir todo el arte del desengañado, y en sacar lecciones para lo futuro, toda la ciencia del improvisado escéptico.

Sí; urgía una solución enérgica, terminante, decisiva. Pero ¿dónde encontrarla?...

Pensando esto pasó por frente al teatro Romea, en cuya puerta resonaba martilleante el pesado tintineo de un timbre anunciador; sin fijarse apenas, paróse abstraído ante los carteles de la fachada.

Los creyó un espejo en que su alma se reflejase: una lista de siete ú ocho obras se extendía ante el público, como menú de un banquete de arte servido por histriones que trabajaban á destajo desde las cinco de la tarde á la una de la madrugada. Y todas estas obras, como cuadros distintos de una sola y endémica pesadilla, ostentaban títulos análogos de una presunción irreprochable.

El *alma* y el *amor*, esas dos grandes falsificaciones de la química moderna, eran el pie forzado de todos aquellos juguetes ó dramitas; cuantas combinaciones pueden hacerse con aquellas dos funestas palabras, estaban allí divididas por secciones y con la retaguardia prosaica del precio de las localidades.

Alma sin nombre, *Amor con fiebre*, *Juerga de almas*, *Amor con gotas*, *Amor en vinagre*, *Almas solteras* y otros enunciados de un psicologismo abollante y cursi eran los títulos de aquellas obras excelsas que parecían exhalar un fuerte perfume á colonia barata y un pronunciado olor á almacén de bisutería.

El teatro español, que había sido rudo y metafísico con Calderón, ingenioso y galante con Lope, brioso y atildado con Tirso y Moreto, jocundo con D. Ramón de la Cruz, soñador con el Duque de Rivas, y que aún era, en una feliz resurrección, varonil y vibrante con Benavente, había venido á convertirse á última hora, por obra de unos autores jóvenes en su mayoría, en una especie de cajón de psicología barata, de cuyo interior apartaba

horrorizada los ojos la sombra venerable de nuestros áureos dramaturgos.

La psicología se tomaba por horas, como los coches de punto, y era inútil que penetrase el hombre sencillo en cualquiera de estos coliseos, con la sana intención de saborear los diálogos de López Silva ó las alegres astrakanadas de Arniches. No; había que remontarse, había que analizar y había que tragarse tras la película cinematográfica el complejo conflicto de dos almas que reñían incruenta batalla por los suspiros de otra tercera.

Al llegar Colmenares á la Puerta del Sol y pararse electivo ante una de las carteleras, hubo de comprobar la inmensidad de la ola de cursilería que amenazaba sepultar los escasos restos de una escena gloriosa. No; no era sólo en Romea donde estos Comellas redivivos hacían de las suyas impunemente; en todos los teatros en que se cultivaba el llamado *género de Lara* se repetía el caso de viruela literaria ante un público de niñas anémicas y novios de sainete.

Se entristeció el natural buen gusto del joven ante esta epidemia abrumadora, pero su

tristeza duró poco, porque una genial idea acababa de brotar en su cerebro, dándole de golpe la solución al conflicto anímico en que se hallaba sumido.

¡Sí!... ¿Por qué no?... ¿Cuál era su caso?... Por obra y gracia de los vaivenes de la vida, el noble joven se hallaba en posesión de tres almas, que él creyó perfectas y que al mostrársele pocas horas antes en su completa desnudez, las había notado averiadas y espiritualmente corrompidas. Ahora bien: ¿qué hace un comerciante cuando en el almacén de sus reservas mercantiles encuentra varios productos averiados? Un saldo. Y ¿por qué no aplicar este procedimiento, hoy reconocido y sancionado en los códigos mercantiles de todas las naciones cultas, al arreglo de su almacén moral?

¡¡Un saldo de almas!! Sólo este título faltaba en la lista de las obras que ante sus narices tenía el aristócrata. Aquellos carteles le habían sugerido la idea, y ¡por Dios que la encontraba de una lógica irrefutable!

¡Carmen! ¡Alicia! ¡La Condesa!... No habían de faltarles compradores á poco precio en

cuanto él se encargase de anunciar la venta; á todas ellas sobraban admiradores, y seguro que al deshacerse de ellas podría dejarlas perfectamente colocadas.

Sí; no había otro remedio. Tornó á casa, á madurar los detalles de realización del plan tan luminosamente concebido. Su alma destilaba hiel ante aquella bancarrota de sus ensueños; al meterse en la cama seguía dando vueltas en el magín á la solución salvadora.

Media hora después, dando vuelta á la llave de la luz, se quedó dormido en un estertor resignado.

XXVIII

Cuando Fernando Colmenares tomó un coche para dirigirse á la estación del Mediodía, tenía todos los problemas resueltos. El saldo se había verificado con todos los requisitos exigidos por el Código mercantil de las almas, y lo mejor del caso es que la operación se había hecho sin que él tuviese que intervenir para nada. Julio Gereda se había encargado de Alicia y Bastarreche había vuelto á encargarse de la Condesa; en cuanto á Carmen... sólo Dios podría saber á qué manos habría ido á parar en aquella disgregación de corazones averiados.

Al apearse en la estación se encontró con que tendría que formar en una larga cola antes de tomar su billete; para no perder del todo el tiempo de la espera, se dedicó á filosofar.

¡Ah, la mujer! ¡La mujer! ¿Qué era y de qué se componía ese extraño conglomerado faldoso que algunos necios llaman *la compañera del hombre?* Colmenares, sangrando aún por las heridas del alma, tuvo un vaivén piadoso hacia las herederas de Eva; tras muchas hipótesis, que rechazó por ofensivas, vino á concluir en esta afirmación reverente: la mujer es lo que el hombre se propone que sea. *El hombre*, tomando la palabra en su acepción total.

Colocad á una mujer en un convento y no tardará en erigirse abadesa de la comunidad; colocadla al frente de un almacén de embutidos y no tardará en fugarse con el dependiente más voluptuoso y el mayor número posible de embuchados. Pensando bien esto, Fernando vino á concluir categórico en un apotegma que hermanaba á maravilla con su afirmación anterior: la mujer es una paradoja.

Por ahí debiera haber comenzado el desengañado mancebo, y nos hubiera economizado unas cuantas líneas de divagación; pero *todo es bien que acaba bien*—traducción de la

casa Maucci,—y ya que nuestro amigo había acabado con un acierto, justo será que le perdonemos sus devaneos anteriores. Claro está que afirmar lo de la paradoja es no decir nada cotizable; pero el alma del joven reposó en lo básico de su conclusión como en un oasis de verdura moral.

... El tren iba en marcha hacia Villaverde, y el amigo, casi solo en su departamento, se despedía con ternura del paisaje cortesano, esfumado entre nieblas industriales en este atardecer veraniego; entre su equipaje, confortablemente alojado en las rejillas, sobresalía un bulto deforme envuelto en papeltela: era el fruto de su labor académica, aquellas dobles calabazas, trofeo de su derrota científica, que hermanaba en su mente con la otra cruel y definitiva derrota de su alma. Las miraba con indiferencia: aquella letal indiferencia en que había caído como en un baño, y de la cual—evidentemente—no tardaría en salir más de unos días, rezumando paroxismo furioso ante el abandono. ¡Gracias á que nosotros no presenciaremos esa salida, porque ya se habrá acabado la novela!

Por no dormirse tan temprano, abordó decidido el problema del amor apenas el tren hubo dejado á Getafe. ¡El amor! Pero ¿existía tan extraño sentimiento?

Después de muchos siglos de discusión sobre tan interesante extremo, habíamos llegado á parar á la hora de ahora en que para unos el amor era una disolución de substancia divina y para otros un específico contra la anemia. Fuese lo que fuese, Colmenares se reía de él al repasar ahora su historia de los últimos meses, que cualquier observador vulgar hubiese presentado como un modelo de pasión; si esto era verdad, había que convenir en que todos los psicólogos que en el mundo han sido, desde David hasta Bourget, eran unos grandísimos embusteros.

Porque todos esos señores, con una suficiencia sólo comparable á su desparpajo, se habían pasado la vida asegurando que el amor es único y que sólo se puede amar á una persona. ¡Mentira! ¡Falsedad! ¡Engaño! Fernando se había convencido de la posibilidad de lo contrario al ver cómo, hasta hacía unos días, él amó á tres personas á un tiem-

po, con pasión triple como el anís... ¿Amó?... Esta era su duda; pero aun dentro de ella había que convenir en que si lo suyo no había sido amar, no existía el amor más que como un consonante obligado en las largas tiradas de versos ramplones y en los discursos de los Juegos florales.

Sí; era preciso afirmarse en esa convicción devastadora: el amor, como el alma, como el honor, como la eternidad, no eran más que entelequias engendradas por los grandes soñadores del no ser, que al ir á traducirlas en metálico en las taquillas del Monte de Piedad no daban por ellas más que por una docena de cubiertos de estaño. De sobra sabía el joven que los que pensaban como él en el mundo no pasarían de unas catorce personas; pero tampoco se le ocultaba que nunca la verdad se ha desposado con los más, ni aquí ni en Jerusalén.

El positivismo despiadado en que nuestro amigo acababa de caer era la muerte de toda ilusión. ¿Qué importaba? El tren acababa de pararse en Aranjuez y el joven cambió sus crueles filosofías por una cesta de fresa pós-

tuma y un manojo de espárragos completamente ortodoxos; investigó su fondo moral y vió que eran pericos. ¡Un símbolo el tal hallazgo! De aquellos pericos acababa él de dejar buena remesa en los salones de la corte, y remachando el clavo de su escepticismo, terminó por creer que toda la vida cortesana era esto: un rigodón de pericos neurasténicos que cubileteaban á su antojo con el amor y con el deseo.

Puso freno á su mente y cerró el cajón de las filosofías: ya era hora. Se había hecho de noche y el sueño le vencía: miró por la ventana de la izquierda y vió unos nubarrones negros, presagio de lluvia; miró de cara al porvenir y sonrió con indiferencia. ¡Tampoco existía el porvenir! Preocuparse por él era tan absurdo como sufrir inquietudes ante una lata de conservas por el mejor ó peor estado de su contenido.

No podía creer en la existencia de nada, y si en aquel momento hubiera entrado el revisor demandándole el billete, hubiera contestado con entereza: «¡El billete! Pero ¿usted cree en eso?»

Se dormía... se dormía por consunción de fuerzas. Ya su compañero de viaje—un obeso señor todo materia—lanzaba ronquidos belicosos en el opuesto ángulo del coche; flotaba en el ambiente del departamento un tufo siniestro; había sombras en todos los rincones; afuera, entre el indomable traqueteo de la marcha, silbaba la locomotora con lamentos de alma en pena.

Pasado Alcázar de San Juan, el convoy se detuvo en un apeadero desconocido: acababa de salir de un túnel, que se vislumbraba allá á lo lejos, entre el negror nocturno, como un nido de amenazas. Soplaba un viento huracanado que la proximidad de la sierra hacía más asolador: la vía formaba pendiente bastante bien pronunciada, en dirección á la boca del túnel.

El coche de primera en que nuestro amigo se había metido era el último del tren: detrás de él no había más que la masa inculta del furgón de cola, en cuyo interior agitaba sus inquietudes todo un raro batallar de mundos. En Albacete se había representado la noche anterior por una compañía francesa la obra

inmortal del compañero Rostand, que tanto hemos bostezado todos en el teatro de la Comedia: *Chantecler*. Esto había determinado en toda la Mancha alta una concentración de intelectuales en la capital, que al regresar hoy á sus hogares, ya recibido el baño de poesía, harían necesario un aumento de unidades en el tren que conducía á Fernando.

Como previsión saludable, el jefe del apeadero en que estamos parados había mandado agregar al convoy un coche de primera y una jaula para conducción de ganado lanar: se desenganchó el furgón y mientras se le conducía á la vía muerta para facilitar la maniobra, ocurrió algo dantesco.

¿Fué accidente fortuito? ¿Fué intención criminal?... Nunca se supo: el coche de primera que guardaba los cuerpos dormidos de Fernando Colmenares y de su magnífico acompañante se desprendió bruscamente del resto del convoy, é impulsado por el viento y por el declive del terreno, emprendió la marcha —al principio lenta y vacilante, después desenfrenada y triunfal—hacia el infinito de la noche.

Nadie se dió cuenta de lo que allí pasó: los empleados y el jefe de la estación se llevaron las manos á la cabeza como supremo recurso; sonaron voces y silbatos de alarma que el huracán apenas dejaba oir, y después, ante la brutalidad de lo inevitable, los testigos del acto miraron con indiferencia aquella pelota negra que se separaba del grueso del tren: la misma indiferencia con que el jefe y los primates de un partido poderoso verían la separación disidente del último de sus concejales.

Allá iba—¡quién sabía dónde!—aquel montón de hierros y madera que, perdida la conciencia y el freno automático, acabaría por estrellarse contra el barandal de un puente ó contra el balduque del expediente que la Compañía ordenaría formar. Y dentro de él el alma de nuestro amigo, á solas con su equipaje, iba en derechura á un saldo de su vida, caminando de cara á la muerte en los brazos del más tranquilo de los sueños.

Todo era simbólico en aquel cuadro de horror: la noche negra, el vagón negro, negra la boca del túnel que iba á tragarse la víctima inocente, negro el porvenir del joven si se

salvaba de la inevitable catástrofe... No se salvaría y al despertar en un choque espantoso, lo primero que tendría que hacer sería ponerse á buscar su masa encefálica en cualquiera de los sembrados próximos.

Ya en plena pendiente, el vagón triplicó su velocidad: la boca del túnel pareció agrandarse para recibir mejor la presa: sólo unos metros separaban á la víctima del verdugo, y estos metros, devorados en un cuarto de segundo, fueron el último aliento de agonía... Después, el atolondrado vehículo hundióse en el infernal agujero camino del abismo...

FIN

181354
LS.
B427s
Author Belda, Joaquin
Title Saldo de Almas

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU